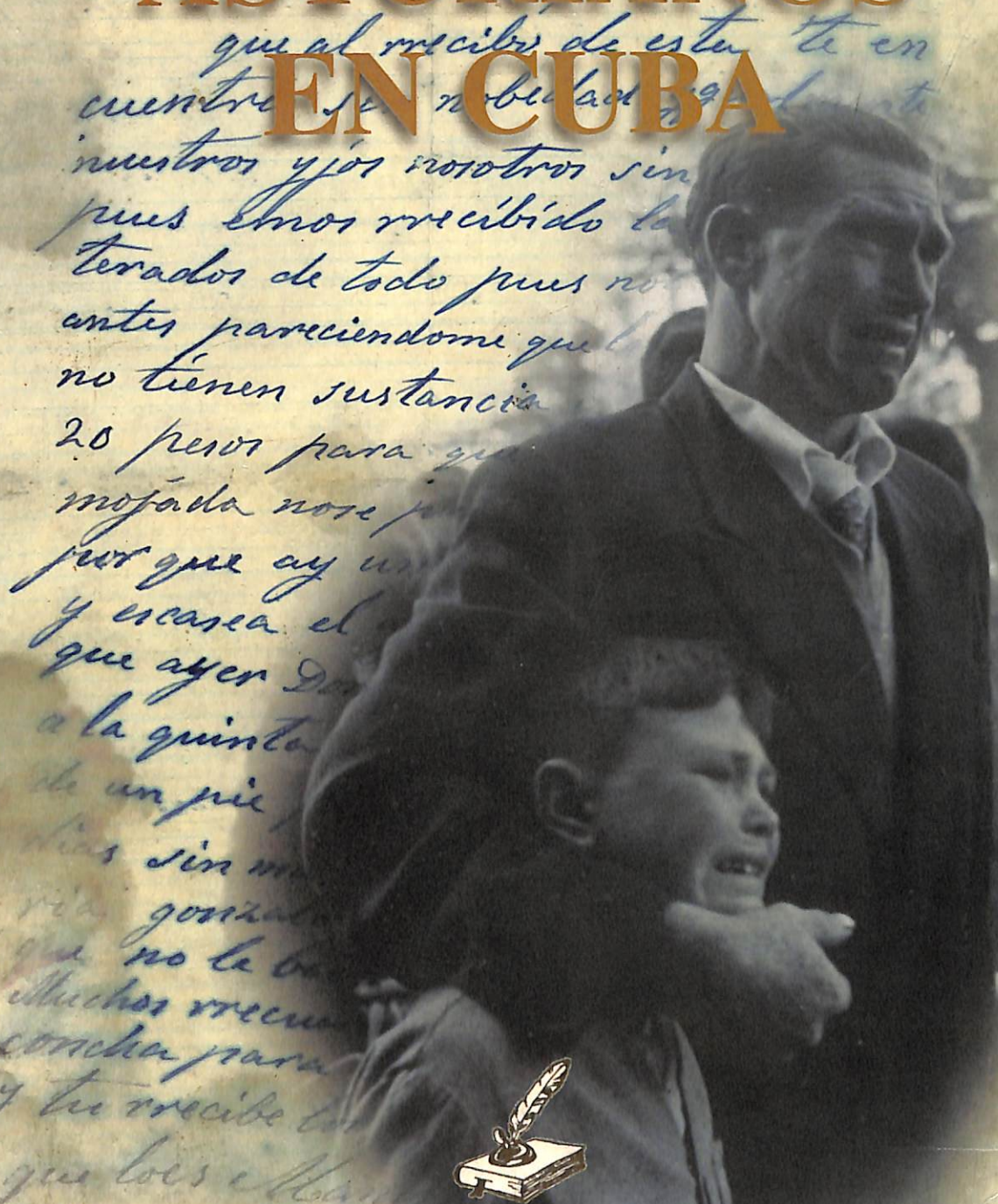


AURELIO FRANCOS LAUREDO

Habana 23 octubre 1911

LA MEMORIA COMPARTIDA

ASTURIANOS EN CUBA



AZUCEL



AURELIO FRANCOS LAUREDO
Tineo, 1996

LA MEMORIA COMPARTIDA

ASTURIANOS EN CUBA

*Testimonios orales:
del viejo al nuevo mundo,
de inicios a fines de siglo.*



AZUCEL

PROMOTOR DE EDICION:

Asociación Cultural «CONDE DE CAMPOMANES»

PATROCINADORES:

FUNDACION CAJA RURAL DE ASTURIAS
JUNTA GENERAL DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS
EDICIONES AZUCEL

COLABORACIONES:

AYUNTAMIENTO DE TINEO
AYUNTAMIENTO DE VALDES

Foto portada: Archivo de Indianos. Colombres (Asturias)

Diseño portada: Celso Díaz

© Edita: EDICIONES AZUCEL

Avda. Fernández Balsera, 28

33400 AVILES/ASTURIAS/ESPAÑA

Telf.-Fax: 98/556 31 45

e-mail: azucel@mrbit.es

Fotocomposición: Asturlét, s.c. (Gijón)

Imprime: Gráficas Careaga (Avilés)

Depósito Legal: AS-601/97

I.S.B.N.: 84-86546-56-7

*A la aldea asturiana
cuna y adiós –abrazo siempre–
para cada emigrante*

INDICE

Indice	7
Introducción: Fundación Caja Rural de Asturias	9
A modo de saludo	11
Los tesoros de la memoria	13
Diálogo inicial	19
Memorias compartidas por:	
– Menendo Fernández Fernández	25
<i>25 de mayo de 1907, Tineo</i>	
– Julia Martínez Salas	51
<i>6 de junio de 1913, Sobrescobio</i>	
– Enrique José Martínez Pérez	65
<i>25 de octubre de 1921, Luarca</i>	
– Constantino Díaz Lucas	85
<i>11 de marzo de 1910, Caravia</i>	
– María del Rosario Gutiérrez García	107
<i>24 de noviembre de 1927, Aller</i>	
– José Rodríguez González	123
<i>10 de diciembre de 1906, Proaza</i>	
– José Manuel González Longo	137
<i>15 de mayo de 1931, Coaña</i>	
– Aurea Matilde Fernández Muñiz	151
<i>11 de marzo de 1929, Pravia</i>	
– Cirilo Angel González Fernández	173
<i>6 de octubre de 1905, Quirós</i>	
– Eliseo de Diego Fernández Cuervo	191
<i>2 de julio de 1920, Arroyo Naranjo</i>	
ARCHIVO DE LA PALABRA	209
<i>Testimonios de emigrantes hispanos en Cuba</i>	

INTRODUCCION: FUNDACION CAJA RURAL DE ASTURIAS

El duro oficio de emigrar ha sido habitual en esta tierra nuestra, dura y escasa, sobre la que hasta hace bien poco se asentaban familias largas de ganancias cortas. Un hijo o hija para el petrucio, otro u otra para la Iglesia, y el tercero, de no caber estudios o la salida del oficio de la mar, ya fuese en la pesca, ya en el cabotaje, a la emigración.

Se ahorra para mandarlo afuera, lejos, prácticamente desgajado del árbol familiar, futuro extraño, que, cuando más, mandaría dinero para invertir en el caserío, la redención del foro o la mejora de casa, y, con mucha suerte, habría de regresar indiano, con su leontina, para construir un palacete de los que a la larga se convierten como las catedrales en vestigios de cualquier tiempo pasado, sin duda peor, se diga lo que se diga.

Dicen que hubo tiempo en que había más asturianos en América, en las Américas, que en Asturias, en las Asturias. Y cada uno ya asentado en aquella nueva tierra de promisión –tierra, en realidad, de trabajo duro, de sol a sol, durmiendo bajo el mostrador de las bodegas–, iba llamando y acogiendo a sus vecinos y parientes, creando colonias, asociaciones, centros y solidaridad. Es curioso y paradójico constatar que el asturiano universal de ultramar es el mismo que, de vuelta a casa, recobra la condición territorial, insolidaria, crítica y socarrona que propicia el paisaje del valle, donde se remansan las leyendas, acampa el mito druídico y suele permanecer la niebla arrojando cada amanecer con su húmeda ternura.

No fuimos sólo a América. Toda Europa, cuando no era más que sueño del futuro de su unidad, se pobló de esfuerzo asturiano en época bien reciente. Y cada vez que un equipo de fútbol español o un ciclista salían a pelearse por las diferentes copas de Europa o con las etapas del Tour de France, allí estaban, con la nostalgia ahogándoles la voz y la bandera apiñándolos, los emigrantes asturianos, enseñando a sus hijos la hilacha de patria que les permitía acariciar cada acontecimiento deportivo.

El asturiano ha sido siempre un español diferenciado por eso, por un rabioso sentido de la independencia, impregnado de universalidad que, excitado por el comercio ultramarino y atizado por el Camino de Santiago, nos convirtió en seguida en liberales, escépticos, socarrones y críticos.

No en vano «cuando las Cortes de Cádiz» fueron liberales, tal vez los primeros liberales, los asturianos, que difícilmente aceptan otro señor que el que prefieren.

Es este fenómeno de la emigración parte importante de nuestro acervo cultural. Porque la esforzada gente asturiana que se fue mundo adelante –y tanta se perdió sin más memoria de ella– le llevó al mundo asturianía, que no es poco, y trajo de vuelta la experiencia de modos, costumbres e incluso canciones desconocidas, que se incorporaron a nuestras maneras habituales y las convirtieron en un modo distinto, en definitiva, de comprender y aceptar la vida, incluso en relación con las grandes preguntas trascendentales del hombre.

De ahí el interés que despierta una publicación que ahonda en el conocimiento de la magnitud y el alcance de la sangría emigrante, y, a la vez, de la transfusión revivificadora, no sólo del regreso, sino incluso de la singular aportación económica incorporada a la riqueza material de esta tierra y de sus pobladores, que, junto con la ya comentada aportación cultural, supuso sin duda incremento de nuestra cuota y parcela de libertades individual y colectiva. Que los hombres y los pueblos son más libres sin duda cuanto más repartida esté en ellos la riqueza cultural y la material, ya que con ambas alimenta el hombre su dignidad personal y su capacidad de realización en la doble manifestación puramente personal y colectiva de su grupo social.

Román SUAREZ BLANCO

A MODO DE SALUDO

Desde el primer momento nuestra *Asociación* fue sensible con todo este bello proyecto, emprendido con la misma ilusión y celo que tantos otros, llevado a feliz término gracias al trabajo de una serie de personas que luchan denodadamente en pró de la cultura del Concejo de Tineo.

La estampación de este hermoso libro constituye para nosotros una especie de «*broche de oro*» como colofón a otro gran proyecto llevado a cabo por nuestra *Asociación*, con la inestimable ayuda de todos los habitantes del concejo: «*Ayuda a los tinetenses en Cuba*», hermosa y altruista campaña en la que se volcó todo el concejo de Tineo, con el Ayuntamiento a la cabeza, para llevar un rayo de esperanza a nuestros compatriotas y paisanos que, afectados por una difícil situación económica, sufren en sus carnes toda una serie de penurias que laceran el corazón más sensible. Efectivamente, esa ayuda crematística y en especie fue llevada por nuestro Alcalde y Embajador, que llevó un pequeño alivio a sus carencias. Era la vez primera que el Alcalde de Tineo visitaba, al menos de manera oficial, el Club *Tinetense de La Habana*. Y allí, rodeado de todos *los nuestros*, muy emocionado, hizo entrega al Presidente del Club de lo que se le había encargado; sin olvidar la bella imagen de San Roque, regalo muy especial del Ilmo. Ayto. de Tineo, para incorporar a una hornacina del retablo de la capilla que allí posee la colonia de tinetenses, advocada al Santo de Montpellier.

Se ha afirmado acertadamente que el «*español que ha estado en América incorpora para siempre a su corazón un elemento perdurable que es la nostalgia de América*». Y, en Hispanoamérica hay algo que nos atrae. Algo que tira de nosotros, ¿es el genio de la raza o el misterio de la historia...?, cualquier asturiano sin proponérselo siente esa atracción, un irresistible empuje hacia más allá del Atlántico.

Y de esas sensaciones disfrutamos un día todos los miembros de la Asociación Cultural Conde de Campomanes, un día en que D. Aurelio Francos Lauredo, oriundo de las tierras de Tineo, nos visitaba en la pintoresca aldea de Tuña; de sus labios brotaron palabras tan sensibles y sublimes que describirlas aquí no será fácil. El supo transmitir emoción y añoranza.

Filtró hacia nosotros un oleaje de vidas lejanas que gravitaron sobre nuestra ultransensibilidad y de alguna manera se pusieron en contacto con lo más íntimo de nuestra alma. Fue un encuentro fraternal...

De aquella reunión nacen estas páginas que el autor ha escrito con amor y entrega. Consciente de las enormes lagunas que hacia el emigrante existen, no quiso demorar más su relato y aquí nos ofrece un extraordinario libro de los que merecen todos los encomios, de esos que llevan pergeñado ya, calidad de página. El cargamento de relatos de *Vida* que «transporta», son de los que suscitan el ponerse transcendente y pensar en la vida de algunos hombres que un día llegaron a este mundo a cabar en él un hondo surco y esperar plácidamente la muerte. Porque todas las biografías, los bellos retratos humanos que aquí se pintan, no son la silueta del triunfalista, del *indiano cargado de cuartos*, todo lo contrario, glosa a un hombre de pueblo que se marchó un lejano día en busca del renombre y fortuna que su lugarín no le proporcionaba, pero que tampoco logró en aquel otro sitio.

Aunque el autor se centra y biografía únicamente ciudadanos emigrados a la isla de Cuba, el asturiano dividió también sus preferencias a otros países de aquellas latitudes: República Dominicana, Puerto Rico, Uruguay, Argentina, Chile e incluso Venezuela, donde en la mayoría de los casos habrán vivido historias similares.

La sorprende ilustración que tiene el libro nos lleva a comprender aún más el estado de aquellas sociedades de todo tipo que el español fundó en el Nuevo Mundo como ayuda, ocio y cultura. Porque no deja de ser sorprendente el saber que algunos de aquellos emigrantes, analfabetos, en la mayoría de los casos, llegaron a ser escritores de meritoria fama, periodistas, creadores de asociaciones culturales, en fin, inmersos con energía en el trabajo, en el trajín de la vida.

Ve la luz esta obra motivada por grandes dosis de buena voluntad que, compartidas con D. Aurelio Francos Lauredo, hizo posible su publicación. Pero nada de esto sería verdad sin la decidida ayuda económica de la *Caja Rural de Asturias* y la *Junta General del Principado*, a quien los tineenses, y todos los concejos implicados en este mismo proyecto por tener algún hijo aquí biografiado, deben eterno agradecimiento, Asturias entera debe de estar agradecida.

En las Asturias de Tineo, en el año del Señor de 1997

Senén GONZALEZ RAMIREZ

Secretario de la «Asociación Cultural Conde de Campomanes»

LOS TESOROS DE LA MEMORIA

Patria es humanidad...

José Martí

Cuando Aurelio Francos, impulsado por el contagioso entusiasmo distintivo de quienes han logrado realizar un sueño, me propuso, no bien me conoció, escribir un prólogo a este libro –a ese sueño–, y en el acto accedí gustosa, él ignoraba aún mi frustrada vocación de etnóloga y mi interés constante por todo cuanto signifique recuperar o salvaguardar la memoria de mis semejantes.

*«Quien ama a Dios y aborrece a su hermano
es un hipócrita.»*

Sor María del Rosario

Empleo adrede esta cita, tomada de las reflexiones profundamente cristianas de Sor María del Rosario Gutiérrez durante su testimonio, confluentes, en el plano moral, con los conocimientos sobre la sociedad humana adquiridos en mi época de estudiante de Ciencias Antropológicas, en Buenos Aires. Desde entonces, me ha fascinado y conmovido la identidad de fondo –la semejanza absoluta– existente entre los hombres, aunque haya en nuestro planeta una increíble diversidad de razas y culturas.

Verdad tan evidente no lo parece tanto en este fin de milenio confuso y convulso. Desigualdades abismales separan cada vez más a los países pobres de los países ricos; motivando tensiones insoportables entre los habitantes de la comunidad y quienes intentan introducirse en ella buscando desesperadamente mejores condiciones de vida.

En un mundo así, resulta aleccionador reflexionar sobre la concepción martiana: «Patria es humanidad, aquella porción de humanidad que vemos más cerca y en que nos tocó vivir».

Para el Apóstol de la independencia de Cuba, patria debe ser sinónimo de humanidad, sin perder los rasgos propios que singularizan a cada

parte de la misma constituida en nación. Un mal entendido nacionalismo, la exaltación de mezquinas conductas hacia ese semejante —léase inmigrante—, al cual se trata como a un enemigo, la empequeñecen, desvirtúan su esencia, la convierten en siniestro baluarte de prejuicios inhumanos y de violencia.

Redondea José Martí magistralmente su pensamiento: «Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas».

He aquí la palabra clave: el amor. El amor fraterno, la solidaridad, la tolerancia, máximos ideales de los hombres de bien.

*«Veníamos a hacer la América, y América
nos hizo a nosotros.»*

Constantino Díaz

Los primeros inmigrantes españoles de la era moderna llegados a este continente, sustituyeron el mito de El Dorado por el de «hacer la América». Regresar a la aldea cargado de riquezas, convertido en un indiano respetado, admirado, y secretamente envidiado, fue el sueño maravilloso generado por la pobreza, el desempleo y el fantasma de las últimas guerras coloniales, coletazos finales, en los albores del siglo XX, del moribundo imperio español.

Quienes se lanzaron a tamaña empresa no encontraron ni por asomo en los criollos esa repulsa, esa desconfianza con la que se recibe al inmigrante actual, ya sea en los Estados Unidos o en Europa. Vinieran de donde vinieran, a todos por igual los llamaban «gallegos», generalmente de una manera amable; y fueran a donde fueran se incorporaron sin problemas a la vida de su país de adopción.

Entre los afincados en la Isla, muchos se sintieron atraídos por la belleza de sus mujeres. La resultante de tales uniones fue una sutil decantación, una espléndida mezcla de tonos que Nicolás Guillén bautizó «color cubano» y, en lo profundo, provocó una asimilación aún mayor a las nuevas costumbres e idiosincrasias.

Algunos lograron tomar la nave del regreso y construyeron en el pueblo una bella casona que llenaron de objetos exóticos traídos «de allá»; pruebas palpables de que ellos sí habían hecho la América. Podía ser una cotorra, un mono tití, o un guacamayo; una hamaca tejida para las largas siestas; barrocas alacenas o arcones repletos de chinerías y de blanquísimas guayaberas y trajes de dril cien; podía ser, simplemente, un nostálgico

co son o una guajira, entonados con su poquito de melancolía en la tertulia de la rebotica, o en el salón donde languidecía –como las palmeras sembradas en tiestos– una muchacha tropical trasplantada al frío y la llovizna.

«Empecé a cogerle el gusto a lo cubano, de una forma dulce y amarga a la vez.»

José Rodríguez
El Gaiterín

Hubo de todo, pero la inmensa mayoría se quedó, porque encontraba en la Isla una nueva patria, a la que amaron a la par de España, y por la cual en ocasiones dieron la vida.

Con su diaria labor, en medio de enormes sacrificios, ayudaron a formar la joven República de Cuba, entregada en el mismo instante de su nacimiento al Imperio del Norte.

Cuando contra todo pronóstico la diminuta isla lanzó su piedra a la frente de Golliat, se produjo un reflujo de los inmigrantes más acomodados.

A cuantos permanecieron en su hogar americano, por ley de vida cada vez menos, Aurelio Francos ha ido siguiéndolos. Con infinita paciencia ha conocido sus historias personales, copiado borrosas fotografías, consultado archivos y descifrado viejos documentos. Ya nada del heroico batallar anónimo de estos hombres y mujeres, nacidos en todas la regiones de España, se perderá.

De los asturianos entrevistados por Aurelio, el primero en llegar fue Cirilo Angel González, 1914, y el último Sor Rosario Gutiérrez, 1957; Menendo Fernández tenía la menor edad al viajar, él solo, con trece años. Eliseo de Diego Fernández-Cuervo es el único descendiente de primera generación incluido en este libro.

Eliseo Diego, a secas, como lo conoce y admira la Isla entera, es uno de los grandes poetas de nuestra lengua. Su padre, natural de Infiesto, construyó para la familia fundada en Cuba la villa más original que ha existido en las afueras de La Habana.

Mientras Aurelio transcribía la preciosa conversación recogida en estas páginas, no pudo sospechar que, poco después, el corazón del amigo cesaría súbitamente de latir.

«Hay que saber compartir el amor por las dos tierras, que casi son las dos caras de una misma moneda: España y Cuba.»

Aurea Matilde Fernández

Sobre los papeles ajados, sobre palabras a veces entrecortadas de lágrimas, se cierne la invariable nostalgia de quienes viven alejados de su tierra, no importa cuánto amen a su nuevo hogar.

Al leer los testimonios tan valiosos escogidos por Aurelio, entre los muchos consignados en su Archivo de la Palabra, mis propios recuerdos de Asturias, fruto de una larga visita al Principado hace casi dos décadas, desfilaron ante mis ojos de eterna transterrada –pues nací en La Argentina y he vivido en Italia, España y Canadá antes de instalarme en Cuba hace doce años. Ahora, con toda modestia, trataré de atrapar el elusivo aroma de las imágenes ya idas.

No se ha marchitado en mi memoria el verdor joven de los prados, ni los robustos helechos que pueblan el sotobosque, ni el sabor de las bayas silvestres –arándanos morados, grosellas y otras frutillas desconocidas– cogidas a la vera de los caminos vecinales. Al recorrer los Picos de Europa, contemplados también desde el mar como si fueran una poderosa escenografía wagneriana, osé practicar un tímido montañismo en las faldas del Naranjo de Bulnes. Vibraban los cristales del salón de Pola de Lena, estremecidos por las voces de los más afamados cantores de la región rindiéndole su tributo de amor a la tierrina asturiana. En los pueblines escondidos, vi campesinos calzando madreñas dedicados a sus labores ancestrales, como si el tiempo se hubiera detenido y no estuviera el próximo siglo acechante a la puerta de los hórreos.

Me llevaron a los animados chigres de los alrededores de Oviedo y participé en la fiesta de catar la sidra nueva tirada con destreza desde bien alto, mientras humeaba en los platos la exquisita fabada. Dormí en un antiguo lecho de caoba americana, llegándome a través de los tablones del piso el calorcillo de los animales bíblicos guardados en el pesebre habilitado, según la tradición, en los bajos de la casa.

Por la mañana –mañanita fresca, de un sol muy fino, muy alegre–, la leche espumosa recién ordeñada y unas generosas rebanadas de pan case-ro untadas de mantequilla batida a mano, me remontaron a los despertares de mi infancia en el campo argentino, junto al río Paraná. Allí conocí gau-chos descendientes de irlandeses y a algunos asturianos propietarios de

hermosas fincas, en las que habían conjugado la perfecta simetría de los naranjales con el delicado cultivo de la fresa.

Cómo no sentir muy cercana una región de España presente en los relatos de mi padre, cuando en lugar de narrarme cuentos de hadas o princesas evocaba para mí episodios de la guerra civil o la epopeya frustrada de los mineros asturianos en 1934. Un año después, María Teresa León y Rafael Alberti fueron a Nueva York y recorrieron varios países del Caribe, incluido Cuba, a fin de informar desde la tribuna ofrecida por prestigiosas instituciones culturales, acerca de la situación política en España y la cruenta represión ejercida contra los mineros y sus familias.

Escuché, asimismo, en mi casa de Buenos Aires, muchas trágicas historias, parecidas a la de Julia Martínez o a la de Aurea Matilde Fernández, ambas con familiares fusilados durante la contienda.

A ellas y a Enrique Martínez, al igual que a mis padres, los aventó a América el huracán de la guerra civil. En este punto del acontecer histórico de España se impone distinguir entre emigrante y exiliado.

El primero elige salir de su país a buscar fortuna en otro sitio; al segundo, lo fuerzan a abandonarlo circunstancias tremendas, ajenas a su voluntad. Los motivos de la partida son distintos, pero los dos sufren el mismo desarraigo, idéntica añoranza del paraíso perdido.

¿Qué queda entonces sino recordar?

«Gustan los pobres peregrinos de oír, cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor de árbol lejano, canción del propio mar, del propio río.»

Nuevamente Martí, expresando en imágenes llenas de poesía ese anhelo, ese hondo sentimiento, que nos une para siempre a un pequeñísimo lugar de la tierra.

Aitana ALBERTI

DIALOGO INICIAL

El transcurso de una conversación originó este libro.

Menendo reaccionó con otra pregunta, su mirada no me dejaría avanzar sin saber por qué íbamos a hablar sobre su historia de español establecido en Cuba desde 1920. A tiempo agregué: nuestra familia fue fundada por emigrantes como usted, mi abuelo paterno nació en Tineo; ¿quizá conoce la aldea llamada Perluces?

Esa tarde iniciamos una amistad que crece con los años; entonces no imaginé que con él integraría la Directiva del Club Tinetense de La Habana y conocería a naturales de otras zonas de Asturias, que iríamos juntos a España en el V Centenario y en 1996 tendríamos la primera visita a Cuba de un Alcalde de Tineo. Mucho menos supuse que hoy iba a escribir esta cuartilla.

Julia tampoco escogió una palabra para contestarme, enseguida volvió con el álbum donde guarda las fotografías de la Taberna del Centro Asturiano de La Habana, regentada durante dos décadas por su esposo y ella. Al final se ofreció a acompañarme hasta allí, para explicarme de cerca la vida que llegó a tener aquel palacio, frente por frente al Centro Gallego.

No olvido cómo disimulaba alguna lágrima, imperceptible esa mañana pero ahora inseparable de nuestro encuentro ante fotos y marcas de sidra, tras recordar en voz baja que dio a luz oyendo las descargas de varios fusilamientos en plena guerra civil.

El Gaiterín sonrió amablemente; anocheía cuando colocó en el viejo aparato un disco de 78 rpm y me dispuse a escuchar algunas de sus grabaciones cantando y tocando la gaita. En la única habitación de su casa, a pocos metros del Capitolio Nacional, se sintió resonar: «En el roncón traigo a Asturias...».

Me sorprendí ante esa huella de la Hora Radial *Virgen de Covadonga*, después de tanto tiempo extinguida en una emisora habanera, y próximos a la fecha en que José volvería a su Proaza natal por primera vez desde 1924.

Constante es un buen conocedor de Asturias en Cuba, quizá como ninguno de sus paisanos en La Habana, llegó a la Isla con sólo catorce años y los recuerdos de Caravia que aún guarda.

Presidente actual de la Sociedad Asturiana de Beneficencia, creada en 1977, trabajó por más de treinta años en el Centro Asturiano de La Habana, donde empezó de mensajero en 1940 y se retiró de cobrador en 1973. Siempre, al despedirnos, sospecho cuánto le queda por decirnos todavía.

Sor Rosario fue el primer nombre que busqué tras el silencio que regala a cada visitante el Asilo de Ancianos «Santovenia», donde la hallé entre otras religiosas, enseñando lo que es capaz de hacer la bondad humana.

Sobre todo allí, el hogar para varios asturianos que no cuentan con familiares, o medios de vida propios, al llegar a esa edad crucial de la existencia.

Enrique, futbolista de nacimiento, antes de darme el primer gol-respuesta me lleva a la posición del terreno escogida por él, junto a la gran vitrina que atesora los trofeos obtenidos por su equipo «Juventud Asturiana», con el que debutó en 1942 como centro delantero. Desde esa fecha hasta el presente, revive entusiasmado los principales partidos que ha jugado.

Aurea rememora:

*«He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas
y en el valle tendió para ambos
el rapaz, su raquíma manta.»*

Después seguimos conversando en la escalinata de la Universidad habanera.

José Manuel me atiende entre sus funciones como Presidente de la Federación de Asociaciones Asturianas de Cuba. Mostrarme la obra de este

Centro ha sido su primera respuesta, a la vez que recorremos diversos salones y recordamos distintas etapas.

Cirilo es el último emigrante del Concejo de Quirós en la capital, constructor de obras como el Hotel Nacional, me explica con orgullo las casas que ha hecho para toda su familia.

Eliseo se contuvo de llorar, en el salón de actos, mientras le presentaban a la delegación del Principado; todos callamos.

A los testimonios personales de estos diez entrevistados se añade un texto de carácter conceptual.

Se trata del documento de proyecto **Archivo de la palabra: testimonios de emigrantes hispanos en Cuba**; síntesis de la investigación de historia oral que sustenta el presente volumen, basada en la modalidad conocida por *historias de vida*.

En esencia, el método de trabajo seguido propone el enfoque de **la memoria como documento**, a la vez que incorpora elementos de validez probada por otros investigadores, como es el ejemplo de Ernet Cassirer en su obra *Antropología Filosófica* (México, 1945), al plantear:

«La memoria simbólica es aquel proceso en el cual el hombre no sólo repite su experiencia pasada sino que la reconstruye...».

El propósito esencial de este Archivo consiste en conocer y conservar la **memoria hispana en la Isla**, patrimonio latente en los emigrantes de diversas regiones españolas que han quedado integrados a la población cubana durante el presente siglo; a escala de ciudadanos, familias e instituciones; en el ámbito cultural iberoamericano.

Precisamente el proyecto se inició por los asturcubanos, a quienes dedicamos esta primera publicación. Con sus páginas se abre un camino para el conocimiento del acervo testimonial de este Archivo, sobre todo ahora, cuando razones de fallecimiento y retorno reducen cada vez más los miles de inmigrantes españoles que viven en nuestro país.

A mediados del siglo pasado, el **Cuadro Estadístico de la Siempre Fiel Isla de Cuba** (La Habana, 1847; Imprenta del Gobierno y Capitanía

General por su Majestad) precisó la «naturalidad de los habitantes blancos existentes en la Isla» según estas procedencias:

«De la Península = 27.251
de Canarias = 19.759
y de la Isla = 370.280»

Entre otros datos históricos y geográficos sobre la población en Cuba, que el documento concluye con dos totales generales para el año 1846:

«Población Fija = 898.752 Almas
Más eventuales = 938.752 Almas»

Pocas veces las estadísticas ofrecen tan sugerente juego de cifras y términos, ilustrativo en este caso del significado que asumen las raíces españolas para la nacionalidad cubana; proceso en el que Asturias cobra un creciente peso posteriormente.

A mediados del presente siglo, el libro **Españoles en Cuba** (Barcelona, 1953; Gerardo y Servand Monge Muley) dedica su primer capítulo a los astures en la Isla, afirmando: «...la importancia del Centro Asturiano se ha visto reflejado por un aumento mayor de socios. Estos suman en 1952 la cifra de 75.119, distribuidos como sigue, en Cuba: 68.927, en Asturias: 3.021, y en Tampa: 3.171». Los dos capítulos siguientes de esa obra corresponden al Centro Gallego (52.000 socios) y al Castellano (8.500 socios).

Pero lejos de intentar una revisión bibliográfica del tema, la motivación de este trabajo parte de una inquietud personal por nuestra memoria colectiva, como descendiente de emigrantes de Asturias y Galicia a América, y miembro activo de las sociedades comarcales fundadas por naturales de esas regiones en La Habana.

Ha pasado el tiempo; las líneas marítimas de pasajeros entre España y Cuba ya no existen, durante décadas no ha vuelto a abrirse la Taberna del Centro Asturiano, hace años que el Club Tinetense no celebra la fiesta de San Roque. Sin embargo, en todas las calles de la ciudad sigue viviendo algún natural de España, en muchas provincias perduran las colonias de asturianos, de gallegos, de canarios; cambian sus cifras, no sus almas.

A solas, en su voz, descubrimos juegos y primeras letras; cantos y fiestas de aldea; el primer amor, el último empleo; las cartas, los viajes, cada descendiente; esperas y reencuentros.

Tanto ellos como nosotros necesitamos sus memorias.

Existe un vasto conocimiento científico producido por los especialistas de España y Cuba dedicados a estudiar el fenómeno migratorio entre ambos

países, con énfasis en el impacto de los migrantes en procesos económicos, políticos y sociales. Pero nuestro empeño se dirige en un sentido complementario.

Seguimos las huellas de la emigración en las personas. Los hombres y mujeres, jóvenes y niños en su mayoría, que hicieron la aventura migratoria con sus propias vidas.

Por tanto, el guión de entrevista posee la flexibilidad de un diálogo, a veces prolongado por años, cuyo contenido básico es registrado en casetes de audio o de vídeo, según se disponga en cada caso, y se completa con fotografías y documentos de interés.

Al transcribirse, los testimonios nunca son interrumpidos por notas, preguntas, u otro tipo de texto; nuestra presencia se mantiene implícita en el curso del relato autobiográfico que promovemos en cada entrevistado.

Inmersos en la carrera tecnológica con que la humanidad estrenará el nuevo milenio, la oralidad se resiste a dejar de ser el rasgo que nos distingue como especie, la vía de comunicación más antigua y actual entre las personas; cuya capacidad de cuento e imaginación ejercemos cada vez menos, entre todos.

Caminando por La Habana Vieja, reunidos en alguna sociedad comarcal, o disfrutando del café casero, he conversado mucho con estos asturcubanos, hasta llegar al momento de poner en sus manos las páginas con las historias de sus vidas. Mientras leían, les sentí emocionarse y comprendí que, con independencia de medios audiovisuales y automatizados, lo esencial volvía a convertirse en voces, siempre, al quedar así en nuestras mentes.

A través de sus palabras –síntesis de lenguajes e identidad– compartimos un idioma, un origen común. Por eso nuestra propuesta es conversar con ellos, no sobre ellos. Todos los emigrantes que nos han confiado su verdad; cada amigo que nos invita a emprender este viaje, siguiendo las rutas del recuerdo, hasta Asturias, a casa.

Desde aquí, permítanme presentarles.

Perluces

17 febrero 1996



MENENDO FERNANDEZ FERNANDEZ

TINEO

Para contestar tu primera pregunta, te diré que nací el 25 de mayo de 1907, en la aldea Quintaniella, Concejo de Tineo, siendo mis padres Florentina y Francisco.

Nosotros éramos seis hermanos: José, María, Menendo, Emilio, Benigno y Adolfo, pero hace poco murió la última que me quedaba de ellos; parece ser que yo he seguido para semilla.

Viví en nuestra casa de Quintaniella hasta que emigré a Cuba, donde llegué el 4 de julio de 1920, recién cumplidos los trece años de edad.

Pero antes de hablarte del viaje en el vapor «Magallanes», que duró quince días entre el puerto de Gijón y el de La Habana, te contaré un poco de mi niñez en Tineo, de nuestra vida de gente labradora.

Nosotros éramos una familia común entre las del interior de España de inicios de siglo, similar a muchas de las que habitaban los poblados del norte, a lo largo de Galicia, Asturias y Cantabria.

Las tierras de la casa eran propiedad de mi padre y en ellas trabajaba él mismo, principalmente con cultivos de trigo, maíz, papas, verduras, habas, que son las judías blancas, y frutas; aunque siempre me extrañó que las frutas no se aprovechaban más, a pesar de su calidad.

Por lo general los jefes de casas tienen abandonadas las frutas. Todavía en mi casa hay una pradera que está toda cubierta de avellanas, y nadie coge una avellana allí, no ves a nadie con una ni por casualidad.

Recuerdo que en el medio de esa pradera había un avellano muy grande, esa planta crece allá como aquí las palmeras, casi silvestre, cerca de los ríos; sale una primero y al poco rato se ve otra, y otra, pero salen todas de la misma caña, por abajo, de la misma raíz.

Pues ese avellano, en su momento, llegó a coger la superficie grande de un prado con un verde magnífico, como los que abundan allá, pero al crecer cerca de la carretera a veces la gente que pasaba le daba golpes, por lo que un día mi padre lo cavó todo alrededor y lo tumbó.

A mí me gustan mucho los árboles, desde niño; también en otra ocasión a mi padre le dio por plantar cañitas de manzanos y desde el primer año que empezaron a dar frutos, siendo aún pequeños, tuvo que aguantarlos a todos con unas ramitas porque se caían, de lo cundió de manzanas que estaban.

Entonces las usábamos para hacer jugo de manzana, no para sidra; la manzana para sidra es una manzana dura, que tiene como un ácido, un ácido sabroso pero ácido al fin, mientras la que nosotros teníamos era manzana de clase, como la deliciosa manzana americana.

Por tu curiosidad, te diré que el lagar es donde se le saca el jugo a la manzana, que después se ponía a fermentar, siendo común su uso entre todos los vecinos por allá; recuerdo que cualquier casa del pueblo tenía su lagar.

A la escuela asistí desde temprano, pero cuando se fue mi hermano a América tuve que empezar a trabajar por el día en la labranza, ayudando a mi padre, al ser yo el mayor de los hermanos que quedaba en casa, por lo que seguí en la escuela por la noche.

Imagínate que había que levantarse a las cuatro de la mañana, porque después al ganado le picaba la mosca y se hacía peligroso ponerse a trabajar con él.

Por lo general yo iba delante de la vaca, delante del buey, de lo que hubiera, y mi padre iba atendiendo el arado mientras yo guiaba los animales... más veces que me caí en el mismo surco, con el sueño que tenía a esa hora todavía.

Había tierras que eran muy lomos y resultaba peligroso dejar a los bueyes solos, aunque siempre eran tierras cercanas a la casa, propias de nosotros, como te decía, y con el tiempo ha ido creciendo la propiedad, con la parte de la familia que sigue allá.

Mis padres quedaron viviendo en nuestra casa de Quintaniella, hasta que murieron, y luego varios de nuestros familiares se han mantenido vivien-

do allí hasta el presente; para mí, ese es uno de los lugares más bonitos de todo Tineo y sus contornos.

Pues la idea de ir para Cuba tuvo que ver mucho con que mi hermano José había emigrado a La Habana desde el año 1914, o el 1915, entonces, al ir creciendo yo, en casa estábamos con que si España entraba en la guerra o no. Todos suponían que si entraba en la guerra iba a ver tal devastación que a lo mejor las quintas de los años próximos las adelantaban para el veinte o algo así.

Ahí fue cuando mi hermano le escribe a mi padre y le dice: bueno, manda a Menendo para acá, que ya está cayendo la guerra de Marruecos. Y, efectivamente, vino la guerra y mataron miles y miles de jóvenes españoles, muchísimos asturianos entre ellos, así como de otras regiones del país.

De modo que yo soy desertor de caja, al emigrar para evadir el servicio militar; ese fue el principal motivo de mi viaje en aquel entonces, como mucha más gente de por allá, además de los que lo hacían para probar fortuna.

De varios pueblos cercanos de donde yo nací venían tres o cuatro vecinos en el mismo barco que yo; al mayor de ellos mi padre le pidió que me cuidara durante el viaje, pero no me hizo falta, como yo traía algún dinero pude enfrentarme solo a aquella travesía.

Todo el viaje fue malo, la flota española tenía muy olvidado al emigrante, al de tercera clase lo tenía muy abandonado. Cuando subí al barco, y vi el camarote que me tocaba, decidí no bajar más en los quince días que duraba la travesía.

No puedes saber lo apretado que estaban las literas, con tres lonas cada una, y todo muy deficiente, como si no fuera para personas.

Así que dormía por ahí, en cubierta o cualquier otro lado, pero no bajé más.

Algo parecido me pasó con la comida. La daban en un plato de lata, entonces uno me dice que tuviera cuidado, que si me perdía no me daban más comida; eso me dio una rabia tal que cogí el plato con todo y lo tiré al mar diciendo: pues si no me van a dar más esa comida, mejor, sigo sin comer hasta La Habana, pero yo no me trago ese sanconcho.

De los doscientos pesos que me dio mi padre, unos doscientos dólares entonces, gasté en el barco cerca de ochenta, que ya era bastante, pues los sandwiches valían diez centavos, por ejemplo, y un cuarto de sidra veinticinco, por lo que me sobraba para comer pan con jamón y queso, guayaba, que me gustaba muchísimo, y la sidra; qué más podía pedir en medio del mar, además de que no me mareé.

Ahora recuerdo que los ciento veinte pesos con que llegué a La Habana se los dí a un tío mío aquí, y él se los dio a otro, quien me los vino a devolver diez o doce años después, y el día que me los enseñó yo ni me acordaba que tenía esos ciento veinte pesos tan bien guardados.

Creo que el pasaje costó 105 pesos, que cuando aquello sí los valían, por lo que la compañía trasatlántica que nos trajo no nos regalaba nada; así fue decayendo la actividad de esas compañías españolas, mientras que las alemanas daban muy buen servicio a las personas.

Sí, desde antes de emigrar nos escribíamos con el tío y los primos que teníamos aquí, unos eran los dueños del restaurant «El Ariete». Cuando yo llegué me estaba esperando un hermano de mi madre, que le decían Floro, pero al bajarme en el puerto de La Habana parece que yo andaba medio entretenido y no oí cuando dijeron mi nombre, por lo que me mandaron para Tricornia.

Al terminar de llamar a todos, me metieron en una lancha y me llevaron para el otro lado del puerto, cerca de El Morro, después de la fortificación de La Cabaña, a la misma entrada de la bahía habanera.

Allí lo primero que me sorprendió fue ver a un negro; yo nunca había visto a una persona de ese color, como le sucedía a la mayoría de los emigrantes españoles, y con la casualidad que la primera comida que me dan son unos frijoles negros, y el que iba con la cazuela repartiendo era un negro. Entonces pensé: bueno, éste metió la mano en la cazuela y a las judías blancas las puso oscuras sin querer. Del tiro me levanté y me fui; seguí comiendo de la cantina, pan con guayaba, pan con jamón, y sidra, como si estuviera en el barco todavía.

Allí permanecí tres días, pues mi tío se figuró que yo no había venido; pero hablando él con un inspector de aduana, que era asiduo del restaurant «El Ariete», le dijo: oye, tengo un sobrín que iba a venir el otro día y no llegó, de trece años; y aquel señor le contestó: coño, espérate, el único menor que venía en ese barco lo mandé para Tricornia. Así fue que mi tío le dio mi nombre completo y al otro día el inspector me buscó en el registro del barco y le avisó a mi tío que sí era yo, y éste fue a sacarme personalmente.

Por poco me mandan para España otra vez, y con lo malo que era el viaje, no quiero ni pensarlo. Entonces vine a vivir con ellos en los altos del restaurant «El Ariete», en San Miguel y Consulado; donde vivieron, en la azotea, hasta que murieron.



Quintaniella



Mis padres, con Adolfo, el único hermano que no viajó a América



**Restaurant «El Ariete». Primer empleo en La Habana, 1927
(sentado, a la izquierda, entre amigos y clientes)**



**Bar «Polar». Primer negocio propio en La Habana, 1937
(de pie, a la derecha, junto a empleados y clientes)**

Mi hermano mayor, José, estaba enfermo cuando yo llegué a Cuba, lo habían ingresado en la Quinta Covadonga. El trabajaba en una bodega, siendo costumbre entonces entre los bodegueros saltar el mostrador, para no demorarse en dar la vuelta; pero un día al saltar se le torció el tobillo y le salió lo que antes llamaban tumor blanco y a mí me pareció una gangrena.

Aquí no había condiciones para operarlo y por eso la Quinta lo mandó para Oviedo, como era común que se hiciera con los socios de la colonia asturiana necesitados de ese socorro por razones de salud. Lo operaron allá, con tan mala suerte que hubo que cortarle el pie, pero él siguió como si tal cosa, iba a los bailes y a todo según me contaban; hasta que murió nadie supo que le faltaba un pie. Después de aquello no regresó a Cuba, se fue a La Argentina, donde puso una sastrería y murió hace unos años, sin que yo lo volviera a ver.

Bueno, en parte por su ausencia, en parte por lo pronto que tuve que empezar a trabajar, puedo asegurarte que no tuve ayuda de nadie; a mí no me ayudó nadie a nada.

Empecé a trabajar en cocina, después de mochila dependiente, luego como dependiente de un restaurant trabajé en varios lugares, primero en «El Ariete», cinco o seis años, donde conocí a un buen amigo mío, a quien llamaba Zamacois porque leía mucho a ese autor. El sabía muy buen inglés tras vivir en Estados Unidos; recuerdo que en 1983 nos despedimos para siempre, durante uno de mis viajes a Asturias.

Después pasé a trabajar a un cabaret que abrieron en la playa, pero que fracasó pronto, pues resultó que era regentado por unos contrabandistas norteamericanos, y en una de esas parece que los cogieron a todos y cerró el cabaret.

De allí pasé al restaurant «Miami», uno de los mejores de La Habana, ubicado en Prado y Neptuno, después llamado «Caracas».

Allí trabajé con Manuel Menéndez, ese era el hombre que mejor trabajaba en el giro, y al cabo de muchos años ahorrando, en 1937 pude comprar un bar con 3.000 pesos. Estaba aquí cerca, en la esquina de Aguila y San Miguel, el Bar «Polar».

Luego de diez años lo vendí, en 1947, y fui a España con el dinero que me dieron. Para esa fecha ya estaba casado, con María Pérez Ramos, cubana, y fui con ella y nuestros dos hijos, Roberto y Luis. Fue un viaje muy feliz, la primera vez que volvía y los cuatro juntos; allá cumplí mis cuarenta años.

Roberto todavía se recuerda mucho de ese viaje, entonces él tendría unos 10 años y Luis 7, así que también puedes preguntarle otras cosas a él, quien vive conmigo; el más pequeño reside en Estados Unidos con su señora y dos hijos.

Aquel viaje lo hicimos en barco, al poco tiempo salió Cubana de Aviación, pero entonces fuimos en el «Marqués de Comillas», el mismo en que volvimos a Cuba tras siete meses en España.

Aprovechamos el tiempo muy bien, por Tineo, por Luarca, por La Coruña y hasta Madrid. Imagínate lo que fue volver a mi país después de 27 años, sobre todo a mi pueblo, de donde salí niño y regresaba hecho un hombre de familia. Me alegró mucho ver todo de nuevo, pero sobre todo volver a Quintaniella.

Mi familia seguía viviendo en la misma casa, habían comprado más tierras a un vecino que cerró su casa y se fue a la Villa, el Sr. Morán, quien, tras vender el ganado y todo lo que le quedaba allá, puso una tienda de efectos eléctricos en Tineo, y vive con su hermana Fina en los altos de la tienda.

El que le hizo la compra de las tierras fue un sobrino mío, que por cierto nació en Cuba, cuando estuvo mi hermana aquí; la pradera nueva es muy buena, dedicada a pastos y la parte de afuera a robles que sirven para la construcción, así como unos castaños bravos, todo de maderas buenas, como pude apreciar en mi primer viaje de vuelta a Asturias, al comparar todas las cosas que cambiaron y las que seguían igual.

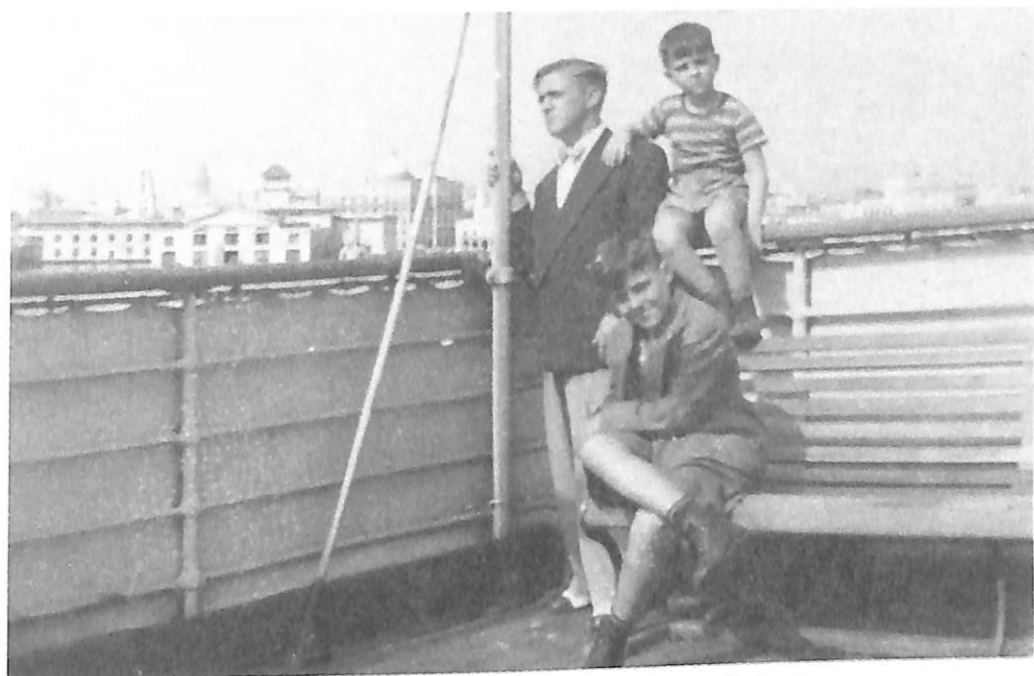
Aunque ya había terminado la guerra, todavía quedaban algunos efectos, sobre todo había mucha escasez. España había quedado muy mal, con muchas limitaciones; por ejemplo, al nosotros llegar, la familia tuvo que dar cuenta y nos entregaron una tarjeta de racionamiento que le decían un tríptico, era un papel autorizado: si usted iba a algún lugar tenía que llevarlo y enseñarlo a la guardia civil, así le daban comida según el tiempo que estuviera.

Cuando regresé de esa primera y extensa visita, compré de nuevo un bar, esta vez en Aguila y San José, «La Matancera», y lo tuve unos diez años más, hasta que también lo vendí, en 1957, año en que me retiré del ramo gastronómico y pasé al ramo comercial.

Entonces me metí a la fabricación y venta de ropa interior de mujer, junto a un amigo mío que fungía como presidente del grupo, ahora está en Puerto Rico, y un cuñado de él, que también se fue hace años.

Trabajábamos a crédito; en los altos de San Ignacio y Muralla teníamos un almacén, también teníamos un camión, las confecciones se hacían en San

A bordo del «Marqués de Comillas», 1947



Saliendo de La Habana, junto a Luisito y Roberto



Llegando a La Coruña, mis hijos y un amigo

Campo de «San Roque». Tineo



Romería durante mi primer viaje de visita. 1947



Tirando la sidra. 16 de agosto de 1983

José de Las Lajas, con dos talleres, entre los dos sumaban treinta y pico de costureras, y uno de ellos tenía una fábrica de hacer jersey ligero. En un año compramos todo lo necesario, y aunque gastamos un fenómeno, así y todo ganamos setenta mil pesos, pues hay que ver que la fabricación de ropa deja mucho en comparación con otras labores.

Eso lo iniciamos en 1959 y tras ese año preparativo fue que abrimos, sólo que al pasar el año, cuando debía venir Hacienda, lo que vino fue la intervención del negocio como parte de la Ley de Nacionalización.

Iniciábamos el mes con un crédito del Banco, al final siempre se lograba vender todo y el día 10 liquidábamos, pero como te decía, eso no nos duró mucho. Después que nos nacionalizaron me retiré; me dieron 71 pesos mensuales como una jubilación por edad del ramo gastronómico, que fue donde había trabajado más tiempo en mi vida.

A partir de ahí no trabajé más, como tal, sólo vendía alguna ropa hecha y así lograba un ingreso considerable, además de que en 1960 ya Roberto tenía más de veinte años y había empezado a trabajar.

Bueno, acerca del reencuentro con la familia y la tierrina durante los viajes a Asturias que siguieron al de 1947, es decir, en 1956, 1979 y 1983, que ya fueron en avión, pudiera hablarte mucho y poco a la vez, pues significan algo muy grande para mí en el plano personal y, por otra parte, siento que no sabría decirlo todo con palabras.

En el propio Tineo están mis sobrinos Marisa Fernández y Alfredo García, con sus dos hijos, junto a quienes paso siempre varios días, sintiéndome muy bien entre ellos; en Quintaniella está el sobrino nacido en Cuba, Manuel Fernández, hijo de mi hermana María, la que falleció hace poco, así como su esposa Pilar García y dos hijos, en cuya compañía pasó momentos muy gratos, y también están los de Oviedo, mi sobrina Florita con su esposo César y dos hijos, a quienes siempre visito.

El resto lo tienes hasta en fotografías, compartiendo en la casa, en el campo de San Roque, por la villa de Tineo; en fin, en cada pedazo de esa tierra que tanto yo, como tu abuelo y otros muchos tinetenses tuvimos que abandonar un día pero sin olvidarla jamás.

Así que cuando no estoy allá físicamente tengo presente a todos mis familiares y conocidos, aparte de que siempre hemos mantenido la comunicación por carta y por teléfono, a pesar de todas las dificultades.

Muy relacionado con eso es el tema que me planteas ahora, pues para hacerte la historia del «Club Tinetense de La Habana» debo comenzar por

decirte que desde mi llegada a tierra cubana me hice miembro de nuestra sociedad comarcal de emigrantes, tras sólo unos meses de arribar a La Habana, el mismo día que cumplí los catorce años, de modo que la mayor parte de mi vida ha estado vinculada, y en gran medida dedicada, a esta institución de los tinetenses en América.

Desde entonces la sociedad tenía ese mismo nombre: CLUB TINETENSE DE LA HABANA. Primero era sólo para hombres, mientras las esposas e hijos tenían los mismos derechos de los socios, pero no llegaban a ser miembros como tal. En aquel entonces el Club tenía su sede en el propio Centro Asturiano de La Habana, con más de mil asociados, casi todos naturales asturianos.

Ya en 1955, soy elegido Vicesecretario, siendo Presidente Manuel Avila; por ahí tengo la foto que me tiró Alvaro Marrón, el cronista de la colonia española en el Diario de La Marina.

Este es el reglamento general del Club, en su última versión adoptada en 1974, desde su fundación el 1 de abril de 1912, como «Club Tinetense de La Habana», en calidad de sociedad de beneficencia, protección y recreo, según consta en el Archivo Nacional de Cuba, específicamente en los documentos con el tomo 8 y el folio 143.

Aún conservamos actas de las Juntas celebradas desde el 23 de mayo de ese propio año. Pero volviendo al Reglamento, puedes leer, en el Artículo Primero, cómo se destaca el hecho de que es una Sociedad:

«...constituida por los naturales del Concejo de Tineo residentes en Cuba, sus descendientes y simpatizantes residentes en Cuba.»

Continuando el Artículo Segundo con la siguiente precisión:

«Son fines esenciales de la Sociedad:

a) Fomentar la unión, la amistad y la confraternidad entre los naturales del Concejo de Tineo residentes en Cuba y sus descendientes, así como también la de los simpatizantes residentes en Cuba que deseen ingresar en la misma.

b) Propender al mejoramiento educacional, cívico y material de sus asociados por medio del apoyo mutuo.

c) Proporcionar a sus asociados el recreo sano, la cultura y la expansión, con actos de confraternidad social y fiestas bailables.

d) Mantener con las otras Sociedades hermanas las más cordiales relaciones de entendimiento y de fines altruistas.»

Sobre la composición de los miembros volveré más adelante, atendiendo a la importancia que le doy a la creciente presencia de nacidos en Cuba frente a la disminución natural de los nacidos en España, pero antes prefiero ilustrarte algunas de las destacadas actividades que celebrábamos sistemáticamente en el Club.

Primero estaban las propias reuniones, actos, etc. que realizábamos en la sede del Centro Asturiano, y punto y aparte merece la gira anual que hacíamos con motivo del día de San Roque, el domingo más cercano al 15 de agosto de cada año, incluyendo un banquete que llegó a tener 1.600 cubiertos y ya no podíamos darlo nada más que en la Finca de las Piedras, en San Francisco de Paula.

Luego, en el año 1964, salí electo Secretario efectivo y en los casi treinta años transcurridos desde entonces siento buena parte del peso del Club sobre mis hombros, más de la mitad de ese tiempo como Presidente, pues resulta que un día me dicen que no se pudo formar candidatura, que muchos alegaban estar viejos, y sin más argumento sólo pude decirles: entonces, ¿yo estoy nuevo?

Así tuve que aceptar y salí de Presidente tras los dos años que llevaba de Secretario, y antes había sido hasta cobrador. El primer acto que se hizo en el Club ocupando yo su Presidencia fue el banquete que celebramos por el día de San Roque, en el Salón de Embajadores del Hotel Habana Libre, donde nadie lo había podido dar antes, y resultó todo un éxito, fue hasta el Embajador de España.

Otra labor de mucho significado a cargo del Club, y con la que me siento responsabilizado al máximo, es nuestro Panteón en el Cementerio de Colón, aquí en La Habana; no sabes con cuanto esfuerzo se realiza ese trabajo que tanto valoran los dolientes cuando tienen que despedirse de un ser querido.

Desde que estoy al frente del Club se han fabricado más de 180 osarios, además de un osario general y tres bóvedas, así como el terreno cercano que compramos después, en la zona del cementerio nuevo, lo que resultó necesario como refuerzo. Hubo un momento en que morían muchos asociados y familiares de éstos, por lo que pensé que los que no fueran socios se podían atender y enterrarlos en esas bóvedas próximas, manteniendo a los socios como tal en el Panteón original.

Ese Panteón tiene ya miles de difuntos, muchos de los cuales eran los naturales fundadores del Club; actualmente nos quedan vivos sólo unos cin-

cuenta asociados, que son realmente tinetenses, así que la mayoría de los emigrantes descansan en paz.

Y en este punto quiero detenerme, pues cuando se habla de la asturianía en Cuba no debemos pensar sólo en aquellos venerables emigrantes, sino también en el creciente número de descendientes nacidos en Cuba que integran las sociedades comarcales, como nuestro Club; sobre los cuales puedo afirmar que en su mayoría han salido muy buenos, entusiastas, con deseos de trabajar y llevar las cosas a buen fin, manteniendo con su fervor la huella astur en Cuba.

Por eso no me canso de decir que debemos llegar a todos los socios, de una forma u otra; eso sin contar que a la añoranza de los que emigramos se suma el deseo de conocer la tierra de sus orígenes por parte de nuestros hijos y nietos, pues en verdad son lazos tan familiares como los primeros.

Ahora quisiera mostrarte todas estas fotografías relacionadas con el desarrollo de nuestro Club Tinetense a lo largo del presente siglo; no creo que un solo día te alcance para verlas todas.

Sobre los miembros del Club, algunas cifras que puedes tomar con precisión son las siguientes:

ASOCIADOS DEL CLUB TINETENSE DE LA HABANA (1990)

Total de Socios	530 (243 hombres y 287 mujeres)
Nacidos en España.....	164 (128 hombres y 136 mujeres)
De ellos, son tinetenses	153 (122 hombres y 131 mujeres)
Nacidos en Cuba.....	466 (215 hombres y 251 mujeres)

Bueno, claro que tengo deseos de volver, siempre. Imagínate cómo me gustaría comer algo de mi propia tierra, acompañado de ese vino oscuro de allá, que abre el apetito; es un vino tinto y ácido que a mí me gusta mucho, pues te ayuda a la digestión y si no te das cuenta sigues comiendo sin sentir que te llenas.

Si quieres saber más te puedo prestar este valioso libro en dos tomos editado por el Ayuntamiento en 1981, bajo el título de *El Concejo de Tineo: su historia y su arte*, como síntesis de la realidad tinetense, desde los orígenes hasta nuestra época.

De manera que no he contestado tus preguntas con mis palabras solamente, sino que te facilito material de interés, esperando que resulte de utili-



Toma de posesión de la Directiva del «Club Tinetense de La Habana», 1923
(de pie, segundo de la derecha)

AÑO DEL CINCUENTENARIO DE LA REPUBLICA

CLUB TINETENSE DE LA HABANA



1912

1952

Gran Banquete de Confraternidad Social

Que en conmemoración de la festividad de "SAN ROQUE", y en honor de las asociadas y asociados, se celebrará el día 31 de Agosto de 1952, en la Finca "Las Piedras" de San Francisco de Paula, en cuyo acto se hará entrega de Títulos de Honor a distinguidas personalidades de la Sociedad.

MENU

ENTREMES VARIADO

ARROZ CON POLLO

CORDERO PARISIEN

POSTRE: TORTONIS

PAN Y CAFE

CERVEZA "HATUEY"

AGUA MINERAL

TABACOS "GENER"



HORA: 1 P. M.

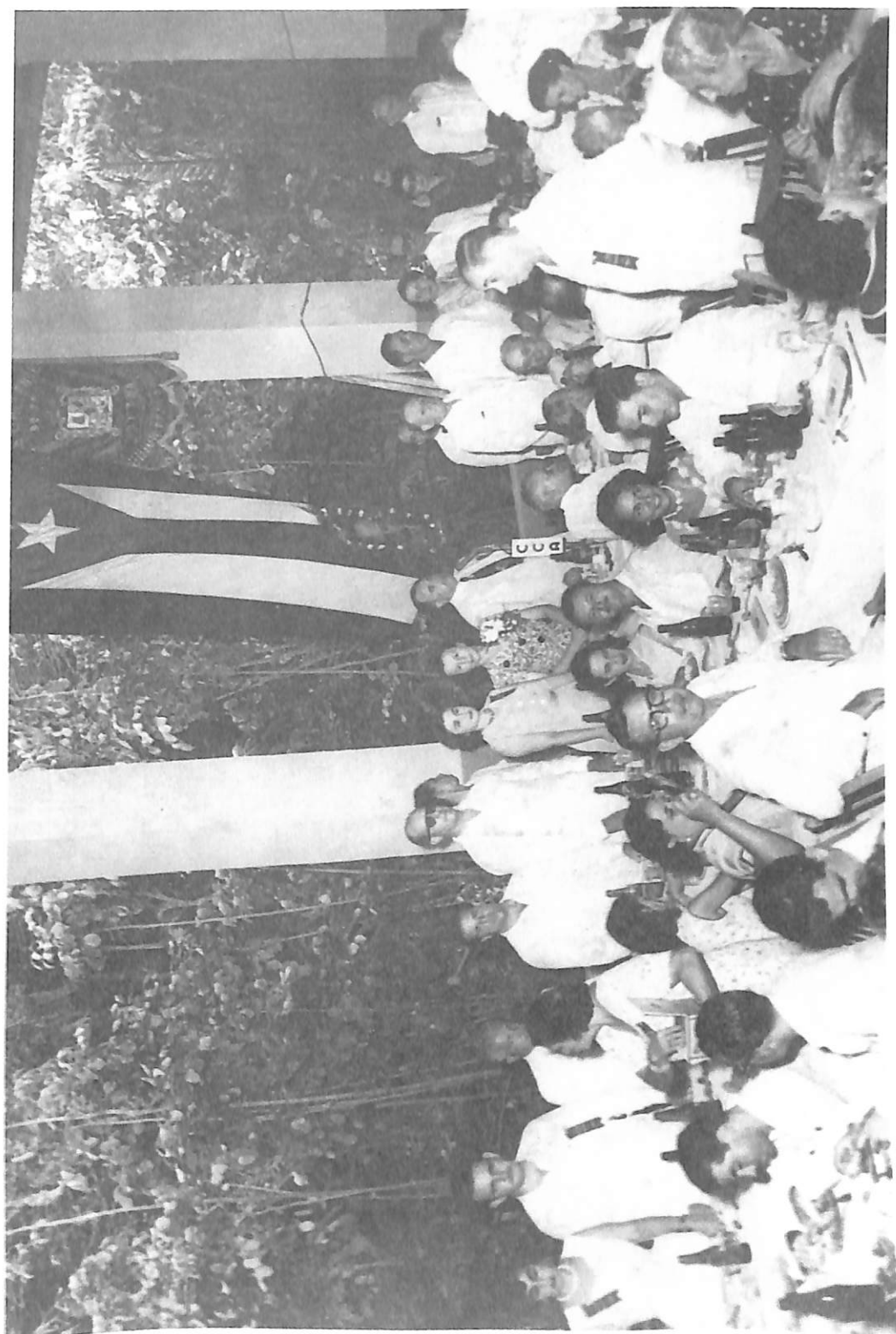
SERVIDO POR:
"LA NUEVA COMERCIAL"

NOVATOR

TRAJES PERFECTOS

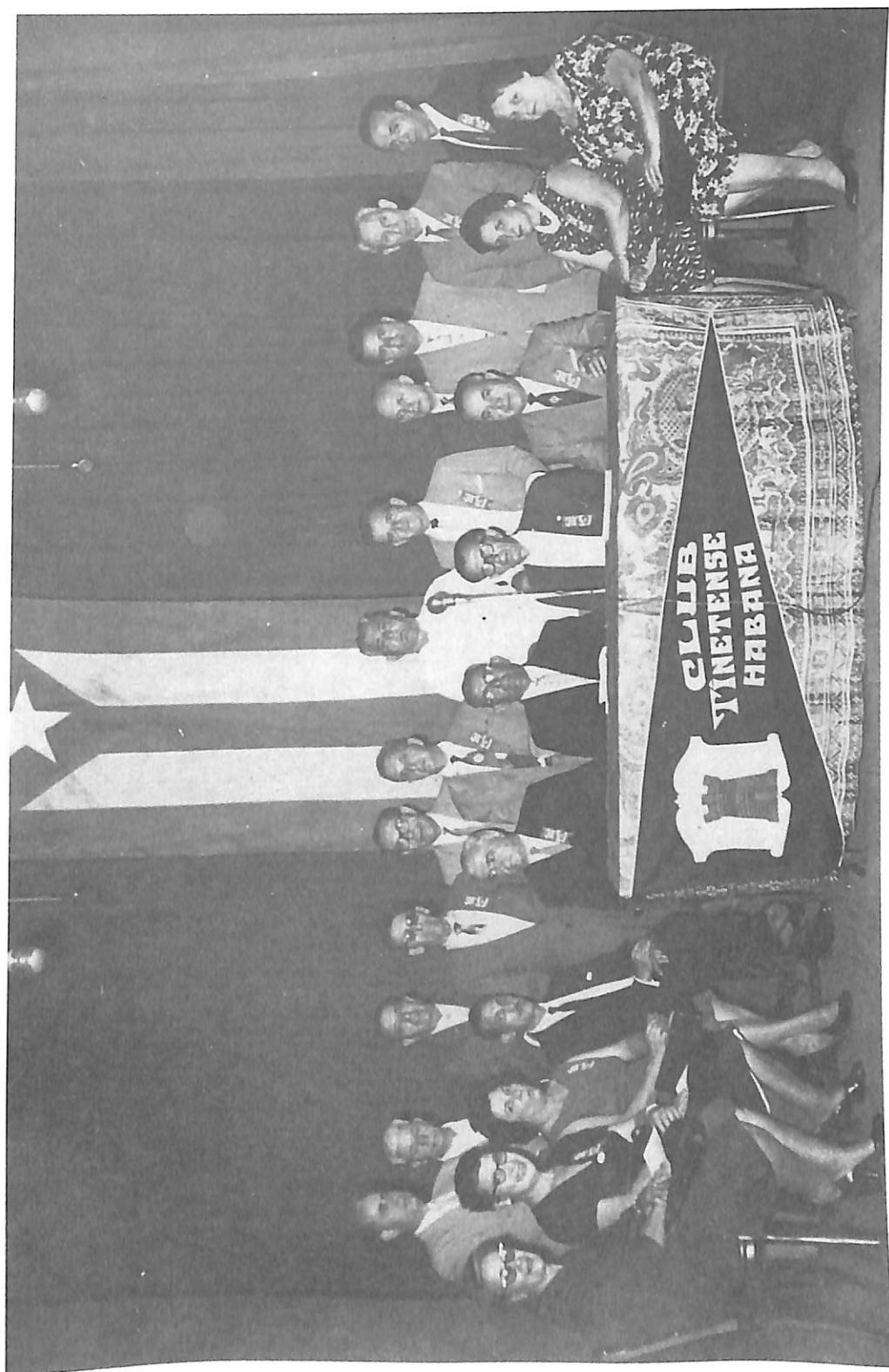
MONTE No. 61

Celebración de la festividad de San Roque por el Club Tinetense de La Habana, 1952
(Impresos y fotografía en la página siguiente)





Toma de Posesión.
Comité de Damas C.T.H. (1953)



Toma de posesión de la Directiva del C.T.H. La Habana, 1966



Misa ofrecida a San Roque por el C.T.H. 18 de agosto de 1974



Junta General Anual del C.T.H. Enero 1979. Sede social: Corrales 64



Junta General anual del C.T.H. Enero 1996. Sede social: Corrales 64

CLUB TINETENSE DE LA HABANA

**SOCIEDAD DE BENEFICENCIA,
PROTECCION Y RECREO**

REGLAMENTO GENERAL 1974

FUNDADO EN EL AÑO 1912

Documento básico de nuestro Club, consta de 53 páginas

dad para este rescate de la memoria acumulada en los emigrantes con quienes conversas.

Sobre el secreto que me preguntas, para sobrepasar tan bien los ochenta años, pues no te puedo contestar fácilmente. Creo que no hay un solo secreto, en todo caso mi máxima en la vida ha sido siempre decir la verdad, con las palabras y con los hechos, y así enfrentar las cosas como son, sin hacerme más ni menos ilusión de la cuenta, y eso ayuda mucho cuando se pasa tanto trabajo para salir adelante.

Entre los consejos o experiencias que pudiera transmitir a los descendientes más jóvenes está el siguiente, yo creo que deben tratar de conocer cada vez mejor la historia de sus antepasados que emigraron desde Asturias a Cuba y tratar de revitalizar esos vínculos, como algo muy importante, pues resulta interesante para todo ser humano conocer su origen familiar de la mejor forma que cada uno pueda lograrlo.

Para eso encontrarán siempre abiertas las puertas del Club Tinetense en general, y en lo que yo pueda, pues también les apoyaré.

Ya has podido ver durante nuestra conversación las diversas llamadas por teléfono que recibo en casa, para atender asuntos del Club, relacionados con los recibos, el Panteón, etc.; las visitas de algunos asociados también son frecuentes.

Te presentaré a varios de ellos, así podrás ampliar más sobre los tineenses de La Habana, y quizá luego sigas con los de otros Concejos, a quienes he ido conociendo a través de tantos años en la colonia asturiana.

Si quieres, llamamos por teléfono a Pilar Gancedo, una de las socias más jóvenes del Club, con 55 años de edad, a José Alba Marcos, uno de los asociados mayores, con 83 años, entre la lista de nombres que puedes escoger del libro oficial que lleva cuidadosamente nuestra Secretaria, Beba. De memoria puedo seguir citándolos: Enedina Fernández, que aún tiene familia en Asturias, Rafael Alvarez y Jovita Lastra, que son un matrimonio, y así hasta el último, pero mejor toma la lista por escrito.

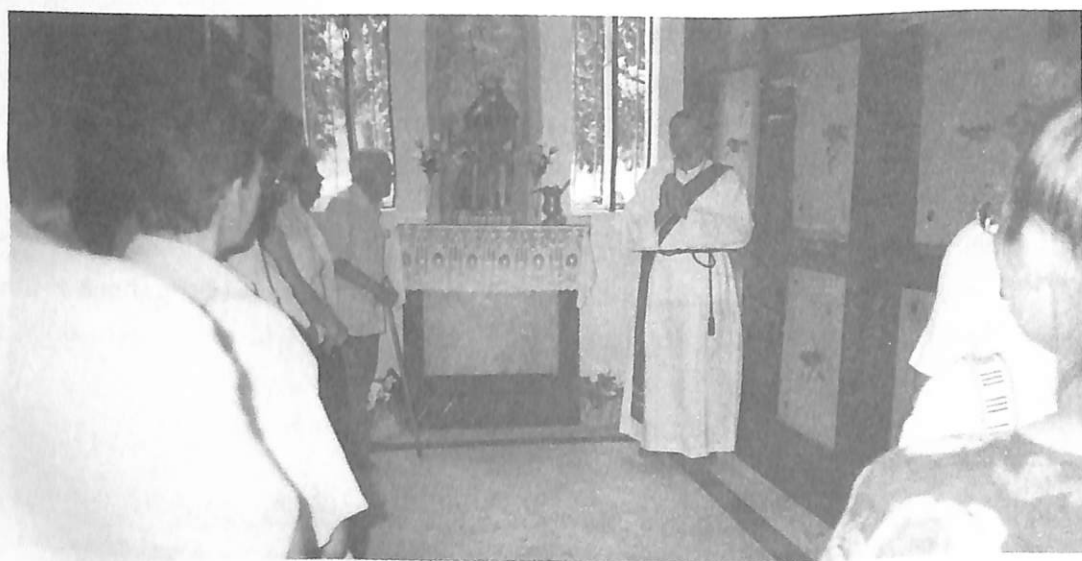
Bueno, para mí ha sido una satisfacción rememorar contigo hechos tan vinculados con nuestra tierra de origen común, en el propio Tineo, donde quedan relativamente cercanas las aldeas Quintaniella y Perluces.

Ahora me despido de ti, esperando tu visita cuando desees.

La Habana, diciembre 1990



Entrada al Panteón del CTH de la estatua de San Roque enviada por el Ayuntamiento de Tineo, 11 de mayo de 1996, fecha en que se culminaron las obras de restauración del Panteón con la bendición de San Roque en el cementerio de Colón.





Los dos naturales de Tineo asistentes al acto del 11 de mayo de 1996 en el Panteón del CTH, Enedina y yo, junto al autor de este libro, Aurelio

Bueno, Aurelio, al leer estas páginas, con la entrevista que me grabaste hace varios años, no puedo dejar de emocionarme, por lo curioso que resulta ver la vida en palabras impresas, pero también por apreciar la evolución de nuestro Club Tinetense en el tiempo transcurrido. Hay dos datos muy ilustrativos.

Internamente, puedes notar el cambio en las cifras de socios:

ASOCIADOS DEL CLUB TINETENSE DE LA HABANA (1996)

Total de Socios	668 (357 hombres y 311 mujeres)
Nacidos en España.....	164 (124 hombres y 140 mujeres)
De ellos, son tinetenses	149 (117 hombres y 132 mujeres)
Nacidos en Cuba.....	604 (333 hombres y 271 mujeres)

En el marco externo del Club, tú mismo pudiste comprobar la significación del Viaje Añoranza del año 1992, y recordarás el apoteósico recibimiento que nos dieron en Oviedo, la alegría de abrazar a los seres queridos y nuestra participación en las fiestas de San Roque.

También desde el Principado han comenzado a enviar algunas ayudas en medicinas y alimentos para los asturianos en Cuba, a través de la Beneficencia y la Federación.

Pero el punto máximo de todo eso fue la confirmación de la visita a La Habana del Alcalde de Tineo, José Rodríguez, portador del apoyo emotivo y material que nos envían nuestros paisanos tinetenses en medio de las dificultades que tenemos aquí.

Para mí, ha sido como ver el fruto de un esfuerzo largamente sembrado por los emigrantes tinetenses desde este lado del océano sin más pretensiones que la de mantener vivo entre nosotros el recuerdo hacia la tierra y el pueblo que nos vio nacer.

Al cabo de casi un siglo de creada nuestra sociedad comarcal de Tineo en La Habana es la primera vez que se produce una visita como ésta.

Ya ves, más grande que todo el tiempo transcurrido, y la gran distancia existente entre Asturias y Cuba, ha sido este abrazo de reencuentro entre todos los tinetenses.

La Habana, enero 1996

JULIA MARTINEZ SALAS

SOBRESOBIO

El otro día pasé por los portales de lo que fue el Centro Asturiano, recorrí sus aceras, observando las fachadas que dan a cada calle, recordando la escalera de acceso a la Taberna, y pensé: después de treinta años, quizás este palacio sería la sede ideal para una Casa de España en Cuba.

Así me vino a la mente, en medio de las noticias sobre la visita que acaba de hacer Fraga a los gallegos de La Habana y el próximo viaje previsto por el Principado a los asturianos de Cuba antes de que termine el año.

Tres décadas hace que intervinieron el Centro Gallego y el Asturiano, en 1961, los dos palacios más hermosos donde se agrupaba la mayor parte de la colonia española; dímelo a mí, que junto a mi esposo estuve casi veinte años regentando ese lugar fabuloso que era la Taberna del Centro Asturiano, aquí, muy cerca de nuestra casa.

Bueno, a lo mejor tú has venido con otras preguntas; pero yo te voy a contestar mostrándote estas fotografías, valen más que mil palabras, hace mucho tiempo que las conservo en este álbum, junto a los documentos más importantes de mi vida, entre España y Cuba.

Después te hablaré de mí, lo primero es poder contarte cómo era la vida que latía en aquel Centro, una de las instituciones de mayor fuerza en la sociedad cubana de entonces. Tú mismo lo verás cuando te enseñe las fotos, te cuente la forma en que funcionaba todo aquello y, si quieres, al final te acompañe hasta el mismo edificio que era nuestra sede.

Siempre me gusta volver por allí, y ahora más por lo que te decía: ayer mismo escuché por Radio Nacional de España que estas visitas son recibidas al máximo nivel en Cuba.

Pero tus preguntas van mucho más atrás, tendré que remontarme al principio de todo. Han pasado tantos años, menos mal que me acuerdo muy bien de mi origen asturiano y mi vida de emigrante hasta llegar al día de hoy.

Yo nací el 6 de junio de 1913, en el pueblo de Campiellos. Concejo de Sobrescobio, Asturias. Por cierto que de allí también tengo fotos, como ésta, que nos la hicieron un día de fiesta del pueblo, fue toda una ceremonia en medio de la romería, fíjate en las tres vacas que acompañan a los vecinos, una a cada lado y la tercera al medio.

Yo casi no me reconozco entre las niñas sentadas en la hierba mirando fijo al fotógrafo; piensa que eso fue a principios de siglo, y ya estamos en los noventa.

Pero la traje de recuerdo, como si fuera una parte de nuestra tierra asturiana; cada vez que la miro me recuerda el paisaje del pueblo, los vecinos, nuestra familia, y, como ves, hasta las vacas. Allá teníamos una vida muy apacible hasta que llegó la guerra con tanta muerte y destrucción. Fue algo muy cruel, lo sufrimos en carne propia.

No quisiera acordarme, pero escúchame si quieres saber.

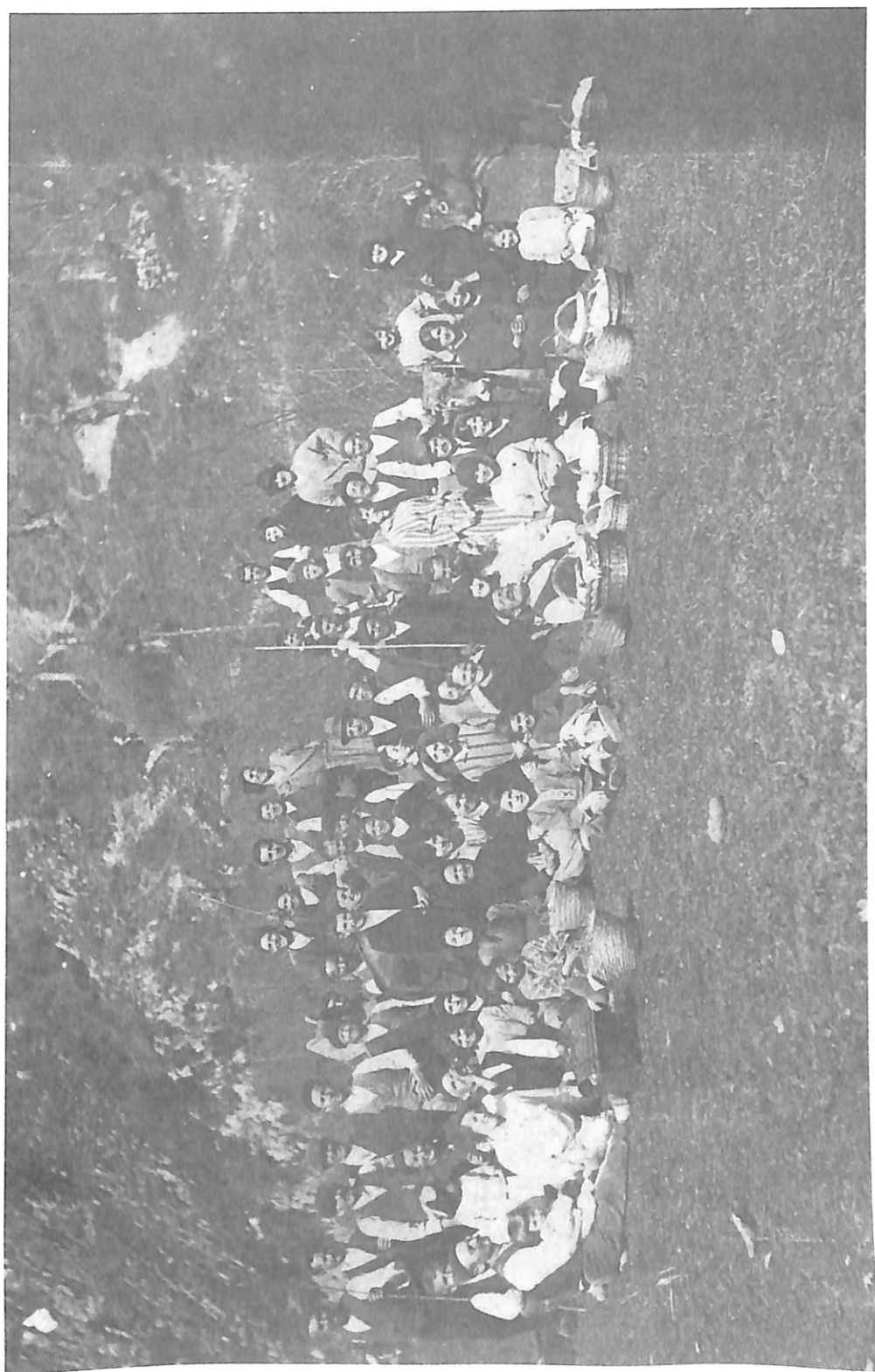
Yo estaba casada con Ermenegildo Sánchez, y teníamos una hija, cuando se produce la entrada de Franco, cayendo sobre mi esposo la acusación de ser desafecto al régimen.

Nada menos que un familiar de él, que estaba enamorado de mí, lo denunció para que no pudiéramos ser felices.

Ante eso, sólo nos quedaba salir de España. Desde la casa veíamos algunos pueblos que eran quemados a lo lejos, a medida que avanzaba la guerra. En el nuestro hicieron unas zanjas para guardar agua, comida y ropas.

Como él ya había estado en Cuba, éste fue el país en que primero pensamos, donde además había tenido la gran suerte de sacarse la lotería. Pero el viaje comenzó mal y terminó peor. Fuimos hacia Gijón, allí estuvimos metidos en un túnel, con miles de personas. Nosotros llevábamos el dinero guardado en unos fajines de tela que yo preparé para ponernos bajo la ropa, en la cintura.

Dos días estuvimos allí, nosotros dos con la niña.



Romería en mi pueblo, Campiellos, año de 1915



*Fachada lateral del Antiguo Centro Asturiano de La Habana.
Entrada de acceso a la Taberna (estado actual)*

Al final, la noche que íbamos a coger el barco en Gijón, el 21 de octubre de 1938, se armó un tiroteo muy grande, estábamos sin luz, y en medio de toda la confusión, cuando mi esposo ya está del lado del barco y yo todavía en tierra con mi hija en brazos, resulta que no esperan por nadie más y empieza a moverse, vimos cómo se iba separando del muelle, sin avisar, y así no puedo subir.

Y es que, además de la niña en brazos, yo estaba embarazada de ocho meses. Pensamos que se había soltado algún amarre del barco por accidente o que era una maniobra antes de partir, pero cada vez se separaba más. Ya tampoco él podía saltar a tierra desde esa distancia.

Con la casualidad que a ese barco, el Caruso, lo detienen a la altura de La Coruña, en Galicia, y allí los cogen presos a todos. Yo hice cuanto pude, incluso unas diligencias con el Cónsul de Cuba para sacarlo hacia La Habana, pero todo resultó infructuoso.

El 11 de noviembre de ese mismo año nació nuestra segunda hija, sin ninguna consecuencia del desmayo que tuve pocos días antes en el muelle, desde donde mi hermana y una prima me llevaron hasta Sama de Langreo, recorriendo dos horas de viaje sin conocimiento.

Todavía escucho las descargas de fusilamiento que sonaban mientras yo estaba dando a luz, se oían desde mi casa, que era cerca del cementerio, adonde llevaban los detenidos a morir. A los pocos meses supimos que mi esposo también corrió esa misma suerte.

A él lo fusilaron el 30 de agosto de 1939.

Después de esa desgracia llegó el indulto, tanta injusticia parecía imposible, que lo mataran y luego llegara la anulación de su condena.

Yo no tenía más nada que hacer en Asturias, y ese propio año logro salir con mis dos hijas hacia La Habana. La mayor con dos años y la menor a punto de cumplir su primer año, todavía de brazos.

Aquí sólo tenía una tía, hermana de mi madre, con quien fui a vivir los primeros tiempos.

Enseguida me puse a trabajar, muy duro, cosiendo puntos de medias de mujer. Así empezamos el largo camino de emigrantes en Cuba.

Al principio todo me parecía mentira, pero con el paso de los años me fui adaptando a la realidad, mientras seguía trabajando y criando a mis hijas.

En 1944, cuando llevaba seis años de viuda, decido casarme por segunda vez.

Fue el 7 de noviembre, con Román García Menéndez. Juntos nos presentamos a la subasta que organizó el Centro Asturiano para adjudicar la gerencia de la Taberna a quien pagara más entre los aspirantes.

Finalmente fuimos nosotros, y mediante contrato notarial del Dr. Bustamante, comenzamos a regentar la Taberna desde entonces, ininterrumpidamente, hasta su nacionalización el 25 de septiembre de 1961.

Fueron diecisiete años, los mejores de nuestras vidas, tras las vicisitudes pasadas en España y Cuba. Esos años cuarenta, toda la década del cincuenta y hasta el principio de los sesenta, fueron maravillosos.

Mira esta foto, yo con Román y las dos niñas, junto a la barra de la taberna, cuya pared de fondo tiene un mural hecho en Sevilla, desde donde lo trajeron especialmente como decoración principal de este local del Centro Asturiano de La Habana. El motivo es una recreación del cuadro de Velázquez «Los borrachos», que es muy bonito.

Ahí hacía buena combinación con nuestro amplio surtido de bebidas. La principal era la sidra, naturalmente, recuerdo que las mejores marcas eran: El Gaitero, de Villaviciosa, así como La Zagala y Viva Asturias.

La sidra dulce es más sabrosa batiéndola, y era lo típico, yo misma muchas veces ayudaba a servirla y me daba gusto tirarla desde arriba, con el vaso bien abajo en la otra mano, como verás en algunas de estas fotos, que por suerte conservan bastante bien sus imágenes.

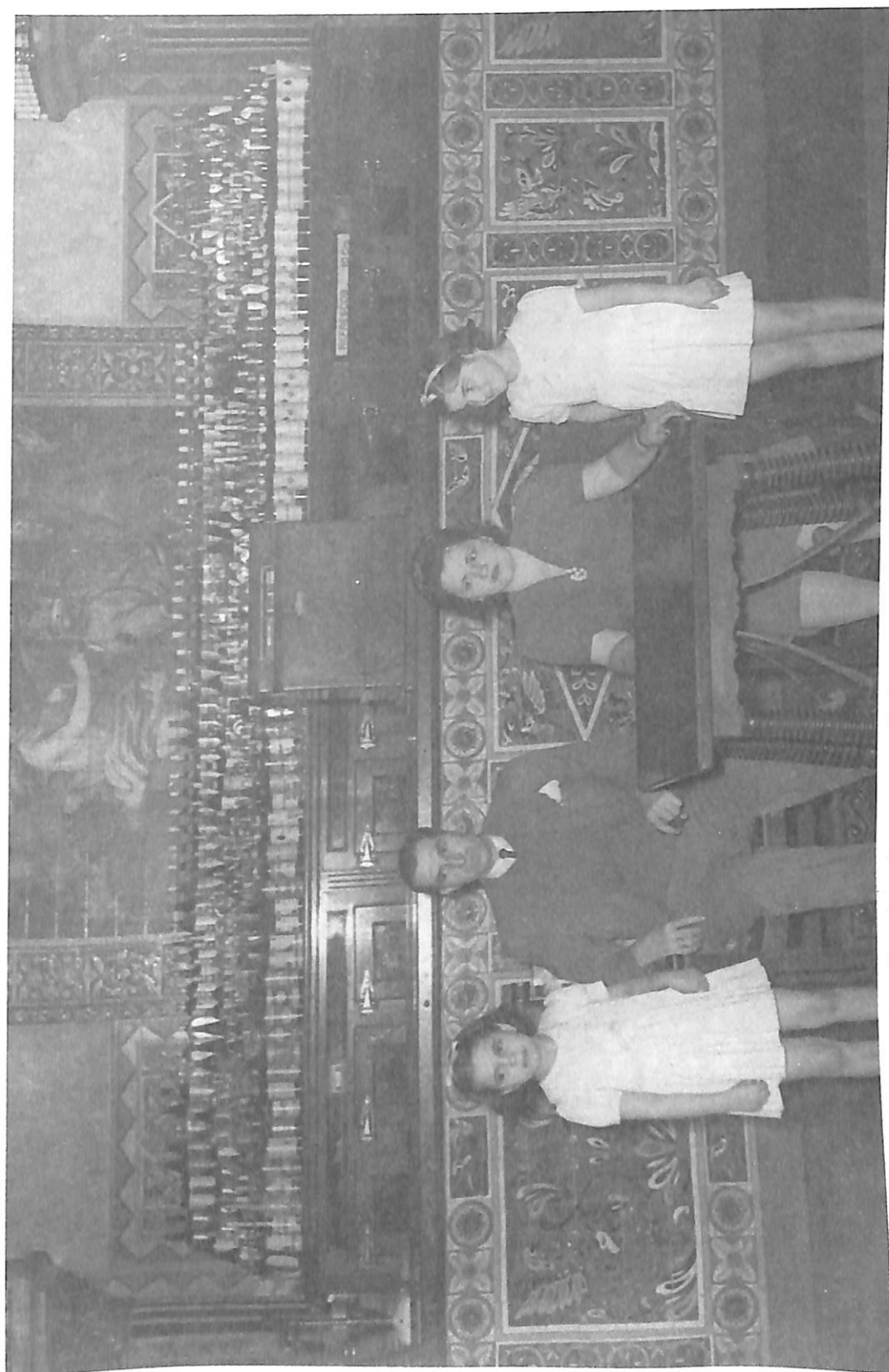
También se tomaba mucha bebida nacional e internacional, como en cualquier otro lugar de La Habana, aparte de los rones y las cervezas cubanas se pedía mucho whisky, Osborne, Felipe II y, así, lo acostumbrado.

Había clientes que sólo pedían lo típico asturiano y con gran gusto les complacíamos, pues contábamos con chorizos, fabada y otros productos que se traían directamente de España, de origen asturiano.

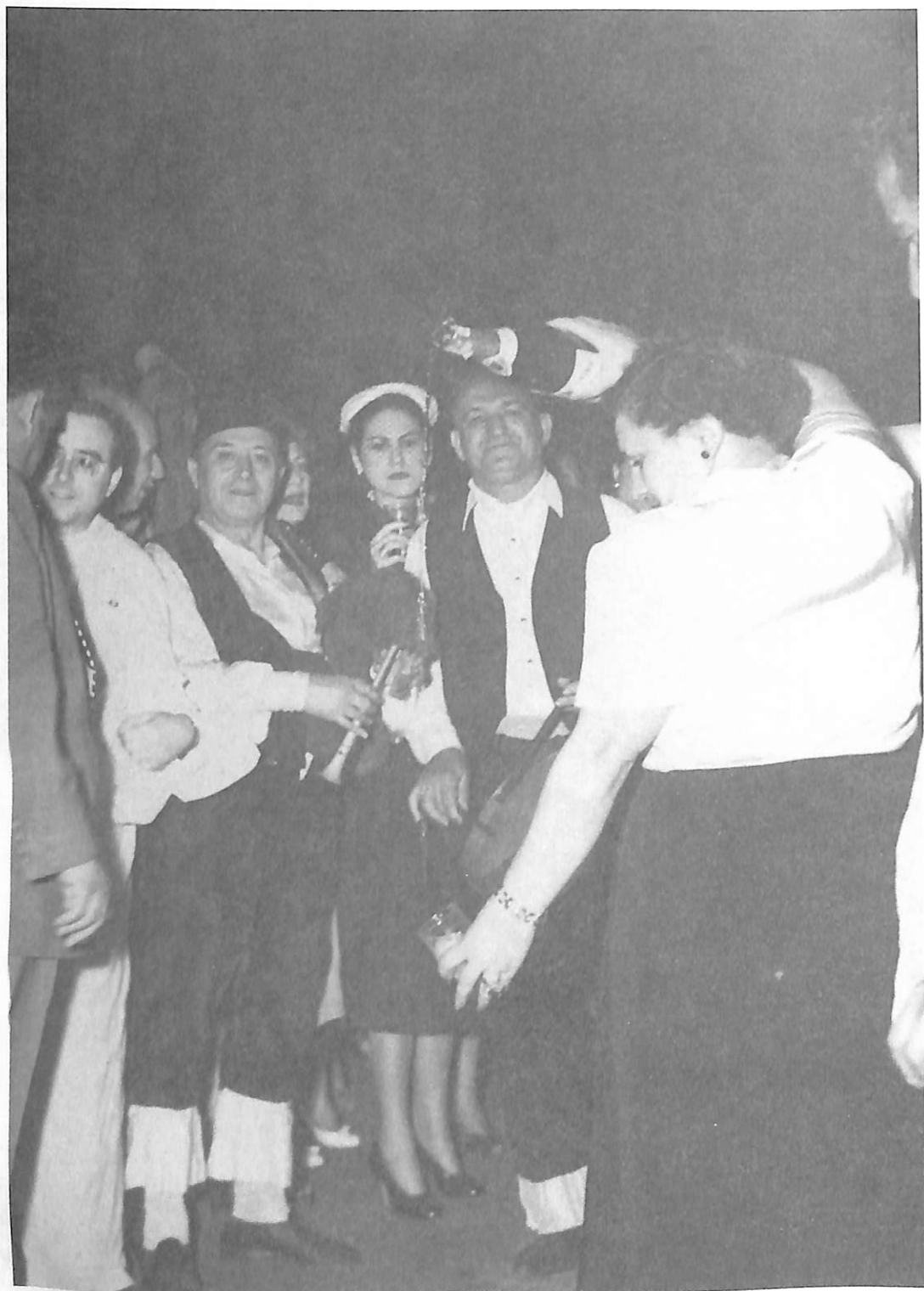
Por la Taberna empezamos pagando 517 pesos mensuales, pero después pasamos a pagar también 155 pesos mensuales por el salón de bailadores.

Y es que desde la Taberna teníamos la preferencia para el suministro al resto de las áreas del Centro Asturiano, llegando a tener cien tinas de madera, móviles, para llevar bebidas frías a cada piso donde hubiera bailes o alguna celebración de los asociados. Nosotros usábamos la azotea del edificio para guardar todas esas tinas.

Así se puso de activo aquello, Román y yo trabajábamos a la par. El se iba desde muy temprano a la Taberna para recibir los carreros con las mer-



Con Román, mi esposo, y mis dos hijas, en la Taberna, año de 1945



*Tirando la sidra.
En un acto típico asturiano*

cancías y esperaba hasta que yo llegara para atender las solicitudes de banquetes, buffets, fiestas de quince años, etc.

A la misma vez estaba pendiente del servicio al público, de la merienda de los empleados, y un millón de cosas más que ahora me parecen de película.

Era un trabajo bonito, muy dinámico y alegre, tanto por la Taberna en sí, como por el Centro Asturiano en general. Recuerda que esa fue su época dorada.

Todas las áreas y dependencias del Centro Asturiano hacían un conjunto muy interesante; desde las propias estructuras de la institución como agrupación de sociedades de naturales asturianos en Cuba, con su Junta Directiva, secciones de trabajo, etc., hasta sus reconocidos servicios culturales, como son la docencia y la lectura.

Esos eran dos baluartes del trabajo del Centro dirigido a los jóvenes emigrantes y también a descendientes en Cuba, por una parte el gran Plantel «Jovellanos», donde se cursaba el plan de estudios nacional y varias especialidades como contabilidad, música, etc., con más de mil alumnos, y, por otra parte, la impresionante Biblioteca.

Esta era reconocida como una de las más actualizadas y amplias bibliotecas en la capital del país. Ocupaba la mayor parte del segundo piso, subiendo por las escaleras principales, desde el vestíbulo.

Allí conocí a Alberto Rodríguez, él era el responsable de la Biblioteca hasta que lo sustituyó Zapico, su ayudante, quien se mantuvo después hasta el final. Lástima que ya murió, como la mayoría de los empleados del Centro.

Impresionaba entrar al inmenso salón de lectura, rodeado por los interminables estantes repletos de libros. Seguramente no sabías que esos estantes eran acristalados, para que los libros no cogieran polvo, y que las mesas y asientos de lectura fueron diseñados de modo que daban el mayor confort a los lectores, todo muy amplio.

Aquella era una valiosa colección, por su cantidad y su calidad. Todos los asociados tenían derecho a los servicios de la Biblioteca, así como del resto del Centro Asturiano; se pagaba una cuota mensual de tres pesos y setenta y cinco centavos que daba derecho al médico, a la escuela y a todo lo demás que existía allí.

Eso era el Muy Ilustre Centro Asturiano de La Habana, como una casa para todos nosotros.

Su pujanza salta a la vista en la propia edificación, un verdadero palacio, en el lugar más céntrico de la capital de la República. A eso se debía el gusto de su arquitectura, desde la majestuosidad con que cubre toda la manzana, hasta cada uno de los detalles de decoración interna.

Sin ir más lejos, observa la propia Taberna, en estas otras fotografías se ven nítidamente los mosaicos pintados que cubrían gran parte de las paredes y el mostrador, con unos motivos muy bonitos que alegraban el ambiente para los clientes y también para los empleados, quienes siempre iban muy elegantes con su uniforme y corbata.

Así de impecables estaban siempre todos los trabajadores del Centro, fuera cual fuera su puesto, desde el primer piso, que es donde estaban ubicados la Taberna, los salones de billar y los de dominó.

El segundo piso lo compartían la Biblioteca y el salón de sesiones; encontrándose en el tercero el salón principal, muy grande, sin columnas de un extremo al otro del edificio, que era donde se celebraban las fiestas, los bailes y los principales actos.

En el cuarto y último piso estuvieron las aulas del Plantel «Jovellanos» hasta mediados de los años cincuenta, que se mudan para un edificio aparte, adquirido por el Centro Asturiano junto a una finca que pertenecía a las monjas. Ya por entonces tendría unos mil trescientos alumnos.

Desde la época en que nosotros pasamos a regentar la Taberna ya el Centro Asturiano **contaba con cien** mil asociados, cifra que se mantuvo **siempre alta**.

De todos esos asociados provenía la clientela principal de la Taberna. Nuestro horario era el mismo del Centro, abríamos a las ocho de la mañana y cerrábamos pasadas las nueve de la noche. Por la mañana atendíamos fundamentalmente a los **empleados** que iban **a desayunar**, pero desde el **medio día, cuando se abrían los salones** del billar y del dominó, crecía la demanda. **Los** atendíamos en la Taberna y también teníamos un mozo para ir por los salones.

Además, venía público de la calle, pues aunque no fueran socios se les permitía pasar y consumir.

Esos eran los días normales, luego estaban algunas fechas especiales, como, por ejemplo, las tomas de posesión de todas las sociedades comarcales agrupadas en torno al Centro Asturiano, éstas no tenían locales propios allí, sino que utilizaban las áreas del edificio según el tipo de actividad que realizaran en cada fecha.

Pero el día principal era, sin dudas, el 2 de mayo, fecha en que conmemorábamos el aniversario del Centro. Cada año esa era una ocasión extraordinaria, para la cual la Directiva escogía un orador destacado en el ámbito nacional, a quien se invitaba para decir las palabras de homenaje, en el acto central. Entonces, el ser seleccionado a ese fin constituía todo un honor, al que se le daba la mayor divulgación.

Fueron muchas las personalidades que cumplieron esa función, entre los que recuerdo varios nombres, como el Dr. Arturo Montoy, pero la relación completa podría encontrarse en la prensa de la época.

Yo pudiera seguir hablando sobre el funcionamiento interno, como te contaba, pero también debo responderte sobre mis viajes a Asturias.

La primera vez que volví fue en el año 1950. Estuvimos seis meses los cuatro: Román, las dos niñas y yo. Me alegró tanto ver de nuevo mi casa, aunque ahora sólo se usa los fines de semana o en vacaciones, quien la sigue atendiendo es mi hermano. El la ha ido arreglando, pero lo que más yo recuerdo no es la casa como tal, sino el panorama que veíamos desde ella hacia el prado que nos rodeaba. Qué vista más hermosa, inolvidable.

Cinco años después hice el segundo viaje, esta vez porque mi padre estaba muy grave.

Coincidió con una especie de excursión a Asturias organizada por el Centro Asturiano de La Habana, y me acompañó mi hija, la que ahora vive en los Estados Unidos.

Después de casadas mis dos hijas, Román y yo volvimos solos a Asturias en los años 1971 y 1981, en cada una de esas ocasiones por seis meses.

Nos pasó lo que a todos los emigrantes cuando se encuentran de nuevo con su origen, con las cosas de su niñez, la gente de su familia, de su pueblo, en fin, con lo que nunca perdieron a pesar de haberse alejado tanto.

A mí me parecía imposible estar tomando sidra de la que hace mi hermano personalmente, con las manzanas de la casa, él mismo la envasa y encorcha, y deja una parte sin fermentar para tomar como jugo.

A pesar de la alegría de esos viajes, nunca sentí deseos de regresar definitivamente. Quizá por el arraigo que ya tenía en Cuba, donde, entre una cosa y otra, llevo más de medio siglo, quizá porque aquí he visto crecer a mis hijas, quienes, por cierto, ya me han hecho abuela y bisabuela; no sé, quizá por una mezcla de todas estas cosas.



Román y yo. Con los empleados de la Taberna. Año de 1955



Mi fotografía más reciente, en casa de mi hija, en La Habana

No es la primera vez que reviso la historia de mi vida, y al igual que en otras ocasiones me da la impresión de que he tenido que acumular muchas fuerzas para sobreponerme a tantas pruebas, tantas pérdidas.

Hace unos años enviudé por segunda vez, pero bueno, no te voy a cansar con mis penas. Tengo otras cosas que contarte, y no todas serán en esta primera ocasión. Como te decía hace un rato, la mayoría de los empleados del Centro Asturiano han muerto o retornado a España, pero alguno nos queda por aquí, con quienes te sugiero que converses también.

Como, por ejemplo, está el señor Arroita, quien fue el último Secretario del Centro Asturiano, él participó en la entrega del Centro cuando lo intervinieron. Ya está ciego, en su casa, junto a su esposa. Puedes ir de mi parte, seguramente se alegrará de tu visita y te hará anécdotas muy interesantes a partir de su experiencia en ese cargo.

También puedes hablar con un electricista, el señor Armando Núñez, quien, a pesar de estar retirado, sigue contratado como tal en el edificio del Centro, ahora ocupado por dependencias del Tribunal Supremo.

Volvemos al tema de la sede de nuestro Centro Asturiano, y te reitero la idea que éste sería el mejor lugar para una Casa de España en Cuba.

Ha pasado mucho tiempo, han cambiado muchas cosas, pero nosotros estamos aquí. Yo y muchos otros emigrantes españoles y descendientes que nos hemos mantenido agrupados en las sociedades comarcales de todas las regiones españolas.

Ojalá que aún podamos volver a ver las puertas abiertas del Centro Asturiano, a caminar por su interior, con todo lo que él significa para cada uno de nosotros.

No es que esté soñando, es una idea posible, con el concurso de todos, aquí en Cuba y allá en España. Por lo menos pueden contar conmigo para que la Taberna funcione de nuevo.

Sin ilusionarme mucho, es sólo un deseo, pero pudiera hacerse realidad; ¿por qué no?

La Habana, septiembre 1991

ENRIQUE JOSE MARTINEZ PEREZ

LUARCA

El primer equipo de fútbol en que jugué, allá en mi pueblo Canedo, de Otur, se llamaba «Miramar», era de nivel juvenil pero pronto pasé a equipos de mayores, sobre todo desde que matriculé el Bachillerato y empecé a jugar con el equipo del propio Liceo Asturiano de Oviedo.

Eso era algo común, desde entonces, el fútbol era el deporte más practicado en Asturias, y en toda España, aunque en mi caso particular puedo asegurarte que desde niño yo supe que iba a ser futbolista.

Tan grande fue mi convencimiento que ni el emigrar a América me hizo dejar ese camino, al que siempre se opuso mi madre, desde un principio.

Bueno, ella y mi padre, Edubiges y Enrique son sus nombres, también eran naturales de Luarca, donde yo nací el 25 de octubre de 1921. Eramos tres hermanos, una murió, la otra está en España, Mercedes, y yo que estoy en Cuba.

Mi padre era comerciante retirado y vino a Cuba desde 1931 por cuestiones de negocios, al igual que había hecho en el año 1927. En 1936 ya tenía sacado el pasaje para España cuando mi madre le envía un telegrama urgente para que él no embarque, diciéndole que se quedara, porque seguramente allá lo iban a matar si regresaba.

El había sido electo Teniente Alcalde de Luarca cuando el advenimiento de la República y, al estallar la guerra, en el Ayuntamiento de Luarca la falange fue fusilando, día tras día, a casi todos los Concejales y Maestros.

Al final sólo quedaron vivos él, por estar en La Habana y Luis Ochoa, hermano de Severo Ochoa, quien se fue alante con los republicanos, antes de caer en manos de los franquistas. También yo me salvé por unos días del servicio militar, pues si cumplía los dieciséis años en España no podía evadirlo allá, ni tampoco salir del país.

Todo fue muy rápido, por dos horas salí del cerco de Oviedo, mi madre vino a buscarme enseguida, desde Luarca, ella habló con el Alcalde de Grado, quien era amigo de mi padre, y logró que la ayudara. Este primero le dijo que en Oviedo todavía no se habían levantado, pero ella insistió tanto que le puso un auto pero sólo para que la dejara en el Liceo Asturiano, sin tiempo a que me localizaran ni esperaran, pues ése era el único auto del Ayuntamiento y el chófer tenía orden de dejarla en ese lugar y volver inmediatamente.

Por eso regresamos en tren, en el último tren que salió de Oviedo salimos mi madre y yo, el 17 de julio de 1936, dos días antes del comienzo de la guerra en Asturias; a las dos horas de nosotros irnos Aranda se sublevó contra la República, nosotros hubiéramos quedado dentro del cerco.

El 8 de octubre de 1937 subí al Orinoco, un barco grande, de once mil toneladas, en Lisboa, tras intentarlo por La Coruña, luego de todos los trámites hechos por mis padres, en Cuba y en España, pero el Comité de no intervención de la Liga de las Naciones impedía que ningún barco extranjero tocara puerto español y no pude embarcar en el Reina del Pacífico, llegando a pensar que no podría salir por ninguna vía.

Pero tras nueve días de travesía, el 17 de octubre de ese año llegué finalmente a esta ciudad. Pues, chico, la primera impresión que tuve fue del Malecón, me gustó mucho cómo se veía desde el barco, pero cuando llegamos al muelle sentí un calor horrible, y por un papel que faltó a última hora tuve que ir a Tricornia.

Nos llevaron en una lancha de la marina de guerra, desde el barco hasta Casablanca, al guardia que me llevaba le llamó mucho la atención que al llegar allí yo dije: mire, me da un sandwich, una cerveza Cristal y una caja de cigarros Partagás, todo con los dos pesos que me dio mi padre al verme, pues aquí sólo llegué con un real, y es que todo el viaje lo hice tomando cerveza alemana, por eso siempre digo que no vine solo, en realidad yo vine acompañado por la cerveza alemana.

Ese guardia, un galleguito él, pensó que yo era cubano, tuve que explicarle cómo ya conocía todo de Cuba a través de mi padre, quien llegó

a mandar semillas de frijoles negros para el pueblo, allá en Canedo todo el mundo los comía, se daban mejor que aquí y la gente decía que eran judías negras.

Por eso me pareció bueno lo que comimos en Triscornia, donde tuve que dormir esa noche, pero después de bañarme y en una cama con ropa limpia, allí nos trataron bien. Al otro día volvió mi padre y me sacó, así como a otro que vino en el mismo barco, y era de cerca de nuestro pueblo, él luego fue dueño de la Taberna «San Román», cerca del puerto, hasta que la nacionalizaron. Los dos habíamos ido en el mismo automóvil desde Luarca a La Coruña, juntos nos salía más barato; el pasaje del barco valdría cerca de 200 pesos.

Son cosas que uno recuerda, entonces tenía 15 años, y ahora 71, más de medio siglo ha transcurrido desde que tuve que salir de Asturias.

Pero antes de contarte la historia de mi vida a partir de aquel día, debo terminar de responder tus preguntas sobre la etapa antes de emigrar.

Como te decía al inicio, desde muchacho estuve muy vinculado al fútbol, allí sucede como aquí con el juego de la pelota, desde que los niños nacen están con una pelota en la mano, aunque fuera con una pelota de trapo, de lo que fuera, a veces rellenábamos con ropa vieja los balones rotos que nos dejaban los jugadores en el terreno; yo digo que los futbolistas buenos tienen que aprender a jugar descalzos.

Creo que desde que empecé a caminar empecé a dar patadas, una de las cosas que primero aprendí fue a cabecear la pelota y lo aprendí tirándola contra la pared del frente de mi casa, de forma diagonal, la tiraba y calculaba el ángulo que haría, para ir a rematar donde iba a caer.

El problema no es ser muy alto para darle con la cabeza, sino saltar para cogerla en el momento preciso; así tirando la pelota de goma contra la pared de la casa, la iba a coger 15 ó 20 metros más allá. De tanto patearla con la izquierda, dominé la pelota con ese pie y soy ambidiestro en el fútbol.

Seguimos teniendo esa misma casa en el pueblo, ahora más reformada, como la mayoría de las casas por allá, que en total son unas veintiséis casas.

El pueblo de Canedo es muy pintoresco, muy bonito, junto al mar, tiene de fondo unas montañas, y la llanura hasta la costa.

De mi casa hasta el mar habrá 200 ó 300 metros, con varias playas donde nos bañábamos. Me gustaba la natación, pero el otro deporte que practiqué, además del fútbol, fue el ciclismo, aunque al final la fiebre del fútbol me ganó.

Cuando fui ciclista me gustaba participar en las carreras de cintas, eran algo muy divertido, las muchachas del pueblo hacían unas bandas, pintadas y bordadas, que uno se ponía en el pecho y la pasaba por la espalda, anudándose al lado; entonces había una serie de argollas con unas guindas, que colgaban sobre la carretera y tenías que venir con la bicicleta a todo echar y cuando pasabas por debajo de ellas levantarte apoyado en los pedales y tratar de ensartarlas con un palillo, pero a lo mejor todas no tenían premio, algunas eran falsas, y siempre te ponían las premiadas en lugares difíciles, en las esquinas, donde más trabajo costaba llegar.

Poco a poco aprendí y un día de Santa Tecla cogí nada menos que siete premios, antes de irme a estudiar a Oviedo, tendría como trece años, ya a esa edad yo tenía el tamaño que tengo hoy y competía hasta con los hombres del pueblo, aunque era muy flaco.

Santa Tecla es la patrona de Canedo, de Otur, se celebra el 23 de septiembre. Desde el día anterior tenemos la verbena, y el propio 23 la gente amanece para iniciar la fiesta temprano, que está considerada una de las mejores del occidente asturiano, antes y ahora.

En aquel tiempo, todos los años le tocaba a un vecino hacer de mayordomo, se iba rotando, recuerdo que a mi padre le tocó una vez. Había años que a quien le tocaba no podía aceptar porque no tenía medios económicos y la transfería para el año siguiente; entonces el vecino que se encargaba de la fiesta tenía que comprar la pólvora, hacer los voladores, y también contratar unos músicos.

Hubo gente que contrataba un solo músico, uno que tocaba el clarinete, por ejemplo, le llamaban el Sierro, y a veces lo acompaña un muchacho que tocaba el bombo. Los otros eran los Manolones, que les decían, el padre, Manolón, era quien tocaba el clarinete, un hijo de él tocaba una especie de bajo y el otro la trompeta.

También estaban otros que formaban una orquesta de verdad, eran seis hermanos, hacían un sexteto, al que le decían los Magarines, lo mejor de toda esa zona, cobraban bastante pero eran muy buenos, incluso uno de los hermanos era cantante, y así la música sonaba mejor.

El 22 de mayo se celebra en la Iglesia de Otur la fiesta por Santa Rita, es la primera fiesta del año en Asturias, a unos setecientos metros de mi casa, el baile lo organizaban en el campo de la propia Iglesia.

Luego hay otras fiestas en Otur, como la de San Bartolo, el 25 de agosto, que ya no son tan importantes; las que se siguen celebrando más son Santa

Tecla y Santa Rita, con una organización distinta, primero se calculan los gastos por el Ayuntamiento y luego se hace la petición monetaria. Salen caras las fiestas, por ejemplo, cada orquesta vale 200.000 pesetas, además la pólvora para los voladores, etc.

Yo iba a todas las fiestas de mi pueblo y de los pueblos cercanos; en ninguna falta el gaitero, ni el redoblante, que es como un tambor, eso es típico de todas las fiestas. El día de San Timoteo es una gaitería que te vuelve loco, otros se ponen a cantar siguiendo a la gaita, entre tantas canciones recuerdo una que comenzaba así: «Hermosa villa de Luarda...».

Yo nunca pensé irme de allá.

Mi padre hablaba bien de Cuba, de lo bonito que era este país al que quería y respetaba como a una segunda patria, incluso mi padre y mi madre murieron aquí. El vino con catorce años, desde el pasado siglo, siendo fundador del Club Luardés de La Habana en 1910, e integrando desde entonces su Directiva, y en uno de sus viajes a España nació yo.

Quince años después, cuando llegué a La Habana, ya mi papá me había hecho socio del Centro Asturiano y a la semana siguiente me incorporé a las clases, con el curso en marcha, en el Plantel «Jovellanos».

Estudiando Contabilidad allí me preguntaron si sabía jugar fútbol y dónde lo había practicado. Les expliqué y enseguida me dijeron: muy bien, pues para la Liga Inter-colegial, y así entré a jugar en el equipo juvenil de nuestro plantel.

Yo no pensé que iba a ser tan rápido, pero al debutar gusté, ese día jugué de delantero, no de medio centro, que era lo que había jugado antes.

Luego, en el campeonato juvenil de la Liga Inter-colegial, en un partido que se jugaba muy bruto, con un fútbol muy duro, uno pasó el pie por arriba del balón y me dio una patada en esta rodilla que me la desgració para toda la vida. Quedé lesionado, por lo que en el Jovellanos no jugué más que un año.

Yo me restablecí, pero me hicieron algo que no me gustó nada. La piedad no me cabía en el pantalón de lo hinchada que estaba, mis padres me ingresan en la Quinta Covadonga y el ortopédico cuando me reconoce dice: tiene el menisco roto y eso es de operación.

Cuando aquello eran muy pocos los futbolistas que operaban y volvían a jugar después, y puedes creer que del Jovellanos no me viene a ver nadie, ni de la directiva, ni del plantel, ni nadie del equipo, en cambio del equipo contrario vinieron todos. Cada día venía alguno de ellos o varios, hasta el que me lesionó, eran del equipo Unión de Baleira.

Por eso cuando estuve en forma les dije a los del Jovellanos que no seguiría con ellos, me contestaron: te vas a pasar a los gallegos, pero yo me mantuve firme y se lo repetí: no vuelvo, con ustedes no juego más nunca.

Superado ese contratiempo, ya en 1938 estoy jugando con el equipo Unión Baleira, y a fines de ese año el Iberia me pide para jugar con ellos, ése era un equipo de más nivel. Entonces tenían doce o trece jugadores; con sólo 16 años jugué tres partidos con ellos y me preguntaron si quería firmar como jugador fijo, aunque no había un salario exacto, sino que el equipo ganador cogía el 60%, el perdedor el 40%, y ese dinero se repartía entre los jugadores.

El entrenador del Unión de Baleira se puso muy bravo conmigo, pero así son las cosas, el Iberia fue el primer equipo que yo vi jugar en Cuba, me gustaba mucho su uniforme, azul y blanco, y aquella era una oferta que nadie hubiera rechazado, incluso yo, a pesar de lo que voy a decirte.

Cada vez que metía una patada con la pierna izquierda, acto seguido tenía que apoyarme en la derecha y, con ayuda de las manos, colocarme de nuevo la pierna en su posición, eso no lo sabía nadie más que yo, cuando alguien me preguntaba le decía que era una costumbre mía.

Mentira, si no la flexionaba con las manos se me quedaba recta.

Seguí con el Iberia hasta 1942, por contrato, año en que pasé a ser plantilla fija del Juventud Asturiana. El 12 de octubre debuté en el Estadium La Polar contra el equipo de Puentes Grandes, como centro delantero, el único gol que se metió en el partido lo metí yo. Aunque perdimos 2 x 1, el que anotó ese gol fue Enrique.

Le di un remate de cabeza, como refleja esta crónica sobre el juego publicada al día siguiente, con una foto de lo que hubiera sido mi segundo gol ese día, observa qué parada me hace el portero: éste soy yo, ya había hecho el remate, y mira qué serruchazo me está metiendo allí, ves, ya sin balón, como para liquidarme, y mira por dónde iba la bola.

El segundo partido fue el domingo siguiente, contra el Centro Gallego, el eterno rival de Juventud Asturiana, y ganamos 2 x 0, siendo yo de nuevo el anotador de ambos goles, como ves, había empezado bastante bien, de centro delantero.

Ese fue el día que me expulsaron del terreno, porque cuando meto el tercer gol, que lo paré con el pecho, la tiré al bote pronto, chuté y la metí por un lado, gol limpio, totalmente limpio, el árbitro levantó la mano, diciendo que no, yo levanté la camiseta, le enseñé la marca y le dije: mira donde paré

la pelota, pero él me grita: bueno, canté mano y mano se queda, entonces le contesté: tú lo que eres es un hijo de puta.

Inmediatamente me votó, pero yo no me iba a ir tan tranquilo; entonces cuando pasé por el terreno cerca de los asturianos me aplaudieron, pero cuando pasé frente a los hinchas gallegos me empezaron a gritar y yo me les puse de frente y les hice este gesto, con una seña provocadora.

Sabía que eso podía volverse después contra mi imagen de futbolista, pero no pude contenerme. Asimismo, me sacaron en los periódicos al otro día, sin fotos, con la siguiente crónica, observa:

JUVENTUD ASTURIANA Y CENTRO GALLEGO: UN BUEN ENCUENTRO

«Los comandos astures volvieron a derrotar al conjunto de los millonarios, como los ha bautizado Chutazo. Al cuadro del Centro Gallego una nueva picada de los bibijaguas, fue la nota más destacada del programa de ayer en La Polar, para inaugurar el torneo en que los puentegrandistas, campeones de 1941, no pudieron ni hacer un tanto al nacional, teniendo que conformarse con un 0 a 0 pese a celebrarse ese día la fiesta de San Gerónimo, Patrón de Puentes Grandes. Los astures cargaron con la victoria, habiendo logrado sus dos goles en la primera mitad, a los ocho minutos, en un tiro de Girolella que no pudo retener Pepín y que Enrique aprovecha para rematar a los 15 minutos, en que la defensa gallega es víctima de su propia táctica, Cudaleco le sirve un paso adelantado a Enrique, Barquín se adelanta y deja al jugador, pero el referit da por buena la jugada, y anota el segundo.

Enrique, el centro delantero astur, en momentos en que le fue señalada una mano por el árbitro fue expulsado por éste. Al abandonar el campo el jugador astur, molesto por la censura de algunos aficionados, hacía gestos con las dos manos en señales que están reñidas con la decencia y el respeto que merece el público; faltando pocos minutos para terminar el partido, Baldivia, molesto por una decisión del juez de línea, tomó el esférico y se lo arrojó a éste, muy acertadamente.

Si alguna vez se habla de buenas jugadas ofrecidas por equipos de balompié es de justicia colocar en primer término la rendida

por la delantera asturiana durante el primer tiempo del partido jugado ayer contra los actuales campeones de puentes grandes, fue un espectáculo maravilloso contemplar el despliegue y ajuste de que hacían gala los cinco aguerridos atletas defensores de la parte asturiana, un primer tiempo que revolvió el Estadium polarrino, escuchándose desde todas partes alabanzas hacia los que, a pesar de la derrota, se llevaron los aplausos.

La jugada más brillante de la tarde y en la que cristalizó el primer gol astur la efectuaron Cubanaleco que le pasa a Reina segundo éste le tira un centro y Enrique, el debutante centro delantero procedente de las filas del Iberia, remata gol entre los defensas Vila y Marcelo, anidando en la malla cervecera la primera anotación.»

Cincuenta años después sigo pensando que ésa fue una mala decisión del árbitro y que yo sólo hice lo que pude, ofendido en ese momento por tal injusticia.

Eso es parte de la historia, como también lo son los trofeos que fuimos ganando en el Juventud Asturiana en esa etapa: dos campeonatos de ligas nacionales, así como el triunfo internacional sobre el equipo Alajuela, de Costa Rica, que nos visitó en 1945.

Al año siguiente fuimos nosotros a Costa Rica a jugar contra el mismo equipo, pero perdimos cuatro de los seis partidos, con algunos de los miembros del Juventud Asturiana lesionados, pero eso no lo repitas.

En ese año de 1946 me casé. A mi esposa la conocí desde que llegué de España, ella tenía doce años y yo quince, su padre y mi padre eran amigos y recuerdo que el mío le dijo una vez: vas a tener que poner una tranca detrás de la puerta; luego no la vi hasta pasados cinco años, no la conocí de momento, pero al poco tiempo iniciamos el noviazgo, teniendo dieciséis y veinte años. Su nombre es Vitalia Fernández Vidal, nacida en Cuba de padres españoles.

Y como sorpresa, nos casamos en el propio local de la Sociedad Juventud Asturiana, en la calle Prado nº 563. Míranos en esta foto, firmando nuestro matrimonio ante la vitrina con los trofeos del Juventud.

Creo que ese ha sido el juego más importante que he ganado en mi vida, el 2 de febrero de 1946. Lo celebramos allí por varias razones, primero por ser sede de nuestro equipo, también porque entre las amistades estaban



Nuestra boda, en la sede de la Sociedad «Juventud Asturiana», 2 de febrero de 1946



Equipo de fútbol «Juventud Asturiana», junto a mi hijo, Guillermito

todos los miembros del equipo, y por la novedad, algo simbólico que quise hacer como atleta miembro de esta sociedad asturiana en Cuba.

Si la sociedad es una prolongación del hogar, sobre todo para nosotros, los asturianos en la emigración, nada más bonito que casarse en la misma Sociedad «Juventud Asturiana».

Como resultado de dicho juego está nuestro hijo, Guillermito, que, como ves en esta otra foto, empezó a entrar en el terreno desde muy pequeño. El ya tiene una hija, así que llevo unos años siendo abuelo, mi nieta se llama Yanet.

Estas fotografías y crónicas son sólo partes de mi archivo, pues casi completo lo envié para Asturias, a un primo mío que simpatizaba mucho conmigo y con el fútbol, pero después él murió y todo eso se perdió.

Bueno, deberíamos haber comenzado por la historia de la Sociedad como tal. Primero te diré que Juventud Asturiana se fundó en 1912, pero no como es ahora, sino como una sociedad de recreo, de bailes y fiestas, que inicialmente se celebraban en Palatino.

En 1915 entraron en el ciclismo, ganando varios trofeos, y a partir de ahí se fueron metiendo cada vez más en el deporte. Posteriormente, crearon un equipo de pelota vasca, con el cual también ganaron un trofeo, con algunos vascos, y en 1922 se crea el Juventud Asturiana de Balompié a través de una fusión que hubo entre La Habana, que era una sociedad fuerte en el fútbol y Juventud Asturiana, que no tenía fútbol, pero la misma persona era Presidente de las dos, el Sr. Manuel Menéndez, y finalmente las funde en lo que llamó Juventud Asturiana de La Habana. Allá en Asturias también hay una Juventud Asturiana de Oviedo, y en el interior de Cuba también, había Juventud de Santiago y otra de Camagüey.

Desde ese año el equipo Juventud Asturiana comenzó su carrera triunfal, unos años después, el 16 de julio de 1927, precisamente, vencieron en un match de gran importancia a los campeones del mundo, los famosos Olímpicos, que con el equipo nacional, de Montevideo, celebraron en La Habana una serie balompédica.

A los de Juventud les llamaban los toros, y a medida que iba subiendo su fama se fueron escribiendo páginas muy hermosas, que ahora me gustaría leerte, como muestra.

Por ejemplo, este libro titulado «OTRA VEZ CAMPEONES», con una recopilación de artículos y fotografías que reflejan buena parte de esta historia, editado en 1944.

Escucha sólo una parte del primer escrito de este libro, que aparece bajo la firma de Peter, con el título: «Otra copa de campeonato...! Y van siete!».

«Gracias al ritmo de juego de un grupo de atletas que demostraron gran cariño por las sedas de Juventud Asturiana, el conjunto de los toros acaba de llevar un trofeo más para la rica vitrina social.

Igual triunfo ya se había conquistado en 1927, 1930, 1933, 1935, 1936 y 1941.

Ahora los socios de Juventud Asturiana creen que han vuelto a los tiempos felices de pasadas épocas. Se rememoran con entusiasmo aquellas jornadas de 1927.

En ese año, además de ganar su primer Campeonato, vencieron también en la justa de reserva. Y en hand ball, en una competencia que tuvimos la suerte de organizar, fueron los atletas de esa sociedad los que más honores ganaron. Pero todos esos triunfos unidos resultaron pálidos ante su gran demostración de pujanza balompédica cuando en la tarde del 16 de junio logran vencer a los Campeones del Mundo, el Nacional, de Montevideo, con la ayuda eficaz de otros jugadores de equipos hermanos: Edelmiro Lorenzo, Bienvenido y Santos Polón.

Ese fue un triunfo por el cual el nombre de Juventud Asturiana corrió por el mundo entero. Su nombre se difundió a través de los hilos cablegráficos y dio a la sociedad el galardón más grande de su brillante historia.

Y la historia balompédica de Juventud Asturiana no se puede escribir en pocas cuartillas, a pesar de que solamente lleva 22 años en la práctica del balón redondo.

Ahora, estos quince atletas son los Campeones: Vinyets, Arosemena, Bolillo II, Chino Fonseca, Enrique, Pepe, Cubanaleco, Fernández, Carnerita, Alvarez, Rodríguez, Lilo, Hidalgo, Reina II y Pedro. Los continuadores de aquella otra jornada escrita en el año 1941 por los **toritos**.

Desde luego que los honores pertenecen casi por igual a los quince atletas que este año vistieron los jerseys de Juventud Asturiana, pero muy justo es que se haga constar que de ese



*Vitrina con los trofeos conquistados por el equipo «Juventud Asturiana».
Fachada de nuestra Sociedad de Recreo y Deportes*





*La Juventud Asturiana
bañador de Alajuela 6 x 2
San José Costa Rica, Mayo 5 de 1916.*

grupo de esforzados equipieres hay que destacar la labor de Pedro Pablo, El Chino, Pepe y Vinyets, todos los cuales jugaron en todos los doce matches de la contienda campeonil.

Llor a todos ellos. Reconocimiento por el triunfo a los hoy felices directores y aplausos para «Zamorita», que supo con carácter fraternal tener en cada jugador, más que un defensor de la enseña azul y roja, un hermano que luchaba por el triunfo, como por el honor de la familia».

Peter, Pedro Fernández Alonso, era el Redactor de Deportes del Diario de la Marina, quien en 1949 escribió el libro *Algo de la historia del balompié en Cuba*.

A esas siete copas de campeonatos nacionales ganados que él menciona hay que añadir la posterior, de 1948, que fue la segunda vez que se obtuvo jugando yo en el equipo, por lo que he podido tomar champán dos veces en ellas.

La Copa Omega es otra cosa, ése es el trofeo más grande que ha ganado Juventud Asturiana en todos los tiempos, sin dudas, la última vez que la ganó fue en 1931, porque había que ganarla tres veces seguidas o tres veces alternas.

Aquí, frente a esta vitrina de la Sociedad, junto a tantos trofeos y recuerdos, quisiera hablarte no sólo de mí, sino de otros nombres que siempre tengo presentes.

En primer lugar, el de Ricardo Más, llamado Zamorita, quien desde que yo estaba en el equipo Iberia me enseñó los secretos del fútbol para toda la vida, así como a algunos de mis compañeros en este deporte, entre los que destaco a José Valdivia Monet, quien me transmitió muy buena técnica, a Angel Alvarez, y a José Minsal, que fue entrenador del Juventud.

En un tiempo éramos tantos los futbolistas españoles que se proyectó construir un panteón sólo para éstos; entonces se planificó un partido entre los jugadores cubanos contra los extranjeros, que eran bastante buenos, aunque yo no me cuento entre los mejores, pero jugaba con ellos, y quedamos empatados dos a dos, pero finalmente no se llegó a hacer el Panteón.

Yo jugué hasta 1950, en ese año me retiré, con 29 años de edad, ya tenía mucho trabajo con mi empleo de viajante de comercio por las provincias del interior del país, por lo que tenía que estar haciendo el entrenamiento fuera del equipo.

Hasta 1957 me mantuve trabajando en ese giro, antes estuve representando varios productos españoles en Cuba, como bebidas, embutidos, etc.

A partir de ese año no supe más nada del fútbol, ni jugaba ni iba a ver ningún partido.

Sólo volví a acercarme al fútbol cuando empezaron a venir equipos extranjeros, pues quise ver cómo jugaban, primero fueron los brasileros, luego el León de México, en partidos importantes, así volví a asistir a algunos toques del Juventud y otros equipos de españoles y cubanos.

En medio de eso tuve un tiempo que fui entrenador, mientras trabajaba en los Astilleros Chullima, del río Almendares, donde me encargaron que enseñara a jugar al equipo de allí, sería por los años 1963 y 1964, cuando dejé creado ese equipo.

Luego fuimos a algunos campeonatos interindustrias y ganamos algunos partidos con gente a las que enseñé a pegar la primera patada, cómo se paraba la pelota, cómo se le pegaba al balón, cómo se la pasaba, cómo se movía en el terreno.

Después lo dejé, por algo que ni recuerdo, pero no seguí en eso.

Un tiempo después se fomentó la Liga de Veteranos, de la que fui fundador en 1973, ganando nosotros el primer campeonato, los Rojos de La Tropical a los Azules de La Polar, en 1974. Ya muchos de los jugadores españoles habían muerto o regresado a España, creo que entre tantos cubanos los únicos españoles éramos Angel Alvarez y yo.

Esa Liga de Veteranos funcionó muy bien y sigue funcionando aún, donde yo seguí jugando hasta que me hernié, a los 55 años, pero hay otros jugadores que han seguido hasta los 75 años, todos los domingos juegan todavía.

Ahora hay tres categorías: preveteranos, veteranos y superveteranos, los sábados juegan los preveteranos, de 35 a 45 años, y los domingos los veteranos, de 45 a 55, finalmente los súper, de 55 en adelante.

Ya no voy regularmente por las dificultades del transporte, pero alguna que otra vez sí.

El Juventud Asturiana también sigue en activo, ahora tiene un buen entrenador, que perteneció al equipo nacional de Cuba, puede sacar algo bueno del Juventud, por la disciplina con que lo está entrenando, yo los veo fuertes, con muchas posibilidades.

Hace unos días asistí al partido de nuestro Juventud contra el Mordazo, de Puentes Grandes, y ganamos, 2 x 1.



ENRIQUE MARTINEZ PEREZ, un jugador voluntarioso, que sabe dar "todo lo que tiene" porque el cuadro que defiende obtenga la victoria. No tiene pretensiones de gran atleta, pero siempre está en disposición de mejorar, escucha atento los consejos de su entrenador. Cuando sale al terreno de juego, su único pensamiento está en el triunfo. Juega con valentía y le

entra con furia al balón en su afán de alejarlo del peligro. Su mayor alegría. Su gran satisfacción es ganar y siempre ganar. Nunca da cuartel al contrario.

Nació en la lejana y tan cerca Asturias, (Luarca) allá por los años de 1922. Dió sus primeras pataditas al balón cuando jugaba por el "Miramar F.B.C." del pueblo de Canedo, (Asturias). Llegó a Cuba, en 1937 e inmediatamente se puso en contacto con los atletas y después de pocas prácticas entró a formar parte del "Jove-llanos", Academia donde estudiaba, pasó al "Unión de Baleira", ambos juveniles, destacándose por su ímpetu y su "patada fuerte". En 1940 y 41, defendió las sedas del Iberia F.B.C. y el año siguiente entró a jugar con los "Toros", donde actualmente milita.

El día más glorioso para él, cuando Juventud Asturiana conquistó el Campeonato Provincial de Balompié de 1944. Enrique, defendía, junto con el chino Fonseca la meta cuidada por el Astro Arosemena.

Martínez, tiene y no lo olvidará nunca que "todo lo que soy como balompedista, se lo debo a Ricardo Más (Zamorita)". Esto lo repite Enrique, con profunda emoción.

JESUS LACERA

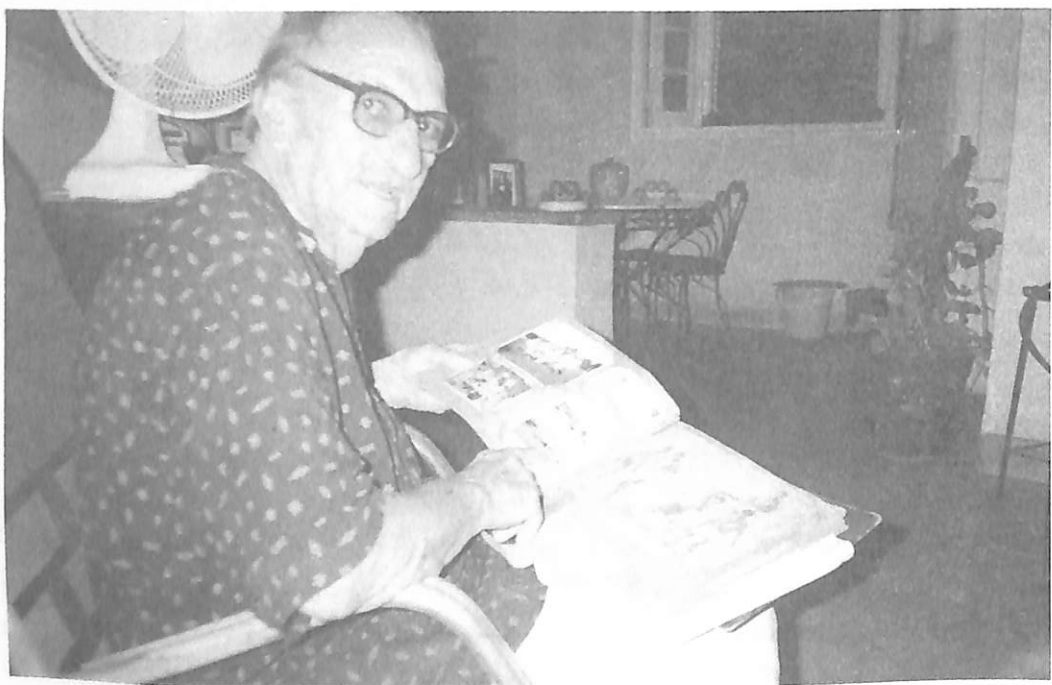
envia un saludo y una felicitación al Club

Juventud Asturiana

Campeón 1944



*En casa, recordando junto a mi esposa, Vitalia,
y mi nieta, Janet*



Así que siguen siendo buenos, lo que aprecio es que resulta otro tipo de juego, ahora es más técnico, como le dicen, un fútbol táctico, en el que predomina la defensa, mientras que antes era más emotivo, buscando siempre la ofensiva hasta llegar al gol, que era todo.

Yo lo entiendo, pero hay que reconocer que así pierde un poco de vistosidad, siendo puramente defensivo, cuando yo digo que no hay mejor defensa que una buena ofensiva.

Naturalmente, ahora todos los integrantes de este equipo son cubanos, por razones de edad, ya no quedamos casi emigrantes.

Se me olvidaba decirte que también integré la Selección Nacional de Cuba en el año 1947, cuando se disputó el Campeonato Panamericano en el Estadium de La Tropical, hoy llamado Pedro Marrero, el cual ganó México, quien nos venció 2 x 0, quedando Cuba en segundo lugar al vencer a Estados Unidos 5 x 2. Ese año fui elegido para el Equipo Todos Estrellas.

Por último, te diré que jugué varios partidos internacionales, con los equipos de Costa Rica, Guatemala, México y los Estados Unidos.

Cambiando de tema, sobre mis viajes de visita a Luarca puedo contarte que el primero fue en 1981, sí, cuarenta y cinco años sin volver, ante lo cual me encontré todo un desarrollo muy superior a cuando yo salí de España.

De joven yo era muy travieso, y cuando volví ese año, todo el mundo me recordaba, fue un acontecimiento, no sólo en la familia, sino entre los amigos y también las amigas de mi juventud en el pueblo.

Alguna novia tuve en Canedo y en Oviedo, pero ya eso está muy lejos.

Aquí también tuve mi racha, sobre todo al principio, como vivía en casa de mi padre, allí tenía todo, y lo que ganaba era sólo para mí, y mis salidas.

Pero eso tampoco fue toda la vida, luego las cosas cambiaron, como te conté.

Volví a ver a mi familia en Asturias en 1986 y 1989. Ese último año hice una gestión y solicité, a través de una audiencia que me concedió don Rafael Fernández, Presidente del Consejo de Comunidades Asturianas, dos juegos de uniformes, así como dos balones, que posteriormente fueron donados y enviados al equipo Juventud Asturiana de La Habana.

Esto produjo una gran alegría para sus jugadores, pues eran camisetas, pantalones y medias de gran calidad, los mismos que usan los jugadores del Oviedo y el Sporting de Gijón.

Ahora, en 1992, acabo de regresar de Asturias y ya estoy pensando cuándo será la próxima vez.

Parece que a medida que pasa el tiempo tengo más deseos de volver, si bien no es para regresar definitivamente, al menos para revivir la parte de uno que siempre sigue allá.

Son cosas de la emigración, que van desde la añoranza hasta hechos curiosos, como el sucedido a mi hermana y a mí, pues ella, que nació en Cuba, volvió a España a casarse y ya quedó allá, mientras yo, nacido en Luarca, me casé y establecí para siempre en La Habana.

Ya lo dice el dicho, que puedes leer aquí, en una de las paredes de la Sociedad Juventud Asturiana:

**Ser asturianu ye más
que nacer n'Asturies
y tú, ¿qué faes?**

La Habana, diciembre 1992

CONSTANTINO DIAZ LUCES

CARAVIA

En verdad, lo que yo puedo decirte sobre mi vida de emigrante no es más que la misma historia de todos los que un día partimos de España con la idea de que íbamos a hacer la América; y al paso del tiempo, comprendimos que había ocurrido lo contrario, América nos hizo a nosotros.

Nací en el Concejo asturiano de Caravia, el 11 de marzo de 1910, y emigré, con catorce años, en el vapor Alfonso XIII, donde venían varios muchachos de mi pueblo y de otras aldeas cercanas, algunos de ellos conocidos por mí, hasta unos compañeros de colegio. Ese viaje duró doce días, que recuerdo uno a uno todavía, por lo mal que la pasamos viniendo en tercera clase, como la mayoría de los mil pasajeros del barco, que era gemelo del Cristóbal Colón, el otro que hacía los viajes regulares hasta Cuba.

Emigramos por la mala situación que había allá, entre la economía y la guerra; pero aquel viaje fue peor, parecíamos animalitos en lugar de seres humanos al tener que venir tan mal, en literas de varios niveles que dejaban el espacio justo para estar acostados, sin poder sentarnos; desde donde nos sacaban en filas para el baño y para el rancho, como le decían a la comida que nos servían en una vasija recibida al subir al barco, pero que yo no podía tragarla de lo mal que sabía, como si la cocinaran con agua de mar.

Todo eso influyó en que, durante los primeros meses en Cuba, quería emprender el viaje de regreso aunque fuera a pie, de haber existido una carretera, porque en aquellos barcos jamás.

Imagínate cómo sería la añoranza que sentía, cuando en las primeras cartas a mi familia les pedí que se hicieran una fotografía todos juntos; es ésta, dedicada por detrás:

*«Para Constantino Díaz Luces.
Ahí tienes a toda la familia,
ya que tantos deseos tienes de vernos y verás
que tu sobrino está hecho un vaquerón como
tú cuando eras como él. Se despiden tus
Padres, Abuelo y Hermanos.
Caravia. 29 de agosto de 1927»*

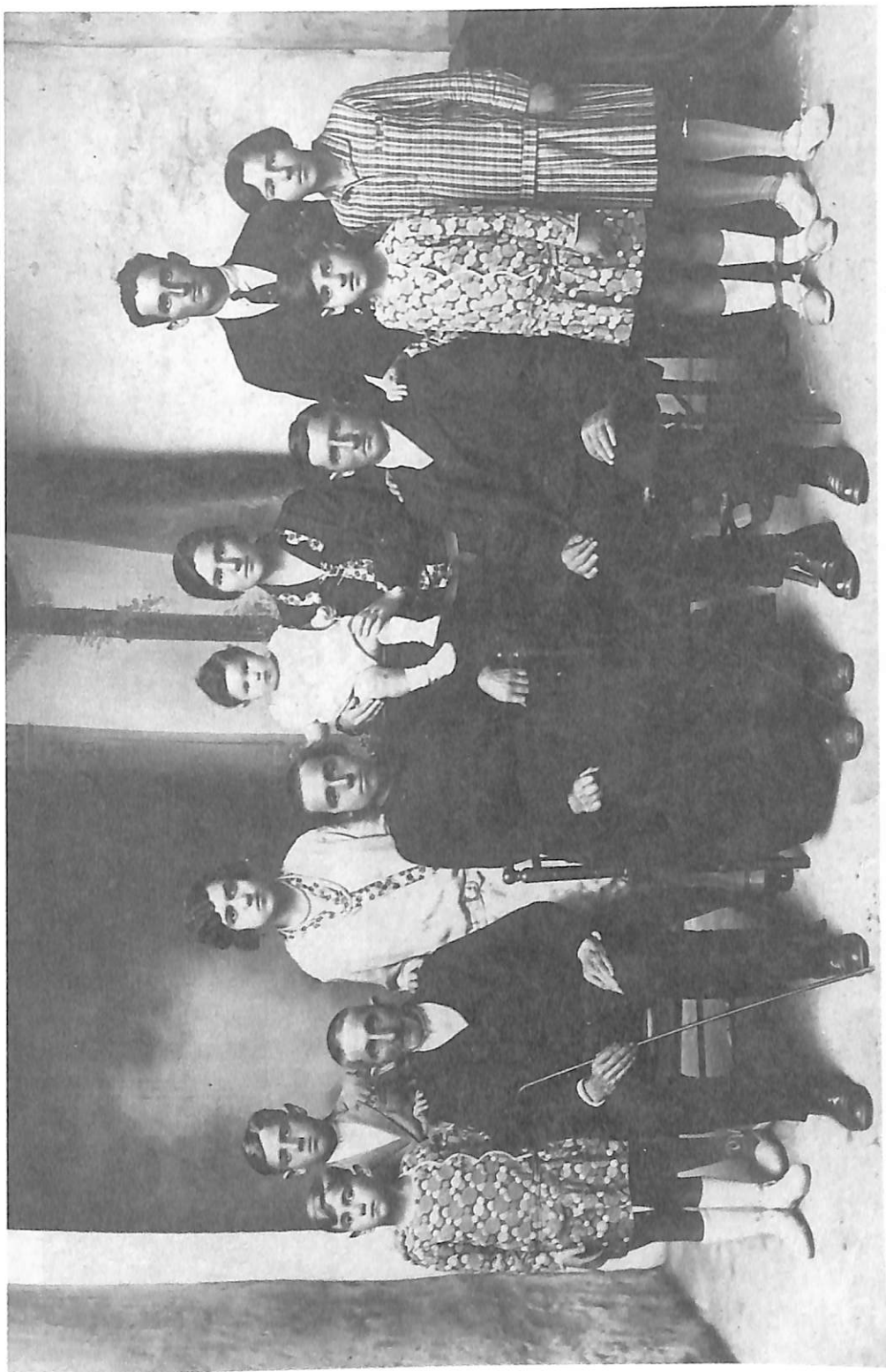
El único que falta en la foto soy yo, para quien cruzaron el Atlántico sus rostros: sentados al centro, mis padres, Mariano y Josefa, con el abuelo Ramón al lado, y de pie los siete hermanos que, curiosamente, aún hoy estamos vivos todos; ellos seis en Asturias y yo en Cuba. Nos llevamos dos años de uno a otro, entonces tendríamos, de izquierda a derecha: Julia, 8; Edelmiro, 12; Amelia, 16; Palmira, 20; Nélida, 10 y Purificación, 14.

Sí, el día de la partida lo recuerdo bien, cómo no, igual que todo lo que sucedió después. Me han entrevistado otras personas, pero al saber que tus raíces son también asturianas, de Tineo, siento mucho agrado en poder conversar contigo acerca de este tema. Pues ese día yo salí temprano, cerca de las seis de la mañana cogí el omnibus para Gijón, el 19 de noviembre de 1924, y al día siguiente embarqué en «El Musel» para La Habana.

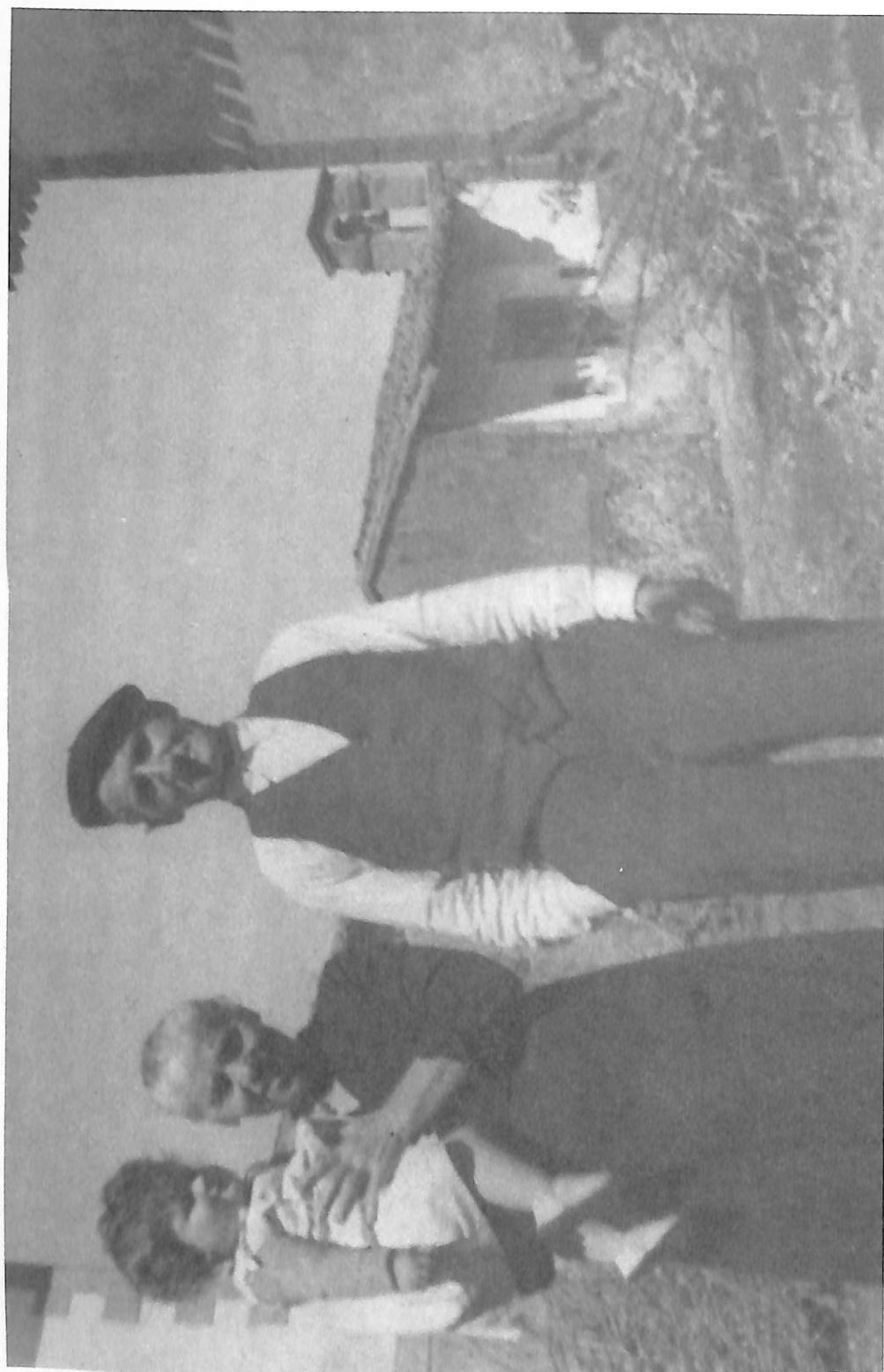
Fueron doce días, directo, en todo el viaje sólo tocamos puerto en La Coruña y desde allí sin parar hasta desembarcar aquí. Yo, que no era de buen comer ni en mi propia casa, sólo probé el rancho el primer día, alimentándome desde entonces con un pedazo de queso y una o dos libras de chocolate que en casa procuraron darme antes de salir.

Mis padres lo hicieron teniendo en cuenta las experiencias que se conocían por otros emigrantes sobre lo difícil que resultaba la travesía, por eso me dieron también algo de dinero, muy poco, pero me sirvió de algo, como a otros que venían en el barco, y así pude comprar algunas latas de sardinas en La Coruña; cuando llegamos allí al otro día, nosotros mismos las subimos con unas sogas que tirábamos hasta las lanchas de los pescadores.

Con las pesetas que me quedaron fui comprando algo en la cantina del barco, pasteles, leche condensada y hasta unos huevos fritos a veces; pero



Fotografía que pedí a mi familia, para tenerlos más cerca de mí, el único de casa que emigró



Fotografía que hice a mis padres, junto a mi sobrina, en mi primer viaje a la tierrina, 1951

todo pagado aparte, el pasaje sólo cubría la comida del rancho acompañada de un vino malo, mezclado con agua, que a nadie le caía bien. Por esa parte el viaje fue malísimo, pero por otra tuve la suerte de que no me sentí mareado ni una sola vez, mientras otros se fueron mareando y siguieron así hasta La Habana.

Subir a cubierta era obligatorio diariamente, para todo el mundo, te sintieras bien o mal, porque pasaban tirando agua y limpiando con cloroformo las bodegas, las literas, todo. Como veníamos varios conocidos nos ayudábamos unos a otros; por ejemplo, recuerdo a uno que le decíamos Manzano y, como hizo todo el viaje mareado, teníamos que sacarlo en brazos a cubierta.

De los muchachos de mi edad que hicimos el colegio juntos en Caravia estaban César García, José María, Laureano Crespo y varios más, en total seríamos trece o catorce, y ya desde alta mar empezamos a añorar nuestra tierra. Y es que de Caravia puedo decirte tanto. A pesar de ser uno de los Concejos más pequeños del Principado de Asturias, se destaca por su belleza, con dos pueblecitos, Caravia la Alta y Caravia la Baja. 14 Kms cuadrados y menos de mil habitantes en total, pero con razón en uno de sus poemas Alfonso Camín dice:

*para Sidra Nava,
para paisajes Caravia
y para buenas mozas Cabranes*

Pues mi infancia transcurrió por esos parajes, de contrastes entre costas y prados; recién llegado a La Habana todo me parecía tan diferente a España, y cada vez más recordaba a la gente, los paisajes, hasta a las vacas. Todo donde transcurrió mi infancia, con mis hermanos, la escuela, en fin, nuestra vida de labradores, tan pobres que no éramos propietarios ni de las tierras ni de la casa, que mi padre llevaba en arriendo, cultivando lo necesario para una especie de semi-autoabastecimiento, al punto que lo único que podíamos esperar los niños entonces eran las fiestas del pueblo; cuando no conocíamos el cine, la televisión, ni nada, y en esos días había música y bailes, aparte de que se comía mejor.

A pesar de todo, en mi casa siempre se preocuparon porque fuéramos a la escuela todos los hermanos, así cursé los primeros grados en el único colegio del Concejo, situado en medio de los dos pueblos, con maestro para los varones y maestra para las hembras. Se cursaba hasta los doce años, y

además del Silabario para aprender a leer, y las operaciones de matemática, nos daban nociones de geografía, por ejemplo, sabíamos pintar el mapa de Asturias y el de España, donde señalábamos algunos ríos y montañas, terminando en un trazado para ubicar a Caravia.

También recuerdo la tarjeta del maestro para comunicarse con los padres, un sistema bastante moderno para una escuela de aldea en aquella época, donde cada alumno tenía que llevar a su casa las notas que el maestro nos ponía sobre aseo, asistencia, lecciones, comportamiento, etc. Al otro día debíamos traerla firmada; mi padre siempre firmó conforme, supongo que satisfecho pues, como la mayoría de las personas del pueblo, él pensaba que si uno sabía leer y escribir, además de las cuatro reglas, ya era catedrático y estaba preparado para trabajar y hasta emigrar si fuese necesario.

De los juegos que hacíamos de niños recuerdo el del Pío Campo, también el de la Peonza, que es lo que llaman aquí el trompo. Se hacía un círculo en la tierra y a tirarlo tratando de que bailara sin que se saliera. Después comenzó el auge grande del fútbol en toda España, y en Asturias igual. A mí me gustaba mucho, lo jugué allá y después aquí, sólo que al principio los muchachos del pueblo teníamos que hacer la pelota amarrando varias boinas juntas, pero con eso nos poníamos a dar patadas en el patio de al lado de la escuela hasta que se desarmaba. No sabíamos cómo era una pelota de verdad.

En Caravia, los muchachos disfrutábamos mucho los días por las fiestas de Santiago, que no se celebraban exactamente el 25 de julio, sino el primer domingo después de esa fecha, pues cerca de allí está el pueblo de Goviende, perteneciente a Colunga, donde celebran la fiesta de Santiago el mismo 25 de julio, y así evitan que coincidan las fiestas de ambos pueblos. Eso era muy importante, pues los habitantes de uno se iban a las fiestas del otro, y viceversa.

De pequeño, recuerdo que en nuestra casa, como éramos pobres, la comida diaria era potaje de judías, las *fabes* que le decíamos, un potaje bastante corriente, preparado en un pote bien grande, con más agua que alimento adentro, para que alcanzara a todos; pero como a mí no me gustaba mucho casi ni me lo comía.

Entonces el día de la fiesta era distinto; se hacía un cocido de garbanzos que era lo que más me gustaba, a pesar de que el garbanzo no se produce en Asturias, pero por lo regular para ese día se compraba, y algo de carne también, que la comíamos poco en las casas corrientes. Ahora creo que me ha cambiado el gusto, y prefiero las *fabes* al garbanzo, claro, cuando están

bien hechas como las que probé en la última visita allá, en casa de mi hermana. Lo otro típico que se hacía, desde el día anterior, era el arroz con leche, que para mí sigue siendo el plato más representativo de Asturias, aunque ahora se hagan otros dulces y se coma menos éste.

Para las fiestas sí lo siguen preparando con el mismo gusto que desde principios de siglo, y mucho tiempo más atrás que lleva esa costumbre. Terminadas las comidas familiares en las casas, empiezan los bailes afuera, cuando yo era muchacho se daban en un parquecito, al lado de la Iglesia, con la música de una orquesta que traían para amenizar la fiesta. También se ponían unas barracas improvisadas, para vender dulces y bebidas; además estaba el *Chigre*.

En esos lugares la gente cantaba con algún gaitero, pero el baile era afuera, donde se unían los jóvenes del pueblo con los que venían desde otros lugares. Me parece estar viendo aquel pedazo de parque adornado con farolitos de papel en colores, aún no había electricidad; lo último que yo vi en el pueblo antes de partir fue la luz de carburo.

Así van cambiando algunas cosas y otras perduran, pero el sentido de ese día de fiesta es algo para toda la vida. Se sigue iniciando con una misa a la que va casi todo el pueblo, luego la tertulia, los hombres a tomar la mañana, haciendo tiempo hasta que las mujeres tenían listo el almuerzo, para las dos o las tres de la tarde, y a eso de las cinco o las seis salía la gente: la juventud para los bailes, los muchachos a los dulces y juegos, los hombres a beber y las mujeres a conversar.

Por la noche se hacía la *foguera*, en una de ellas fue que vi cómo se bailaba la danza prima, con la gente agarrándose así por los brazos, formando una rueda, entonces yo tendría diez años, nunca antes había visto ese baile popular.

Otra cosa tradicional allí era cuando se hacía la *esbilla* del maíz; entonces ése era un cultivo común en el pueblo, pero ya no. Cuando los vecinos recogían las mazorcas, la moya que se le decía, se ayudaban para quitarles las hojas entre varias mujeres y para hacer las ristras entre los hombres, quienes las colgaban en el hórreo para que se secaran al aire. Un día se hacía en una casa, al siguiente se iban a ayudar a otro vecino y así.

Casi todas las casas tenían su hórreo para guardar las cosechas y alimentos, al amparo de animales y plagas, todavía muchas lo tienen y aunque hagan reformas en las viviendas deben mantener sus hórreos como algo típico. Por cierto que en la última carta que recibí de mi casa me cuentan que

tuvieron que tumbar nuestro hórreo porque estaba tan viejo que ya no admitía conservación, por eso les dieron permiso, sino había que seguir manteniéndolo el mayor tiempo posible. En verdad estaba muy deteriorado; ahora me dicen que hicieron un garaje, es una lástima.

Cerca de ese hórreo son muchos de mis recuerdos, por suerte éstos sí están fuertes todavía, como los que te contaba de la *esbilla*, que duraba unas horas y mientras se trabajaba siempre había algún viejo del grupo que iba haciendo cuentos, algunos graciosos, otros picantes, y cuando terminaba el trabajo se repartían manzanas, castañas o cualquier cosa a la concurrencia, así como alguna bebida, y también se cantaba y los jóvenes se ponían a bailar.

Sí, era un motivo de sana alegría, pero de los cuentos no creo que pueda relatarte alguno de memoria; aunque, bueno, sé que había un señor, Rosendo se llamaba, hacía muchos cuentos y la gente se reía y le pedía que siguiera, tenía mucha gracia; ahora no me viene a la mente ninguno de los que le escuché, y tampoco tengo chispa para hacerlo.

No es eso, bueno... una tarde él estaba haciendo cuentos, y en uno de ellos decía que, una vez, había habido un concurso para llevar animales raros y entonces un aldeano que quería ganar el premio a toda costa se esforzó tanto por llevar algo que impresionara a todos, que se le ocurrió aparecerse con su mujer en cueros caminando en cuatro patas, imagínate, y él diciendo que parecía un animal tan raro que la gente no sabía qué era aquello y le preguntaban y volvían a preguntarle, y el hombre les contestaba que lo que él traía era una especie que se llamaba *Cucuricatos*.

No sé lo que quería decir aquella palabra, pero la gente se reía a morirse. Ya ves, parece que al tú insistir recordé algo.

Sí, había muchas palabras propias de cada lugar en aquella época, eso es algo que he tratado de explicar otras veces, en cada zona usaban expresiones y formas de hablar diferentes, así lo oía yo, de un pueblo a otro las mismas cosas se llamaban de modo distinto, fueran poblados cercanos o lejanos, tanto en castellano como en *bable*, por eso, aunque respeto el rescate de nuestra lengua regional, no creo que podamos entendernos mejor con ella, conociendo sus acepciones tan diversas a lo largo de toda Asturias. Eso no quita que exista un *bable* vivo hoy, la gente lo sigue usando para nombrar algunas cosas, sobre todo en las casas, como algo más familiar o propio de la persona, mientras en la calle casi todo se conversa y escribe en español.

Así la vida seguía su ritmo allá, bastante despacio, a decir verdad, cuando yo escuché hablar por primera vez de Cuba. Fue en mi propia casa, resul-

ta que los cuatro hermanos de mi padre habían emigrado a La Habana anteriormente. Ellos eran cinco hermanos varones, y mi padre, por ser el mayor, fue el que se quedó en la casa. Al contrario hice yo, que soy el único emigrante de los siete hermanos.

La decisión de mi viaje la tomó mi padre, entonces él y mi madre prefirieron ver salir un hijo a la emigración antes que dejarlo en la mala situación económica existente en Asturias y el temor a la guerra en Marruecos. Entonces era común ver llegar a emigrantes que regresaban con buena posición, y también los que enviaban sus remesas desde América. Así sabía que mis tíos enviaban dinero a mi abuelo desde Cuba, hacía tiempo, como hice yo después con mi padre; cuando podía le mandaba 20 duros, unos 20 pesos cubanos, que entonces serían 100 pesetas, mediante un giro bancario a Colunga, el Concejo aledaño, a través del banco Los Pablos, o El vigón, los únicos existentes allí entonces.

Siempre hubo emigración desde las aldeas asturianas, pero no tanta, antes muchos emigraron por ser el período llamado de las vacas gordas en Cuba. Luego, a principios de los años veinte, fue decayendo la emigración; pero, ya en el 1924 casi se queda vacío mi pueblo entre la crisis del campo asturiano y la guerra en Marruecos que sí nos golpeó duro. Yo vi mucha gente llorando porque le habían matado un hijo, un hermano, y aunque no sabía analizarlo bien me impresionaba bastante.

Así fue que llegué yo a Cuba, como uno más, buscando la única salida que teníamos los jóvenes asturianos en aquella época. Sólo que, al tener aquí un tío mío esperándome, quizá me fue mejor que a otros que venían sin parientes en la Isla. En su casa de Guanabacoa ya me habían preparado la cama para dormir desde esa noche y al otro día estaba yo aprendiendo a envolver en la bodega que él tenía, donde en 10 ó 12 días ya sabía lo suficiente para empezar a trabajar por mi cuenta en otra bodega cercana, en Regla.

No, yo no había cumplido los quince años de edad todavía. En ese giro estuve hasta 1927, pasando por varias bodegas, y poco a poco me fui adaptando a mi nueva vida; es decir, a la estancia en Cuba, pero no al trabajo detrás de un mostrador, donde pasaba 16 horas diarias seguidas, muchas veces me quedaba dormido del cansancio. Por eso hablé con otro tío mío que trabajaba en una fábrica de perfumería, y le insistí tanto hasta que me resolvió entrar allí.

Con tan mala suerte que eso fue en el 1928, y, al llevar un año en el nuevo trabajo, vino la recesión y se promulgó una ley que rebajó personal

extranjero en muchos empleos, sobre todo los que éramos más recientes. A pesar de quedar cesante no quise volver a la bodega, ya eso no lo soportaba más, empecé a jugar fútbol, a ir a La Tropical, y al no progresar económicamente como había pensado, se me ocurrió la idea de volver a Asturias.

Como yo era de la Quinta de 1931, ese año me presenté en el Consulado para cumplir el Servicio Militar en España, y así no tener que gastar en pasaje. Después, no regresaría a Cuba y podría casarme en el pueblo y ser labrador, pero con mejor suerte que mi padre, pues contaba con el dinero que había ahorrado y que llegué a girar a un banco en Asturias con ese fin, casi unos mil pesos. Como había caído la Monarquía en la península, y la República rebajó el servicio de tres a sólo un año, cuando me tomaron los datos, y me midieron peso y estatura, en el Consulado me comentaron que yo no llegaría a cumplir ni seis meses, pues al llegar podía pedir un permiso para ver a la familia por ser recién llegado de América y, entre una y otra cosa, mi instrucción militar sería medio año.

Pero no pasó nada de eso, pues entonces sucedió un imprevisto, me enamoré de una cubana, y cuando me citan para partir, no me presenté, convirtiéndome en desertor de caja.

Me pareció una razón suficiente el estar comprometido, y tuve suerte, pues nos casamos al año siguiente y creamos una familia donde hemos compartido una vida muy feliz.

Para mí lo más importante es lo que el hombre logra con su familia, eso es lo principal, por lo que desde entonces, a pesar de haberme casado muy joven, con 22 años, siempre me debí a mi esposa, Estela Martínez Posada, y creo que fue para bien lo que hice, a pesar de que representaba un cambio radical en relación con lo que había planeado poco antes. Ella era cubana y estuvimos juntos 48 años de nuestras vidas, hasta que falleció en 1981. Nuestra hija tiene 56 años y ya se jubiló, mira a ver si me casé joven o no. Siempre ha vivido conmigo, está casada con un hombre muy bueno, que me respeta como un hijo.

Gracias a ellos soy abuelo de tres nietos, y bisabuelo de dos biznietas. Todos ellos son la felicidad de mi vida, lo más valioso, por lo que siempre digo que si nunca tuve riqueza de dinero, sí me siento el ser humano más rico que pueda imaginar. A pesar de que en esta casa convivimos cuatro generaciones, nos llevamos a la perfección. Y si eso sucede entre los que estamos aquí en Cuba, pues se repite con la parte de la familia que tengo en Asturias.



Durante la entrevista, en mi casa, con Aurelio



Durante mi vista a Asturias en 1994, en casa de mi hermana Pura, con todos los hermanos reunidos

Todos nos sentimos uno, a los de casa siempre he tratado que sientan por Asturias, como tierra de origen y como comunidad de emigrantes en La Habana; en especial, en torno a la Sociedad Asturiana de Beneficencia, donde saben que me encuentro casi siempre que salgo de casa. Con mis hermanos de Asturias sucede otro tanto, por extraño que parezca, lo cierto es que nos separamos hace más de sesenta años, y a pesar de que los otros seis ya habían nacido antes de yo emigrar, todavía estamos vivos los siete hermanos, siempre nos hemos mantenido unidos, sin dejar de escribirnos nunca, sobre todo con la hermana que vive en Gijón. Sólo interrumpimos la correspondencia cuando la guerra, pero siempre han estado al tanto de nosotros en Cuba.

Bueno, en comparación con la época de mi niñez, la primera vez que volví noté algunos cambios, ya tenían el gas licuado y la cocina bilbaína; pero todavía se sentían los efectos de la guerra. En la segunda visita me sorprendió encontrar que todos habían mejorado considerablemente, con una vida bastante buena todos los hermanos, pensionados y con casas, tan diferente a cuando éramos muchachos.

Al conversar con sus hijos, mis sobrinos, compruebo que ya son otra vida, con relación a sus padres a esa edad. La casa en que yo nací la vive mi hermana menor, Julia, que actualmente es propietaria, tras poder comprar la casa que tanto tiempo tuvo alquilada la familia, la misma que cuando partí tenía piso de tierra, cuando volví en 1951 de cemento y en mi viaje de 1982 de lozas.

Por suerte, desde la primera vez que volví a mi padre ya no lo dejaban trabajar, aunque seguía metiéndose en el campo a dar indicaciones. Les decía qué parte segar primero, etc., pero pudo ver junto a mi madre cómo los hijos iban mejorando de situación cada vez más. Al volver, treinta años después, tanto él como ella habían muerto, pero nos queda la tranquilidad de que les vimos trabajar mucho mientras crecimos y lo que aprendimos junto a ellos tuvo continuación en el fruto de sus hijos y nietos, como una verdadera familia a través de las generaciones, y también de las separaciones.

Pues todo esto que hemos conversado sobre mi vida personal y familiar tiene su contrapartida en mi vida laboral y en la comunidad de emigrantes asturianos en Cuba.

Establecido definitivamente en La Habana, por las razones familiares que te explicaba, comienza una nueva etapa para mí en el plano laboral, marcada por entrar a trabajar en el Centro Asturiano de La Habana, empezando de mensajero en 1940, fecha en que no podía imaginar que medio siglo después sería el Presidente de la Beneficencia Asturiana de Cuba.

Lo primero que quiero dejar dicho al respecto es que nunca me propuse hacer carrera en dicha institución. En una palabra, todo cuanto te relate sobre mi desarrollo en ella es desde la posición de un miembro como otro cualquiera. Yo me siento uno más allí, con independencia de los cargos que haya desempeñado.

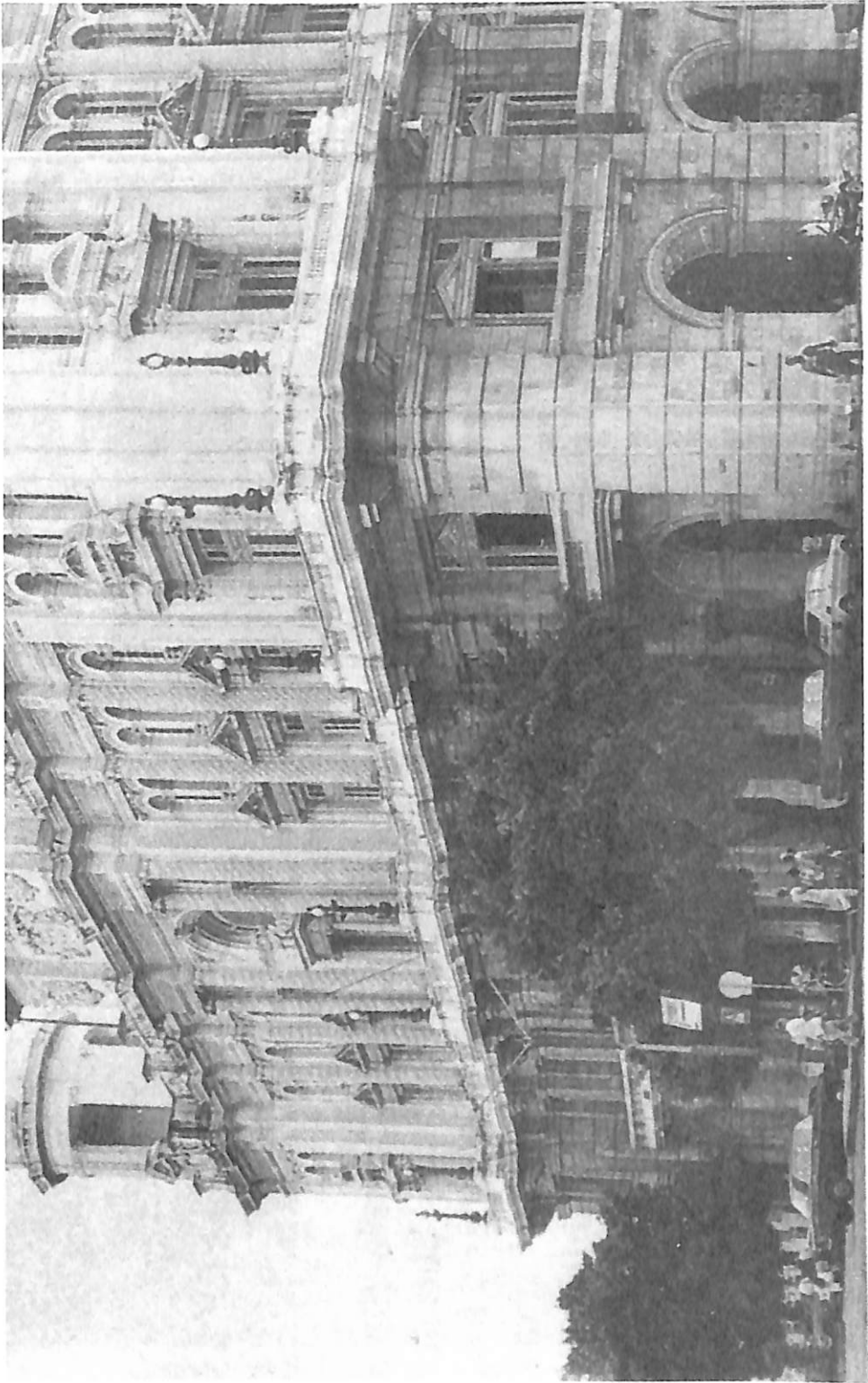
Las cosas fueron así. El trabajo de mensajero en el Centro Asturiano de La Habana era bastante fácil y me dejaba tiempo para hacer otras cosas que me dieran algún otro ingreso sobre mi salario mensual. En ese puesto estuve cinco años, durante los cuales conocí a cientos de asturianos, pues tenía que llevarles las citaciones para las Juntas de la Directiva a sus sesenta miembros, así como a los integrantes de las seis Secciones del Centro: Sanidad, Instrucción, Retiro, Propaganda, Intereses materiales y Recreo y ahorro.

En 1945 me pasaron a trabajar en la Ventanilla, donde se expedían los carnés de asociados y se llevaban los registros. En el año 1952 pasé al Cuarto de Máquinas, como llamaban allí al Departamento de Impresión de Recibos del Centro Asturiano, donde me mantuve hasta 1958. Ese era un Departamento muy independiente, con mejor remuneración y buenas condiciones de trabajo, donde sólo laborábamos el jefe y yo, en la preparación de todos los recibos mensuales de los 90.000 asociados que tenía el Centro, usando una máquina para poner las chapillas con los nombres y los números de los socios sobre el formato de los recibos.

Lo que representaba el Centro Asturiano de La Habana, en el, orden cuantitativo y cualitativo, dentro de la colonia española y de la vida cubana de entonces se reflejaba en el trabajo de aquel Departamento, que respondía a un complejo sistema con decenas de cobradores en la capital y más de cien delegaciones en todo el país, aparte de ser allí donde actualizábamos todas las altas y las bajas que se producían habitualmente.

Otra faceta del Centro Asturiano, quizá menos conocida hoy, era el poder político que concentraba, organizado paralelamente al del gobierno de Cuba. Para que te hagas una idea aproximada, debes saber que los asociados se agrupaban en partidos, siendo los principales, según su importancia y número de integrantes, los siguientes: Partido Centralista de los Socios del Centro Asturiano, Partido Progresista de los Socios del C.A., Partido Popular de los Socios del C.A., Partido Demócrata de los Socios del C.A. y Partido Hermandad Asturiana.

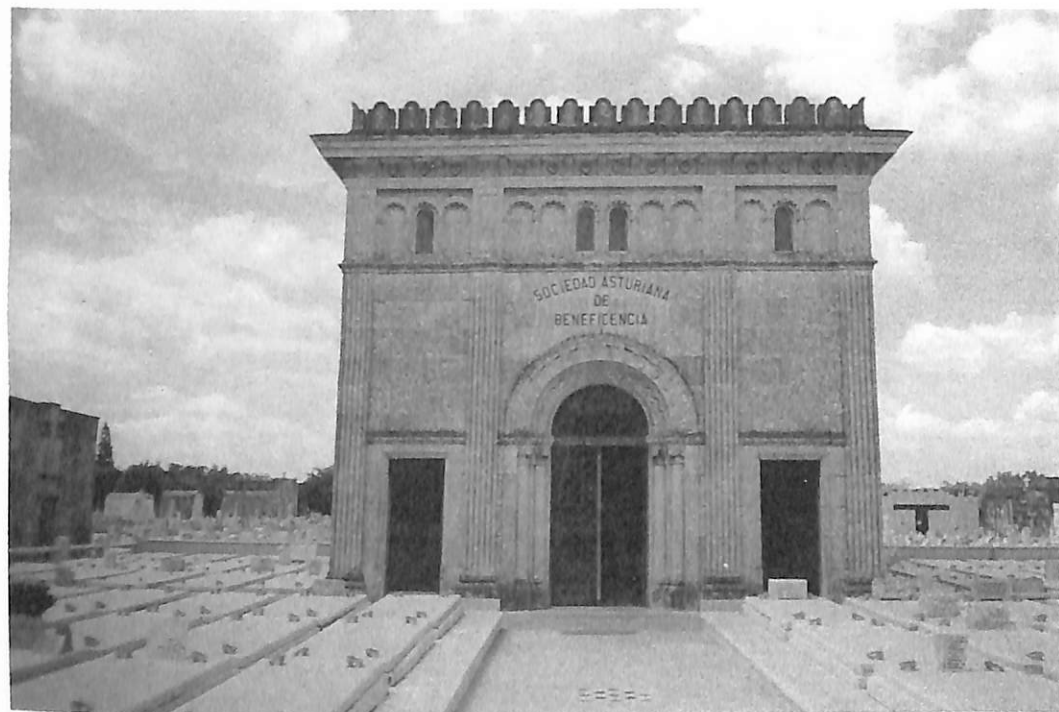
El primero de ellos fue el que ganó más veces la Presidencia del Centro Asturiano, en él se concentraban los más ricos por sus propiedades y nego-



*El Centro Asturiano de La Habana
Fundado en el siglo pasado, 2 de mayo de 1886, radicó en este Palacio desde 1927 hasta 1961*



Sede de la Sociedad Asturiana de Beneficencia, en Corrales nº 64



Nuestro Panteón en el Cementerio de Colón, La Habana

cios en el tabaco. Yo pertenecí al Partido Demócrata de los Socios del Centro Asturiano, precisamente uno de los políticos de ese partido fue quien me recomendó para pasar a trabajar como empleado en el propio Centro.

Esa dinámica política se extendía fuera de los recintos del Centro Asturiano y las elecciones entre esos partidos eran las más importantes después de la Alcaldía de La Habana, más famosas incluso que las del Centro Gallego. El despliegue era por todo lo alto, cada partido tenía su cuartel de elecciones, hacían mítines y campañas por todo el país, con un tren que pasaba por varias provincias hasta La Habana para traer socios de las delegaciones del Centro para efectuar su voto secreto en la capital.

Ya en 1958 pasé a Cobrador, que era uno de los puestos más codiciados, por el salario, que entonces contaba más que el estatus, y seguí de cobrador hasta que me retiré en el año 1973, sobrepasando los sesenta años de edad, más de la mitad de los cuales como empleado del Centro Asturiano de La Habana.

Pero ahí no termina la historia. La Beneficencia es otra etapa. Retirado de mi empleo en el Centro, disponía del tiempo y del conocimiento que propiciaron que al año siguiente, en 1974, me eligieran para integrar la directiva de la Sociedad Asturiana de Beneficencia de Cuba, que es otra institución, diferente a lo que fue el Centro.

Yo entré por la Sección de Socorro, que era la instancia encargada de revisar los expedientes de todas las peticiones de ayuda presentadas por los asociados, ya sea para entrar a un asilo, obtener una pensión, etc. Luego, a comienzos de los años ochenta, me eligieron Vicepresidente de la Beneficencia, y, desde el 1988, pasé a ser su Presidente, cargo que ocupó hasta la actualidad.

Para ilustrarte, quiero que veas algo que he estado revisando en estos días, es el libro en que se registraban los nombres, las fotografías y datos de interés sobre cientos de personas que si pudieron regresar a Asturias fue porque la Beneficencia les pagó el pasaje.

Observa qué emocionante es ver estos rostros esperanzados por la oportunidad del retorno que, en sus condiciones económicas, sólo les podía ofrecer la Beneficencia mediante el proceso establecido que incluía abrir un expediente para cada caso, efectuar las verificaciones necesarias, someterlo a los niveles de aprobación exigidos, etc., hasta llegar al resultado que se refleja en estas páginas, donde aparecen más de mil emigrantes repatriados con el socorro de esta misma institución que hoy me honro en presidir.



SOCIEDAD ASTURIANA DE BENEFICENCIA



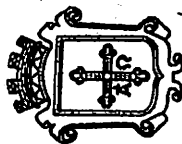
CENTENARIO

1877 - 1977



SINTESIS HISTÓRICA PUBLICADA CON MOTIVO DEL PRIMER
CENTENARIO DE LA INSTITUCION.

Sociedad Asturiana de Beneficencia



REGLAMENTO GENERAL



EDITORIAL GIL
SUAREZ NO. 59
LA HABANA

República de Cuba
GOBIERNO PROVINCIAL
La Habana

NEGOCIADO DE ASOCIACIONES, ORDEN PUBLICO Y ELECCIONES

La Habana, 12 de julio de 1949
Ref. Exp. No. 42.

Sr. Manuel García Fernández,
Corrales No. 64,
La Habana.

Señor:

De orden del señor Gobernador, tengo el gusto de comunicarle que el nuevo reglamento de la institución denominada "SOCIEDAD ASTURIANA DE BENEFICENCIA", recibido en este Centro el día 16 de junio de 1948 ha sido aceptado y unido a su expediente en sustitución del que regía anteriormente.

De usted atentamente,

Secretario de la Admón. de la Provincia
Dr. Adelardo Valdés Astoff.

Jefe de la Sección de Asociaciones
Ótilio Ferreiro Ruiz

(Hay un sello que dice: "Gobierno de la Provincia. Negociado de Asociaciones. La Habana.")



Presidiendo una Junta en la Beneficencia; al uso de la palabra, de pie: Ramón Flores, Presidente de la Federación Asturiana hasta su fallecimiento a fines de 1992



Actividad cultural de la comunidad asturcubana; a mi derecha: Roberto, Vicepresidente del Club Tinetense; Enrique, el futbolista. A mi izquierda: Espina, Presidente de la Unión Piloñesa; José Manuel y Gloria, de la Federación Asturiana de Cuba. 1992

Creo que de su quehacer más reciente hablaremos en otro encuentro, ya que hay muchas cosas nuevas tras la visita a La Habana del Presidente del Principado de Asturias, Sr. Rodríguez Vigil, a fines de 1991, que llevaría su tiempo explicar en detalles; mientras, puedes leer este libro editado en ocasión del primer siglo de la Sociedad Asturiana de Beneficencia, cuya fundación en 1877 la convierte en la primera de las instituciones asturianas en la historia de Cuba.

A partir de cumplirse ese centenario, desde 1977, es que he estado más vinculado a ella, por lo que te resultará interesante conocer todo lo que pasó anteriormente y después continuar esta conversación sobre la actualidad y perspectivas de nuestra comunidad asturcubana, para lo cual también te voy a remitir a otras personas que te podrán aportar respuestas de sumo valor.

Entre ellos están José Suárez Granda, muy ligado a la colonia por su condición de Presidente de la Sociedad Naturales del Concejo de Las Regueras, y Vocal de la Beneficencia, así como por su trabajo en el Consulado de España en La Habana. También personas como Manuel López, Presidente de Honor de la Federación Asturiana, y Manuel Pérez, conocido como Bigote de Gato, un personaje pintoresco entre los inmigrantes asturianos desde los años treinta hasta la actualidad.

Bien, si tuviera que resumir lo que significa mi larga vida de emigrante, podría decirte que, desde la perspectiva de los ochenta y dos años, creo haber tenido la ocasión de hacer lo que más satisfacción produce: compartir, ayudar y estar con los demás, en mi familia cubana y asturiana, así como en la comunidad asturcubana de La Habana, que ronda la cifra de los dos mil, hasta donde sabemos.

Más de la mitad de ellos son socios de la Beneficencia, pero naturales asturianos como tal sólo unos 300, aunque se les apoya a todos por igual, ya sea desde la mera orientación y socorro, hasta por lo que significa el Panteón de la Beneficencia en el Cementerio de Colón para quienes llegamos a una avanzada edad sintiendo la tierrina tan lejos.

*La Habana, febrero 1991
a febrero 1992*

M^a DEL ROSARIO GUTIERREZ GARCIA **ALLER**

Cuérigo es el nombre del pueblo donde nací, perteneciente al Concejo de Aller, el día 24 de noviembre del año 1927. Mi madre se llamaba Luisa y mi padre Manuel, siendo yo la tercera de los nueve hermanos.

Mi padre era herrero, como mi abuelo, quien había trabajado en su propia herrería, pero mi padre trabajó en una mina industrial y luego se fue de picador a las canteras, pues allí pagaban más.

Lo cierto es que a mi madre no le gustó nada el cambio, decía que los obreros en esas labores pasaban muchos peligros, y tuvo razón, la pobre, pues resulta que después mi padre murió allí mismo, trabajando.

Le recuerdo cuando llegaba a casa y se ponía a atender la huerta, donde teníamos verduras, maíz, patatas, hasta una vaca, y allá me iba yo, dando más guerra que ayuda, pues me ponía detrás de él a echar agua a los cultivos pero desbaratando los surcos, como se suele decir: lo que hacía con las manos lo rompía con los pies.

Después fui creciendo y ayudaba en serio, casi siempre regando agua, me gustaba mucho regar las plantas de la huerta. En casa era bastante tranquila, sobre todo porque desde muy pequeña me encantaba leer cuentos, me pasaba las horas con los libros, como si a través de ellos fuera conociendo la naturaleza humana, el mundo, la verdad. Aún retengo en la mente muchas de esas historias, por ejemplo, cuentos con personajes infantiles, como Pitusa y otros nombres, con enseñanzas muy buenas para los niños.

«Pelusilla era una niña muy amante de toda la naturaleza, ella siempre iba de paseo por el bosque y cada vez que encontraba algún animal en apuros se detenía a ayudarlo, si era un pajarito enredado entre las ramas pues lo safaba, si eran mariposas tras la tela de una araña las libraba, si alguna abeja quedó bajo una piedra enseguida le quitaba ese peso, hasta verle volar; entonces, un día de esos, el lobo apareció pero antes de poder hacer daño a la niña se encontró que todos los animales del bosque vinieron a defender a Pelusilla en contra de él.»

Así que fíjate en la enseñanza que encierra ese breve cuento, pudiéramos decir que era la educación ecológica de esos tiempos, pues con un mensaje de tanta delicadeza hacía sensibles a los niños en relación a su entorno, no sólo desde el punto de vista natural, sino también moral.

A mí me hacían gran ilusión esas historias, como un cuento que siempre recuerdo, sobre todo en Navidad, te lo relato, pues para mí no es un cuento más, es algo que me impresionó desde la primera vez que lo leí, y creo que llegó a formar parte de mi psiquis.

Juanita la fosforera era una huerfanita que vivía con su tía o una especie de madrastra y cada día se sentía más mal por no tener padres, por lo que al llegar la Navidad decidió irse de esa casa que no sentía suya, y salió caminando sin rumbo fijo, en eso se le aparece un Hada que de verla tan triste le dio su vara y le dijo que con ella podía pedir todo lo que quisiera y la niña quiso al Niño Jesús.

Ahora veo cómo esos cuentos me gustaban por la sencilla razón de que reflejaban tradiciones y creencias que formaban parte de todo lo que rodeaba nuestra vida en Asturias, sobre todo en aquel pueblecito que parece sacado de una postal de Navidad. Ayer mismo estaba viendo uno de esos carteles dedicados al año de la vida y aparece ilustrado con una casa, una iglesia, un colegio, una posta de médico y farmacia, todo rodeado por un campo con flores y no sabes cómo me recuerda esa imagen a la de Cuérigo.

Es curioso ver cómo entonces y actualmente este tipo de pueblito refleja el ideal de vida apacible en comunidad, con la familia, los vecinos, aunque todo sea cada vez más moderno.

Allí se celebraban muchas fiestas, pero la principal en el pueblo estaba dedicada a la Virgen Nuestra Señora de La Asunción, el 15 de agosto, entonces la música duraba hasta por la noche, con verbenas muy animadas por orquestas que venían de otros Concejos y a veces de fuera de Asturias, por lo

general tocaban canciones asturianas, pero no recuerdo sus letras, la verdad es que a mí no me iba mucho el canto.

Muchas veces mi madre peleaba por lo tarde que duraban los bailes, decía que en sus tiempos eran sólo por el día y ahora los jóvenes volvían a casa a las tantas de la noche; aunque en realidad no recuerdo que fuera más tarde de las once y en grupos de amigos.

Así eran los días de fiesta, no sólo por esas fechas, sino también por Pascua de Resurrección y otras en el transcurso del año. Qué distinto es ahora, en eso sí ha cambiado mucho el campo asturiano, con las discotecas y las diversiones que encuentran los jóvenes allá; todo está muy diferente, ya nada es igual.

Pero, bueno, volviendo atrás, te diré que la primera vez que oí hablar de Cuba fue a mi mamá, pues ella tenía un primo que vivía aquí. Aunque por la mente ni me pasó la idea de ir alguna vez a La Habana, y aún ahora, cerca de cumplir 40 años viviendo en Cuba, debo explicarte que no ha sido por decisión mía.

Desde 1952 pertenezco a la Orden Religiosa «Congregación de Hermanitas de los Ancianos Desamparados» con voto de obediencia hecho para servir a la obra del Señor en nuestra Casa, dentro y fuera de España.

La casa madre está en Valencia, pero en el interior español y en los países de América existen las casas provinciales, que en algunas épocas han sido más y en otras menos, como cuando en México quedaron sólo tres hermanas en una casa, producto de la situación de ese país.

Para reforzar las comunidades de la Orden en varias casas de Latinoamérica, pidieron voluntarias entre las hermanas que estábamos en España, debían apuntarse las que optaran por irse tan lejos, pero yo pensé: si tengo hecho un voto de obediencia, no es el caso que sea yo quien decida si debo ir o no, le corresponde a mis superiores sugerirme esa misión, y si mi madre acepta, pues la madre es lo primero, me voy.

Así sucedió, lo hablaron conmigo y con ella, y vine con el convencimiento de que éste era mi destino, muy distinto a otras, que se apuntaron de primeras y tras estar un tiempo lejos se volvieron, como una que me embulló mucho allá y después de irse a México volvió para España.

Salimos un día señalado, el 31 de diciembre de 1956, desde Barcelona, en el barco Virginia de Churrua, de nacionalidad española, con la peculiaridad de que al día siguiente llegamos de nuevo a Valencia, el día 5 a Algeciras,

donde fueron varias hermanas a vernos y a llevarlos los Reyes, fue muy hermosa esa despedida.

Las compañías navieras preferían hacer los viajes en esas fechas, fuera de las temporadas de ciclones que habían costado muchos naufragios. A lo largo del viaje no sentí ningún mareo, por suerte, pues era una travesía preciosa, con escalas en las que podíamos bajar, primero Santa Cruz de Tenerife y luego en Caracas y Puerto Rico, hasta llegar a La Habana el 24 de enero de 1957, a las 2 de la tarde.

Si bien las escalas habían sido de distracción, al llegar al final del viaje sentimos algo bien distinto: ahora todo era en serio.

Veníamos ocho hermanas, algunas lloraron, yo no, quizás es cuestión de carácter, pero recuerdo que llegué muy serena, me gustó la vista de la Bahía Habanera y la ciudad desde el barco, tras el papeleo bajamos a tierra, donde se veía a los estibadores negros que trabajaban en los muelles. Tuve una sensación de pena hacia ellos, parecían esclavos, luego se acercaron y nos pidieron la bendición y unas medallas.

Nos esperaban varias hermanas, con la superiora de la Casa a la que veníamos, para desde allí distribuirnos entre las 17 casas existentes en Cuba, las 5 que había en México, las 4 de Puerto Rico, y la única de Santo Domingo.

Al llegar, lo primero que hicimos fue conocer la casa que nos acogía, esta misma donde ahora nos encontramos, que data de 1886, cuando fue fundada por Susana Benítez.

Entonces ésta era la Casa central provincial, denominada Santa Teresa, ya no, ahora mantiene ese nombre pero la casa central está en México D.F.

Veo estos pasillos y recuerdo que esos días los dedicamos a explorar todo, nos movíamos como si estuviéramos en el barco aún, íbamos de un lado para otro por toda la Casa, que tenía esta misma distribución en lo fundamental, con las habitaciones de las mujeres y de los hombres, las áreas generales, etc.

Luego se hizo más fuerte la interrogante de quiénes iban a México y quiénes quedaban en Cuba, yo estaba dispuesta para ambos sitios, pero después de estar varios días aquí, e irme integrando a la comunidad con las otras hermanas de esta Casa, me sentía medio morriñosa ante la posibilidad de ir para otra.

Finalmente, nos distribuyeron así: dos a México, seis a Cuba, entre las que me quedé yo, correspondiéndome el Asilo de Ancianos «Carvajal», en



En el vestíbulo del Hogar de Ancianos «Santovenia»



Fachada principal de nuestro Hogar, entre asturianos

Marianao, junto a otra hermana, y de las cuatro restantes una fue para Artemisa, otra a Cárdenas, y dos para esta Casa en la barriada del Cerro.

Realmente fue un comienzo muy hermoso, en que la mayoría de los ancianitos de nuestras Casas eran de origen español, de varias regiones, pero, en primer lugar, de Galicia y Asturias, proporción que ha ido variando con el tiempo, y hoy, por ejemplo, sólo nos quedan doce naturales asturianos viviendo en este Asilo.

Sí, cómo no, puedes pasar a conocerlos cuando quieras, sus nombres son: Cecilia Aguera, Olivia Junco, Amparo Peñica, Carmen Fernández, Aurora Madreras, Marina Alonso, Fernando Fernández, Alfredo Castro, Carlos Rodríguez, José Benítez, Manuel Vitiérrez y Francisco García.

Poco después de aquel comienzo, en 1959, vino la revolución y se produjo una oleada de regresos a España entre las hermanas. Parecía que todas se iban, pero en eso el Nuncio habló con el gobierno, con el fin de ofrecer seguridad a las religiosas y frenar esa desbandada, lográndolo en buena medida, a partir del compromiso de que la Nunciatura nos aseguraría la asistencia espiritual en el Hogar y el gobierno mantendría la subvención para su funcionamiento, algo muy necesario mientras veíamos que eran nacionalizados muchos de los benefactores de la Casa.

Recuerdo las palabras del Nuncio cuando pidió que se quedaran las que no tuvieran miedo, tuve que sacar todo lo que tengo de asturiana y me dije: ser cristiano es una valentía, debo ser auténtica no sólo ante Dios sino también ante los hombres, o sea, cumplir el compromiso con Cristo hasta el final.

No exagero al decir que fue una decisión difícil, piensa que mientras el Nuncio aquí nos llamaba a quedarnos, desde España nos llamaban a regresar, en medio de eso me tuvieron las maletas tres veces montadas en un barco, el *Satrústegui*, y tres veces me las devolvieron.

Aunque mantenía informada a mi madre, los primos que tengo en Madrid fueron a esperarme más de una vez al aeropuerto, pero finalmente ni por barco ni por avión, aquí seguí como si nada, a pesar de las transformaciones del país, que no llegaron a impedir nuestra labor en el Asilo, aquí nos respetaron todo.

Ahora me río, pero entonces a mi madre le fueron a decir que si su hija se quedaba en Cuba seguramente se debía a que era comunista.

Lo cierto es que, a pesar de todo eso, nunca me he arrepentido de haberme mantenido aquí, al punto que sólo volví de visita en 1971, nada menos que después de quince años de haber salido de España.

Quién iba a decirme que el tiempo pasaría tan rápido, ahora me parece mentira llevar más de treinta y cinco de mi estancia en este país.

Después de la casa de Marianao, pasé a esta Casa, que es la llamada Casa Central o Casa Provincial principal en Cuba. De aquí ya será muy difícil que marche, pero si sucede tampoco será por mi decisión, no lo busco ni lo rehuyo, creo que no ocurra, pero también puede suceder.

La máxima autoridad en nuestro Hogar de Ancianos es la Madre Superiora Teresa Crespo Fernández, española, natural de Orense. También hay otra hermana como yo, asturiana, Sor María, que es de Pola de Lena, además, tenemos un trabajador que es emigrante de Asturias, se llama Horacio, que es del Concejo de Boal, a quien conoces de la Federación Asturiana.

Algunas de las hermanas pertenecen a las Sociedades Españolas de Emigrantes en Cuba, como Sor Acela, que es del Club Tinetense de La Habana, el mismo al que tú perteneces, pues su padre es del Concejo de Tineo. Su mamá está enterrada en el Panteón del Club en el cementerio de Colón.

Como te decía, por aquí han pasado infinidad de ancianos de naturalidad española, muchos de ellos asturianos, a quienes he visto durante los últimos años de sus vidas, en el transcurso de las casi cuatro décadas que llevo en Cuba: incluso de mi Concejo de Aller hasta hace poco quedaba un anciano, Cándido, que ya falleció.

La capacidad total de la Casa es de 430 ancianos, pero ahora estamos en reparaciones y hay unos 400: doscientos hombres y unas doscientas o doscientas tres mujeres.

Nos sentimos muy insertados, la comunidad religiosa y ellos, todas las hermanas y los ancianitos forman una armonía muy bella y necesaria.

Así ha sido siempre, pero se valora aún más hoy, cuando todo el mundo está tan cambiado, yo a veces digo, caramba, será que ya no conozco a la gente. Se ven situaciones muy penosas, entre personas que deberían quererse o por lo menos respetarse, pero todo eso se ha ido perdiendo, en las familias, en la calle, en general. Y ahí la importancia creciente de nuestra labor con los ancianos que acogemos.

Claro que nos queda la esperanza de los jóvenes. Para ellos me pides unas palabras y debo contestarte.

Para decirle algo a los jóvenes, primero tengo que pensar en qué les puede ser útil a ellos, partiendo de conocer la realidad que han vivido, y qué están descubriendo, sólo así les serviría de algo el mensaje.

Una vez visto eso, y apoyándome en mi experiencia personal, trataría de transmitirles que uno primero es cristiano y luego religioso.

No se debe buscar la religión por imitación, en realidad existen tantas religiones y prácticas religiosas, sino cuando se sienta la llamada de Cristo, se conozca su historia y se decida seguir su camino.

Ocorre así, es mi caso, sucede por pura gracia, en eso nadie puede empeñarse, es algo supremo y a la vez humano, todos tenemos esa puerta abierta, estoy convencida.

Para encontrarla el mejor camino es la lectura de la Biblia, pero tampoco como una disciplina en sí misma, sino comenzando por aquellos evangelios donde habla a los jóvenes a través de los Apóstoles, en especial San Juan.

Su evangelio debe ser el de hoy, es mi sentir, por algo será que era llamado el discípulo amado.

Y es que el evangelio de San Juan es un texto lleno de amor. Parte de la convicción de que Dios es amor, y entre todos los demás evangelios es éste el que más nos dice sobre el amor a Dios y a los hermanos, en una forma muy directa, como cuando afirma: «quien ama a Dios y aborrece a su hermano es un hipócrita»; por eso lo recomiendo especialmente a los jóvenes, en la creencia de que esas palabras pueden decirles algo, ya cada cual sacará su propia conclusión.

Nunca le diría a un joven lo que tiene que hacer o creer, salvo alguna reflexión de este tipo, y para que la aplique según su experiencia particular, como hice yo, no para copiar a nadie.

Si hasta los Apóstoles erraron, fíjate en lo que hizo Judas, que vendió al Maestro, y San Pedro; sólo que en el caso que te mencionaba de San Juan lo cierto es que, para mí, su evangelio es el del amor, y qué cosa puede significar más para los jóvenes que todo lo relacionado con el amor, esa es la palabra de ellos, y pudieran conocerla más a través de la lectura de una obra como la Biblia.

Allí encontrarán pasajes históricos, como ése en que se ve la reacción de los propios Apóstoles cuando Jesús se dispone a lavarles los pies, o aquel otro del joven que se le acerca para saber cómo poseer la vida eterna, observa que no es otra cosa, sino lo máximo, la vida y eterna, a lo que Jesús le responde con estas palabras: despréndete de todo lo que tienes y dáselo a los pobres.

De esa forma vemos que sólo cuando compartes tu suerte con el prójimo es que puedes alcanzar algo de veras supremo, quizá mayor que el bien de la vida eterna que pedía el joven.

Te he contestado según mis sentimientos, con mis palabras, pero todo está en la Biblia, en el evangelio de San Juan, es fácil, abriendo el libro se encuentra enseguida, pero lo mejor es que cada cual lo haga en su momento, no cuando se lo digan.

En fin, sé que a los jóvenes hay que decirles muchas cosas, pero cuanto menos se les diga, mejor.

Creo que me entiendes, esa es mi modesta respuesta a tu curiosidad.

Bueno, pero no te cansas, ahora qué más quieres saber.

Sí, después de aquel viaje a España en 1971, en que volví por primera vez a Asturias, para visitar a mi madre y a nuestros familiares en el pueblo, durante tres meses, he vuelto a ir en 1976 y 1980, luego en 1985 no pude llegar a tiempo al producirse la muerte de mi madre.

El último viaje lo hice en el año 1991, a casa de mi hermana en Gijón, aunque también llegué a nuestro pueblo, Cuérigo; esta hermana es como el centro de toda la familia, en torno a ella giramos los demás.

A veces me insiste para que vaya cada dos años. Si resulta necesario la Orden nos facilita ir en cualquier momento, pero para mí cada cinco años está bien, ya me parece que he ido bastante, por eso yo le contesto que para qué ir más, como si aquí no hubiera trabajo suficiente, a mí me da pena irme más a menudo y dejar a las hermanas con tanto que hacer, además los ancianos son parte de nuestra familia también.

Esto es muy importante para todas nosotras, en la Orden Hermanitas de los Ancianos Desamparados, no sólo de palabra, sino de hecho, con cada uno de estos ancianitos convivimos, y aquí también es válido recordar la palabra de Jesucristo, cuando hizo saber: lo que hagáis a ellos me lo habréis hecho.

Por eso, las hermanas de este Asilo tenemos que esforzarnos en ofrecer a ellos el amor misericordioso de Dios, a todos en general, pero en especial a los más pobres.

Por otra parte, ya en julio de 1996 me toca volver a ir, así que pronto la veré a ella y a todos por allá.

Sí, además de la Casa Madre de nuestra Congregación, que está en Valencia, regida por la Muy Reverenda Madre Edesia Rodríguez, existen otras Casas en España, de ellas hay seis en Asturias, con las siguientes sedes: Oviedo, Gijón, Avilés, Pola de Siero, Cangas del Narcea y Sama de Langreo.

Siempre tengo presente a Asturias, no una añoranza exagerada, pero sí recuerdo la sencillez de mi vida en el pueblo, en la casa y en la escuela; a la maestra, a la profesora de costura, tantas cosas y personas queridas.

Lo que sucede es que la mayor parte de mi vida la he pasado en Cuba, aquí uno se siente parte de quienes te rodean, de las cosas a que te has acostumbrado, y así se te van ordenando los sentimientos, unos no borran a los otros, en todo caso ocupan el lugar que les corresponde.

Ahora es tarde para llamarte a los asturianos que nos quedan en el Asilo, termina la hora de la visita y luego falta poco para la comida.

Mejor ven el domingo, si puedes, como a las once de la mañana, y así te los busco y puedes conversar con ellos también. No es que el horario sea muy estricto, pero la vida en el Hogar se basa en un método para todo, por ejemplo, en verano los ancianos se levantan a las seis de la mañana, en invierno a las seis y media.

Luego del desayuno tienen la terapia ocupacional, donde cada uno hace lo que más le gusta, muchos van al huerto, otros a las labores de artesanía, también ayudan en la lavandería, en el peladero de la cocina, barren los patios, etc. Incluso algunos hacen una cosa primero en el Hogar y cuando terminan van al huerto, hay de todo.

Los gastos del Asilo se subvencionan por el gobierno cubano, y desde la Casa Madre se hace algún aporte siempre que nos resulta necesario.

Entre las celebraciones más importantes que tenemos está el día de la Virgen de los Desamparados, Patrona de nuestra Congregación, ése es un día especial cada año, el segundo sábado del mes de mayo, víspera del Día de las Madres en Cuba. En todo el Hogar se vive un día muy bonito, se nota en las actividades, la comida y la alegría de esa jornada que todos compartimos.

Cuando el centenario de la Casa, en 1986, también se hizo algo, pero creo que no queda nada escrito que pueda mostrarte, ya antes se había escrito un libro, cuando los cincuenta años de fundada, pero me parece que cada una de las hermanas que se fue tras 1959 se llevó al menos uno de esos ejemplares, cuando la desbandada que te conté, y ahora no nos queda ninguno a nosotras aquí.

Pero puedes hacer las preguntas que quieras, si es que aún te falta alguna, y tirar las fotografías que desees, hoy y el domingo cuando vuelvas; pues mientras hemos ido conversando las horas han corrido, y ya se me acaba el tiempo que tenía para atenderte.

Te esperamos, ya te presentaré a dos emigrantes de Tineo, tu tierra de origen paterno, que llevan varios años con nosotras en el Asilo, entre unos diez más nacidos en otros Concejos de Asturias.

Este señor es Alfredo Castro y Castro, natural de Salas, quien nació en 1908 y vino para Cuba con 19 años de edad; él es cocinero de profesión.

Aquí está Olivia Junco Roberto, nacida en Campo de Caso, por Piloña, en 1907, y emigrante desde los 16 años, trabajando de sirvienta doméstica, ya lleva en el Asilo seis años.

José Benítez, de Piloña, quien también nació en 1907 y llegó aquí en 1925, fue empleado del Hospital Quinta Covadonga hasta su jubilación.

Amparo Peñica Pedregal, de Cabranes, donde nació en el 1904 y con sólo cinco años la trajeron a la Isla.

Ninguno de ellos ha regresado de visita a la tierrina, y lo que es peor es que ya no tienen ni la esperanza de volverla a ver.

Esta señora es Carmen Fernández Trío, Carmina, que nació en 1908 y emigró en 1925; ella sí ha podido volver de visita a Asturias.

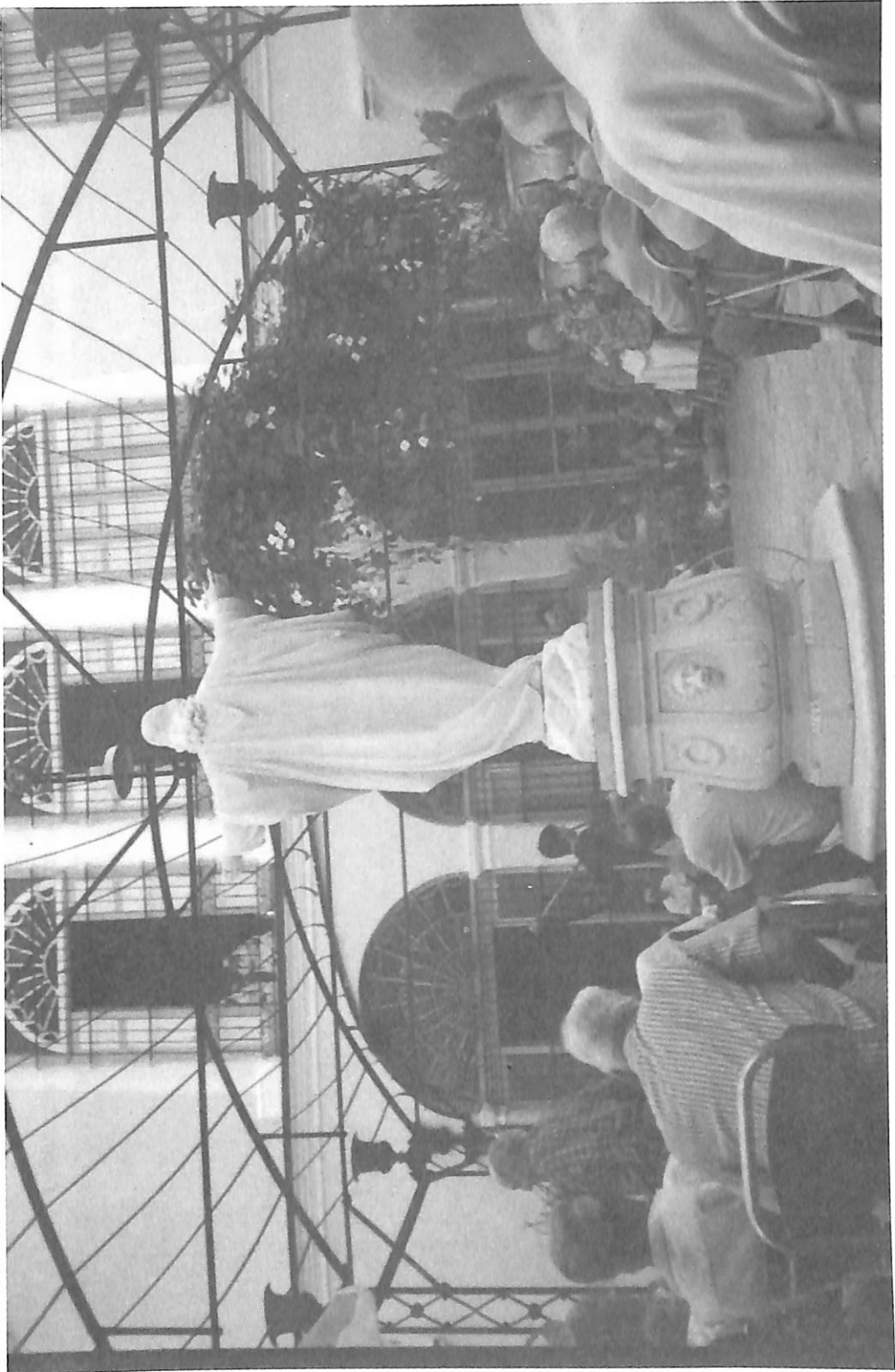
También tenemos a los hermanos Dolores y Carlos Rodríguez Frades, nacidos en 1902 y 1911, respectivamente, quienes viajaron a La Habana desde 1916 por razones de trabajo del padre. Sólo han ido de visita una sola vez, en 1924, durante todo un año, que no se repetiría más.

Y aquí llegan los tinetenses, por quienes tanto me has preguntado; primero la dama, Cecilia Aguera del Valle, ella misma te podrá contar:

«Nací el 12 de mayo de 1916, en Santianes, uno de los pueblos del Concejo más cercanos a la Villa de Tineo, y vine con 25 años. Recuerdo muchas de las aldeas cercanas de por allá, del campo tinetense, entre ellas Perluces, cómo no. En 1954 hice el único viaje de visita, con mi esposo que en paz descanse, fuimos en el barco Covadonga pero después de atravesar todo el océano nos encontramos que el agua me impedía llegar a mi casa, pues habían hecho un embalse que cubre toda aquella zona. Estuvimos en casa de la hermana que me queda en Gijón.

Aquí en Cuba tuve que ver con el Asilo mucho antes de vivir en este Hogar de Ancianos, ya que durante once años trabajé aquí de veladora por las noches, hasta el año pasado hice esa labor.

Una de las alegrías mayores que hemos tenido aquí nos la brindó el Alcalde de Tineo al visitarnos en este Hogar a principios de año



Encuentro asturiano en el patio central del Asilo. 1992



Ancianitos asturianos de nuestro Hogar, dos de ellos tinetenses: primera de la derecha: Cecilia; primero de la izquierda: Fernando

y poderlo conocer personalmente. Creo que lo veremos de nuevo y que nos recuerde como nosotros lo recordamos a él, y a nuestro Concejo de Tineo, esa tierra que nunca se olvida.»

El otro emigrante de Tineo es el señor Fernando Fernández Alvarez, él no puede ver desde hace años, pero también tiene mucho que decirte:

«Soy natural de Tuña, donde nací el 28 de septiembre de 1906, a cinco leguas del propio Tineo, nuestra casa está sola en medio del campo, se llama la Casa Bombiado.

Teníamos una capilla, la del Cristo de Peñas, allá en la casa de Tuña me queda una hermana, Dolores, y tengo otra en Gijón, Celestina. Pues en el año veinticuatro, en el último viaje que dio a Cuba el barco Infanta Isabel, llegué yo a estas tierras. Mi padre me había mandado a buscar, él trabajaba de capataz en un Ingenio y en aquel mismo barco él se fue de viaje a España.

Aquí me adapté perfectamente, trabajé en gastronomía, en restaurantes como el Carmelo de Calzada, que era de buena categoría, y después en la Villa de turismo internacional de la playa Jibacoa, donde continué contratado después de jubilarme en 1973, hasta el año 1981, en que empezó a fallarme mucho la vista.

Pertenezco al Club Tinetense de La Habana desde que llegué a Cuba y sigo asociado aún desde este Hogar, adonde nos mudamos mi señora y yo en 1988, pero ella falleció hace tres años, luego de medio siglo juntos y haber tenido un solo hijo; qué diferencia de mis padres, Antonio y Consuelo, quienes tuvieron ocho hijos.

Bueno, una de las últimas salidas que he hecho del Asilo fue cuando Sor Rosario nos llevó al Centro Asturiano con motivo de la reciente visita de nuestro Alcalde de Tineo don José Rodríguez. Imagínese la emoción que sentimos todos los tinetenses en La Habana al poder encontrarnos nada menos que con el máximo representante de nuestro Concejo, además de todo el donativo material y monetario que trajo para el Club Tinetense.

Acabo de saber que pronto se reabrirá el Panteón del Club Tinetense de La Habana en el Cementerio de Colón, tras la repa-

ración capital, que ha sido posible hacer con el aporte que trajo personalmente el Alcalde.

Mis palabras de saludos para él, y para todos y cada uno de los tinetenses, quienes a poco de cumplirse un siglo de la creación de nuestra sociedad tinetense en Cuba nos han tendido su mano de solidaridad y apoyo.

No puedo verlos con mis ojos, pero con el corazón los siento aquí, siempre.»

Bueno, Aurelio, ya te he presentado a la mayoría de nuestros asturianos y has podido conversar con ellos; hay cuatro más, pero hoy es día de visita y no ha sido fácil pillarlos a todos juntos. Hasta hace poco eran diecisiete, pero ahora suman doce, pues algunos han fallecido y a Asturias regresó El Gaiterín, quien pasó su último año en Cuba entre nosotras. Luego nos ha escrito, tras estar en casa de su hermano un tiempo pasó a una Residencia de Ancianos de Oviedo, la del Cristo de las Cadenas.

Por último, te falta conocer a Sor María, siempre tan ocupada que no es fácil hablar con ella un momento, trataré de que puedas saludarla por lo menos; recuerdo que nació en Pola de Lena y desde 1952 se trasladó a Cuba como miembro de nuestra Orden religiosa.

Ya verás qué satisfecha está con su misión, en la que lleva cinco años más que yo, desde que comenzó en la Casa que entonces había en Camagüey.

Ahora, de toda la Congregación «Hermanitas de los Ancianos Desamparados» sólo nos queda esta Casa en Cuba, con el edificio anexo que hay enfrente, en esta misma Calzada del Cerro.

Gracias a Dios que en medio de todo nuestra Casa ha seguido y en ella hemos podido cumplir la labor de amparo a los más necesitados, por su edad y soledad.

Ellos son la razón de nuestra existencia, la forma con que podemos expresar nuestro amor a Dios, mucho más que con todas las palabras del mundo, con los hechos que todos somos capaces de realizar.

Ahora me despido, con una sola petición: no pongas ni quites nada a lo que te he dicho.

Ve con Dios.

La Habana, enero 1996

JOSE RODRIGUEZ GONZALEZ

«EL GAITERIN»

PROAZA

*«En el roncón traigo a Asturias,
en el fuelle las manzanas
y en el puntero la sidra,
para la gente asturiana.»*

Esa canción que escuchas es la primera que grabé en un disco, acompañado por la gaita, al comenzar mi trabajo en la radio. Durante 17 años estuve en tres emisoras habaneras: la Nacional, la CMQ y la CMVY, pero lo principal para mí fue la hora radial que tenía con el programa «La Virgen de Covadonga».

De esa época, entre 1945 y 1962, son todos estos discos que aún conservo, en muchos de ellos canto tocando la gaita, y en otros tocando el acordeón.

Entre las canciones que más me pedían interpretar se destaca la Virgen de Covadonga, la pedían mucho los asturianos, pero los cubanos también, sobre todo para oír su letra. Casi todas las canciones estaban en castellano, y es que en Asturias se habla más el castellano que el bable.

Al menos así lo recuerdo yo, desde principios de siglo, pues nació en 1906, el 10 de diciembre, y salí de Sograndio, mi pueblo, en el Concejo de Proaza, hace unos setenta años.

Vine para Cuba en 1924, cumplidos los diecisiete, y nunca más he vuelto allá, ni de visita.

Ya no me hago ilusiones, para no morir de desengaños, como se dice, pero ahora me han incluido en el grupo de la Operación Añoranza a Asturias, así que vamos a ver qué pasa.

Imagino que no conoceré nada si vuelvo. Por lo que me cuentan allá todo está muy cambiado, dice la gente que la carretera ya llega hasta la misma Iglesia del pueblo.

Claro que tengo muchos deseos de ver todo eso, claro que sí, lo que pasa es que sin ese gran fervor por ir, no tengo ese gran fervor porque ya uno va medio achacoso, más bien hago que canto, pero cantar de verdad, cantan los discos, en mis discos sí que canto.

A mi edad, cada año que pasa me lo siento como si fueran cinco o seis años. Yo no soy un cantante profesional, y ni un profesional a los 85 años canta todavía. Los grandes tenores del mundo han cantado hasta los 60 años, más o menos.

A mí me siguen pidiendo que cante, pero no es para oír mi voz, yo lo sé, sino por lo que significan estos cantes para los emigrantes que han pasado tanto tiempo sin escuchar la música de su tierra, de sus aldeas asturianas.

Así he mantenido la gaita aquí, y ahora resulta que soy el último gaitero asturiano en Cuba.

Curiosamente, a lo largo de todos estos años no he olvidado nada de nuestra vida en Asturias; te puedo contar hasta los detalles.

Nosotros éramos siete hermanos, de los cuales me queda uno vivo, se llama Adolfo, y sigue en Sograndio, nos escribimos de vez en cuando; él tiene un hijo que trabaja cerca del pueblo.

Nuestra casa es una casa de campo, trabajábamos la tierra, con ganado, con bueyes. Allí tenemos veintinueve fincas, no son fincas con la gran extensión que tienen en Cuba, sino que cada una podrá tener 200 metros cuadrados como promedio.

Recuerdo bien cómo se llaman estas fincas, por ejemplo, había una que le decían el Miedorio, por lo de miedo; a otra la llamaban la Parayas, y nombres así, como: la Supuesta, la Paños, la Solagrada, la Rosada, la Vallina, la Centenales, hasta una que llamábamos la huerta de entrecasa, así hasta veintinueve.

Yo trabajé allí junto a mi padre, Javier, y mi madre, Antonia, que también se metía a trabajar con nosotros en la tierra, donde cultivábamos: maíz, centeno, mucha papa, muchas verduras, castañas, avellanas, de todo.

Una casa labriega, de campo, como se dice, donde todo era para comer por la familia, allí no se vendía nada, salvo algunas castañas a veces.

Comíamos pan de maíz, de centeno, que es más moreno, más bardo, y había trigo también.

El ganado se echaba al monte, a pastar, y se bajaba del monte cuando nevaba, para alimentarlo con la hierba que se cosechaba y se secaba al sol durante el verano, quedando guardada en los pajares, entonces sí que no había pienso, allí todo era cuestión de hierba, al natural.

Pero como no todo era trabajo, desde que escuché la gaita por primera vez me gustó mucho, siempre me gustó y por eso no paré hasta que aprendí todo sobre la gaita asturiana.

No sólo es saber tocarla, sino también hacerle las cosas que se requieren para sacarle la máxima sonoridad, por ejemplo, allá en Asturias se usa la planta de saúco, que tiene el corazón muy grande, con un taco se le saca y así sirve para la gaita; también están las lengüetas hechas con caña de Castilla, con dos años de cortada, y luego con una navajita se van ajustando.

Como ves, es bastante trabajoso, aquí prefiero darle 50 pesos a alguien antes de tener que hacerlas yo, aparte que de cuatro o cinco que haces, a veces no sirve ninguna.

Naturalmente que entonces no pensé que iba a llegar con la gaita a América.

Bueno, mi primera gaita en Cuba se la compré a un gallego. Sí, por 10 pesos. La tuve un tiempo, pero luego la vendí y compré otra mejor, hasta que mandé a buscar una directamente a Asturias y me la enviaron acá.

La que tengo actualmente es parte de aquí y de allá. Tiene dos roncones, no uno solo, el segundo se lo puse yo. A medida que me familiarizaba con el instrumento le fui haciendo modificaciones, hasta llegar a la principal, que es este fuelle para apretarlo bajo el brazo y así echarle el aire a la gaita sin necesidad de soplar, se le llama Barquín, es parecido al que se utiliza en las fraguas y en las herrerías para echar aire al fuego.

Esta motivación me permite cantar a la misma vez que estoy tocando la música en la gaita, de lo contrario tendría que usar los labios para soplar el aire; ¿y cómo iba a cantar entonces?

Pero la historia con la gaita se remonta mucho tiempo atrás, como te contaba, cuando vivía en Asturias. Desde joven yo era muy fiestero, y entre tantos bailes y cantes me convertí en gaitero de afición.

Tocaba la gaita prestado, con 14 y 15 años, porque mi padre no quería que yo estuviera en algo que sólo era de fiestas.

El carácter de mi padre era muy rústico, no nos pegaba pero siempre estaba bravo, aparte de que nunca me daba dinero. De eso tenía que encargarse mi madre, cuando ella vendía en el mercado, castañas o mantequilla, me daba algo diciéndome: esto es para que en las fiestas puedas convidar y no tengas que arrimarte a los demás.

El mismo fue quien, al poco tiempo, me dijo: vete, es mejor que marches a América antes que a Africa, y sin más preparativos me vi cruzando el océano, sin nada en los bolsillos, ya lo he dicho otras veces: como una hoja en el aire.

Todavía conservo el pasaporte de cuando vine, con su foto y todo, según lo preparé en 1924. Salvo eso, no traje nada de recuerdo, era muy joven y entonces no se piensa que el tiempo pasa volando.

El día que llegué a La Habana no me gustó nada de nada. A mí no me agradó esto, no. Desembarqué en el muelle San Francisco pensando que me había equivocado de barco en España y estaba llegando a otro lugar que no era la bahía de La Habana.

Allá todos hablaban de esta ciudad, como algo muy grande, yo les oía decir: «voy para La Habana», como algo muy importante, muy prometedor, y al verlo con mis propios ojos sentí una gran decepción.

Desde el primer día fui para una bodega en el Cerro, donde empecé a trabajar de ayudante, aprendiendo a envolver paquetes y a pesar productos. El dueño, estaba para Asturias, él es de un pueblo cercano al nuestro, y cuando regresa me deja trabajando fijo, pues conocía a mi familia y decía que eran personas muy serias y respetuosas.

Pero sucede que, a los seis o siete días, rompí un vaso al cruzar el mostrador, y de pronto el dueño me llama la atención en una forma que no me gustó nada y me molesté. Miré el mostrador de nuevo y no tuve que pensar para volver a saltarlo, pero hacia afuera; me fui de la bodega para siempre.

Cogí un tranvía de la calle Monte, que me dejó en Galiano y San Rafael. Cerca de allí trabajaba de cocinero un amigo mío, Juan, en «La Flor Cubana», y le pedí cinco pesos que le devolví cuando me coloqué en una fonda de la calle Reina, se llamaba «La Aplanadora», de fregaplatos.

Con lo que cobraba empecé a ir al cine y de paseo, primero solo y luego con una mulata. Como parte de nuestras relaciones, iba a su casa a buscarla, a visitarla, y los padres me trataban muy bien, invitándome a comer los días especiales, cuando habían el lechón a la púa.

Después de eso ya no extrañé más a España.

Pero sucedió que un día que ella salió con su hermano en la motocicleta tuvieron un accidente y murieron los dos.

Seguí pasando por su casa, los padres querían que no dejara de verlos, pero allí terminó aquello.

Así empecé a cogerle el gusto a lo cubano, de una forma dulce y amarga a la vez. En mi casa notaron el cambio, pues todos los meses les escribía, y si en la primera carta les pedí un pasaje de regreso, diciéndoles que aquí me moría, al cabo del tiempo dejé de escribirles.

Una vez, con un amigo mío, les pude mandar un casete grabado cantando y tocando yo la gaita, luego me contaron que les dio por llorar, al tenerme tan lejos y cerca al mismo tiempo. Se sorprendieron mucho, después de tantos años de mi partida.

La primera vez que cobré por tocar la gaita en La Habana fue en el Café «El Sol de Egido», donde me contrataron para todos los sábados y domingos, pagándome 5 pesos por día; no era mucho pero era algo, entonces yo estaba abonado en una casa particular para comer diariamente por 12 pesos al mes.

Así no podía vivir de la música, siempre me mantuve con algún empleo mientras seguía con la gaita. Después de trabajar un tiempo en una panadería, salí de vendedor con una motocicleta que me compré, y así pasé a trabajar por mi cuenta.

Compraba el pan y las galletas donde mejor precio me dieran y luego vendía por mi cuenta, no trabajaba por la casa. Era un trabajo cómodo, y al mismo tiempo que iba vendiendo el pan por los establecimientos, bares, etc., buscaba anunciantes para la radio.

Yo les decía: ven acá, chico, no quieres anunciarte por la radio, eso es importante para tu negocio. Siempre les ponía el ejemplo de la cerveza Polar, que me pagaba 100 pesos al mes por anunciarse en el programa; eso era bastante dinero, pero es que la Polar era patrocinadora.

Entonces ya tenía la hora radial «Virgen de Covadonga» y por las noches me iba a preparar el guión y los discos para el programa, tenía un locutor y todo, que yo pagaba. A las 8:00 pm salíamos al aire, hasta las 9:00 pm.

Recibíamos muchas llamadas con peticiones de canciones, sobre todo asturianas, como los pasodobles: *Por entre peñas y montes*, *Las palmeritas* y otras, incluso algunas con palabras en bable, muy típicas de Asturias, como ésta:

*«Pasé el Puerto de Pajares
paselo con mucha pena
porque dechaba los amores
junto a la Pola de Lena.»*

Era algo muy bonito, la gente llamaba para dedicar canciones a los amigos, a las novias, etc.

El programa era totalmente por mi cuenta, yo era quien lo tenía alquilado, yo pasaba la propaganda, etc. A medida que fui teniendo éxito en él, fui grabando más discos con mi música, y ya a los pocos años en vez de tener que interpretar las canciones en la emisión del programa lo que hacía era poner mis discos.

Cada noche ponía uno o dos números interpretados por mí, y el resto de otros intérpretes.

Siempre he tocado de memoria, no tengo ningún texto impreso, ni me guío por nada que no sea mi recuerdo de las canciones como las cantaban las muchachas de mi pueblo y otros cercanos, allá en Asturias.

Pues tocando la gaita viajé tres veces a Estados Unidos, primeramente fui invitado por el Centro Asturiano de Tampa, en 1953, pero después que me conocieron allá volví en dos ocasiones más, en 1954, a Nueva Orleans y a Miami.

La acogida que tuve fue muy buena, tuve que cantar cantidad, eso era cuando yo cantaba de verdad, ahora no, ya me siento la voz rajada; puedo mantener el ritmo, pero después de cumplir los 85 años sigo tocando solamente, sin cantar.

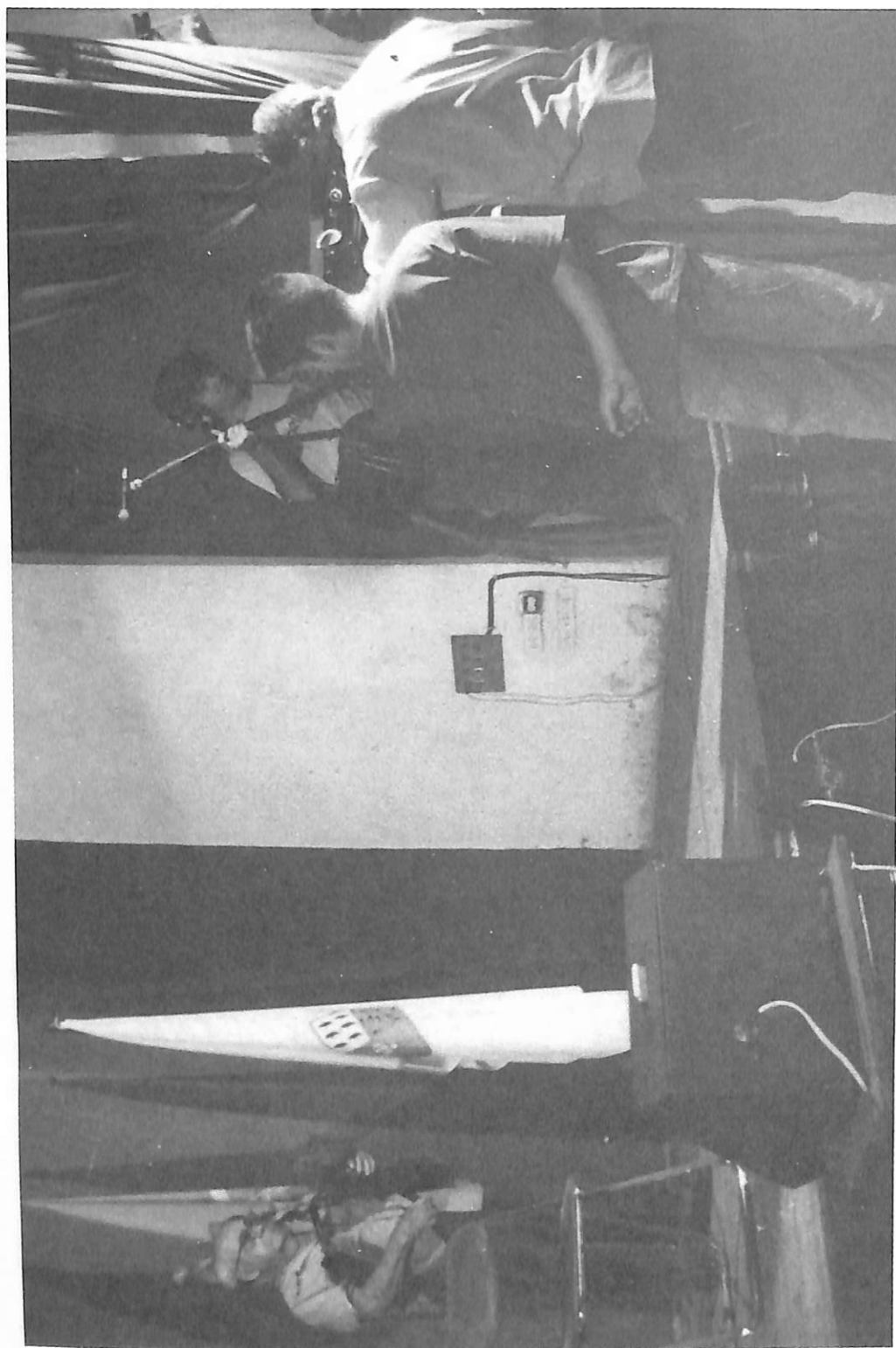
Bueno, hace unos días canté en la Federación Asturiana, pero como una excepción.

Al final de todo eso yo no ahorré nada. Dos o tres mil pesos solamente, que me sirvieron para cuando se enfermó mi mujer, y tuve que estar pagando 10 pesos diarios a una persona para que la cuidara en el hospital, además de los gastos en medicinas.

Me había casado en 1957, mi esposa era asturiana también, pero hace diez años falleció.



Actuando en el local de la Federación Asturiana, junto al cuadro que preside el salón de actos, donde amenizo regularmente las actividades de los asociados (Prado nº 208)



Durante la filmación de una película sobre la Federación de Sociedades Asturianas de Cuba (Febrero de 1992)

Ahora, con la visita de los asturianos a La Habana, he visto a estos muchachos, que son muy buenos, Pedro y Fernando, ellos han venido a iniciar un grupo de gaita y de baile asturiano en la Federación.

Me sorprende cómo los alumnos que han empezado a aprender con Pedro logran sacar las notas agudas, que son muy difíciles, se ve que son asturianos y no gallegos, que no saben requintar.

El requinto son las cuatro notas más agudas que tiene la gaita, sobre el natural, que salen apretando más el fuelle. No sé como lo pueden sacar tan pronto, yo me demoré más en aprender esa parte.

Están muy bien encaminados, es una lástima que esto no se haya empezado antes, pero también me alegra ver que conmigo no se perderá la presencia de la gaita asturiana entre los emigrantes y sus descendientes en Cuba.

Nunca me ha gustado enseñar a otros a tocar la gaita, creo que no tengo vocación de maestro, aparte del trabajo que dan las lengüetas y todo lo que hay que hacerle a los alumnos, pues ellos no saben. Pero cuando terminan con el profesor, yo más o menos les digo lo que es la gaita, y cómo tuve que hacer para empezar a tocarla, cosas así hablamos.

Les explico que la gaita gallega no tiene una armonía como la asturiana, ellos no pasan de la octava, sólo tocan las notas naturales, pero el puntero da más que eso, si uno sabe sacarlo llega a octava y media.

Empiezan con canciones como el himno de Asturias, que no son difíciles, se pueden sacar con las notas naturales, además es muy emocionante escucharles interpretando nuestro «Asturias, patria querida...».

Sé que ellos terminarán haciéndolo mejor que yo, y eso no me preocupa, al contrario, me produce verdadera satisfacción. Sé que la gente me aprecia y estima en la Federación Asturiana, yo no merezco ningún reconocimiento, simplemente lo que he hecho, hecho está.

Vamos a ver cómo sale lo del viaje a Asturias, me hace recordar lo del barítono que se fue todavía niño a América y regresó ya mayor, canoso, y entonces canta una canción que me viene muy bien ahora a mí para el regreso, que pienso será tan, tan emocionante como se describe en esta canción:

*Mi aldea, cuánto mi alma se recrea
al volverte a contemplar.*

*Mis lares,
después de cruzar los mares otra vez vuelvo a mi hogar.*

*Pensando en ti noche y día, aldea de mis amores,
mi esperanza renacía y eran menos los dolores.*

A mí me encanta la ópera, nunca me perdía una ópera aquí, todos los años venía la Ópera de los Estados Unidos y yo no faltaba ni una noche en el Teatro Payret.

La ópera y la zarzuela; en el programa de radio yo ponía mucha zarzuela también, no todo era asturiano, en la hora trataba de combinar varias cosas: uno o dos temas asturianos, varios de zarzuelas, de óperas, hasta comerciales.

Pero en eso, como dice la canción: «Se acabó la diversión, llegó el comandante y mandó a parar».

Perdí la hora radial «Virgen de Covadonga», me dijeron que ya estaba bueno, y les contesté: pues si está bueno ya, a otra cosa.

Luego volví a ser panadero, que había sido mi oficio desde cuarenta años atrás, pero ya no era igual.

Yo no acumulé nada, nunca me gustó acumular. Desde que me veían llegar a la radio, todo el mundo se alegraba, decían: «llegó el Gaitero, así que hay que tomar algo». Claro, el Gaitero pagaba y los demás tomaban con él. También pagaba para que pasaran bien el programa, en todo gastaba.

Un amigo mío, Felipe, que tenía una bodega cerca de mi casa, se la pasaba siempre dándome consejos, a él le gustaba mucho la plata pero no para gastarla, entonces cuando yo llegaba y pedía una sidra y un puro habano de marca H. Upmann, número 4, él me decía: Gaitero, no botes la plata, Gaitero. Pero un día ya me tenía tan cansado que le contesté: Felipe, no me jodas más con eso, ya sabes que más vale un día de fiesta que lo que en ella se pierda.

Poco después, cuando dieron la noticia por radio de todas las nacionalizaciones, estábamos jugando dominó y del susto que él se llevó resulta que se levantó, fue al baño, y de allí tuvieron que sacarlo. Llegó al hospital muerto.

Así que fíjate tú, yo le había contestado bien aquella vez, pues mira lo que le pasó y yo estoy aquí todavía, a pesar de que también me nacionalizaron lo único que tenía.

Hubo muchos casos así, al ver que de repente perdían sus propiedades se desquiciaban.

Yo no puedo vivir así, tener algún dinero para vivir y para alguna necesidad, pero sin privarme de la alegría de la vida.

Después de la Revolución vendí el acordeón y gran parte de mi colección de discos, conservando los grabados por mí y algunos con música asturiana.

La gaita sí la cuido, naturalmente, a ella debo gran parte de mis satisfacciones a lo largo de los 85 años que tengo. No podría vivir sin tocarla, aunque ya no canto, para no hacer un papelón, pero tocando sí he llegado hasta el final.

Vamos a ver, uno nunca sabe lo que puede pasar. Por eso al viaje voy como quien tira una moneda o una baraja al aire. Es que yo llevo aquí muchos años, son 67 años en Cuba, toda una vida.

Voy con la idea de volver para acá después, pero veré que acogida tengo, con mi hermano, su familia allá, y el frío; todo eso va a ser como nuevo para mí.

Olvidé decirte que cuando partí de Proaza, con 17 años, había empezado en el oficio de tornero, y por eso al llegar a La Habana hice unas pruebas en un taller de tornería, en la calle Maloja, e inmediatamente me dicen que podía quedarme a trabajar allí.

Pero pagaban sólo 30 pesos al mes, qué va, con aquello no podía vivir yo, ganaba más de panadero, pero me dijeron que a otros torneros les pagaban 25 al mes, de modo que sólo me quedó una opción: irme de ese empleo.

Estoy convencido de que uno tiene que dedicarse a algo que le guste de verdad. Puedes hacer otras cosas por necesidad, porque te reporten un beneficio, pero para dedicarte al resto de tu vida tiene que gustarte.

Como me pasó a mí con la música, yo tuve clarinete, yo tuve acordeón, y al final me quedé con la gaita. Es la que más me gusta.

Y también la que más gusta aquí a los emigrantes asturianos. Todas las semanas me llamaban para amenizar algún acto, a veces llevaba a uno que tocaba el tambor, y entre los dos tocábamos los pasodobles.

No era yo el único. Aquí en La Habana había un diluvio de gaiteros. Si tú hubieras visto los salones de La Polar y de La Tropical, todas las fiestas que daban en ellos las sociedades españolas eran a base de gaita, más que de acordeón.

Yo siempre aprendo algo nuevo con la gaita, si al principio fue con el único gaitero de mi pueblo, en Sograndio, después era con estos gaiteros en Cuba, y más tarde con los discos de gaita; ahora creo que el mismo instrumento me sigue enseñando.

Y el público, lejos de lo que podía pensarse, sigue creciendo todavía. Ahora tengo muchas solicitudes de las monjas del Asilo de Ancianos «Santovenia» para que toque la gaita a los ancianos, ya sea en las actividades que realizan en el Hogar o en las excursiones que hacen de esparcimiento.

Como en ese Asilo hay muchas personas de origen asturiano, gallego, en fin, de diversas partes de España, pues les resulta reconfortante escuchar la gaita.

Esto de la demanda de música asturiana se ha incrementado a partir de la visita a Cuba, el pasado año, de una representación del Principado, con la labor de los profesores que te decía, la creación de grupos de gaita y danza en la Federación Asturiana y la reanudación de los lazos entre los asturianos de allá y de acá.

Algo que no ocurría desde hace treinta años.

A veces creo que ya ni lo esperábamos, como personas ni como instituciones.

Yo soy miembro de la Sociedad de Beneficencia Asturiana de La Habana, y de la Unión de Teverga, Proaza y Quirós, desde que llegué a Cuba, por lo que he visto el transcurso del tiempo a través de casi el medio siglo de existencia de estas sociedades de emigrantes españoles.

Esa es otra historia, desde los años de su mayor realce, a los momentos de más baja actividad, por lo que me alegra tanto que en Asturias se hayan acercado nuevamente a nosotros.

Siempre nos recordaron y tuvieron presentes, pero ahora es la última oportunidad de encontrarse los asturianos de ambas tierras.

Pronto no quedarán más emigrantes asturianos en Cuba ni retornados a España, por muchos edificios, libros y otras cosas que queden, entonces faltará el propio emigrante.

De ahí la importancia de este abrazo asturcubano.

Bueno, si como parte de todo eso se produce el viaje del que te hablaba, y puedo volver a mi casa en Sograndio, entonces sí pudiera contestarte, sin dudas, que estoy plenamente satisfecho de la vida.

Ver de nuevo Proaza, Oviedo, Boal, Tineo, Luarca, todos los lugares de Asturias que recorría de un extremo a otro en los años de mi juventud, eso sí sería algo muy grande.

De todas formas, aparte de ese posible reencuentro, sí puedo afirmar que a la vez que siento satisfacción al llegar a los 85 años, también sé que



Junto a otros miembros de la Federación Asturiana. 1991



Recibimiento en Asturias, integrando finalmente el grupo de la «Operación Añoranza» en agosto de 1992, junto a cincuenta emigrantes asturianos y descendientes en Cuba

hubiera podido lograr otras cosas a base de más sacrificio, sólo que yo he sido así.

Y es que todo depende de uno, mira sino cómo la gaita, que primero me hizo perder otros trabajos, al final se convirtió en mi mayor fuente de realización personal.

Así ha sido mi vida, ¡y nadie me puede quitar lo bailao!

La Habana, mayo 1992

JOSE MANUEL GONZALEZ LONGO

COAÑA

Yo nací en Asturias, en el Ayuntamiento de Coaña, el día 15 de mayo del año 1931; mi padre se llamaba Belarmino González García y mi madre Rosario Longo Vega.

Somos cuatro hermanos, dos hembras y dos varones, estando en España tres, yo soy el único que está en Cuba.

Mis abuelos eran labradores allá en Asturias, y mi padre había venido para La Habana por razones de negocios; pero recién casado fue a España de visita y al ver que los abuelos estaban muy viejos decidió quedarse allá.

Aquí poseía una bodega tipo bar, en la calle Teniente Rey esquina a Compostela, donde yo vine cuando llegué de España, en octubre del año 1950, antes de tener cumplidos los veinte años de edad.

En el mismo Coaña asistí a la escuela desde pequeño, eran dos aulas, una para niños y otra para niñas, entonces todo era muy diferente, recuerdo que en aquel tiempo todo el mundo iba a pie, el que tenía una bicicleta pues, por favor, pero hoy van a buscar a los niños en ALSA, los llevan por las mañanas a la escuela y por las tardes los recogen y regresan a sus casas, algo que antes ni soñarlo.

En el pueblo se celebraba el día 7 de octubre la Virgen del Rosario, pero también estaba nuestra Señora del Carmen, el 16 de julio; San Antonio, el 13

de junio, y luego venía el Corpus Cristi, que también se celebraba, pero hoy en día no tanto, actualmente los que se siguen celebrando son el Carmen y el Rosario, pero han surgido otros tipos de fiestas.

Esos días se hacía una reunión familiar, venían los tíos y primos por parte de padre y por parte de madre, nos reuníamos todos y se hacía un banquete en la casa, venían orquestas de música de otros pueblos o ciudades, y siempre había una fiesta desde el día anterior; en los alrededores del pueblo habían muchas fiestas también.

Luego era el baile en el campo de la Iglesia, después se empezaron a hacer en otros campos más grandes, organizados por el Ayuntamiento.

Entonces todo el mundo bailaba, yo también, naturalmente, pero luego casi nadie baila en esas ocasiones, sino en las discotecas, y otros tipos de fiestas.

Algunas sí siguen su tradición, como la fiesta de La Barca, en Navia; San Miguel, que es en El Franco, y Santana, en el propio Coaña el 26 de julio, después de Santiago, el 25, que siguen siendo fiestas muy grandes.

En las casas particulares las comidas eran a base de carnes asadas, potajes de garbanzos, jamón, chorizo, comidas todas muy típicas.

Hay otras fiestas que son para irse de gira, como la fiesta del 25 de agosto, San Luis, que es una fiesta muy grande, desde horas tempranas de la mañana la gente empieza a ir para allá y sigue la fiesta todo el día, con empanadas, chorizos y una serie de comidas que forman parte de la tradición asturiana, como puede apreciarse muy bien esos días.

De los juegos, el principal era el fútbol, en aquel tiempo yo lo jugaba, aunque fuera con un balón viejo, pero todos jugábamos algo de fútbol.

Recuerdo que jugábamos a la orilla del río Navia, a cada rato se nos caía el balón en el río y había que meterse con el agua helada, pero no podíamos dejar que al balón se lo llevara la corriente.

Desde esa época de muchacho siempre supe mucho de Cuba, pues yo tenía muchos tíos en La Habana, cinco tíos comerciantes, y no sólo sabíamos de ellos, sino que nos ayudaban mucho desde aquí.

Sobre todo durante la guerra y después también. De aquí para allá se enviaban muchas cosas, mi padre tenía la bodega en La Habana todavía, y de la ganancia que ésta dejaba, le enviaban una parte a él en Asturias.

Nunca pensé que ese sería mi primer trabajo. En Asturias sólo estudié, pero después mi padre quiso que yo viniera a hacerme cargo de su bodega en

La Habana, tomándose la decisión porque la quinta mía del Servicio Militar era nada más y nada menos que en Marruecos.

Varios amigos míos, compañeros de escuela y vecinos, habían muerto recientemente allí, durante el ataque a una base, por lo que había que buscar la posibilidad de salir de España antes de que me alistaran.

Vine en el barco Monte Ayala, un barco español de la compañía ARNAR, que era muy fuerte, creo que eran vascos. Yo salí un 28 de septiembre de 1950, la travesía duró un mes, pues tocó cinco puertos diferentes.

El pasaje se pagó en España, en pesetas, costó sobre tres mil pesetas, entonces pensé que venía por poco tiempo y regresaría después, pero eso no resultó fácil al principio y luego me fui quedando, hasta hoy.

A La Habana llegamos a las once de la noche y dormimos en la bahía, cerca del muelle de Regla fondeó el barco, y como a las nueve de la mañana del día siguiente bajamos a tierra. A media noche mis tíos se acercaron al barco en una lancha, dando vueltas alrededor de nosotros; ahí me encontré con ellos, yo en el barco y ellos en la lanchita.

Al amanecer vi La Habana muy bonita, el capitán del barco entró de noche a la bahía sin práctico, era tan conocedor de la zona que no necesitó práctico y se arrimó sólo a la parte donde se desembarca, hacia Casablanca, y esperó ahí hasta por la mañana para atracar en el muelle San Francisco.

Como te decía, enseguida empecé a trabajar en la bodega de mi padre, ganando 25 pesos al mes, no era fácil, y eso fue bastante tiempo, hasta que vino la ley del 50% y cogí la parte de mi padre, luego pasé a otra bodega hasta el año 1960, cuando cambié de giro, pasando al trabajo de carnicería, hasta que me retiré.

Desde el mismo momento que llegué yo ya era socio del Centro Asturiano de La Habana, participando en todas sus actividades, los bailes por las noches, y los sábados y los domingos por las tardes, que era cuando tenía más tiempo libre.

Lo que nunca jugué dominó ni billar, que allí se jugaba mucho, alguna vez jugué alguna carta o alguna baraja.

Eso era en la Sección de Recreación, pero eran muchas otras Secciones, y a los directivos de éstas se les conocía enseguida, pues estaban vestidos de negro, con su lacito negro, de traje, que entonces se usaba mucho.

Aparte del Centro Asturiano, también me asocié a Naturales del Concejo de Coaña, del cual soy Presidente desde hace dos años. En esta sociedad comarcal de emigrantes y descendientes en Cuba, tenemos un

Panteón en el Cementerio de Colón, con siete bóvedas y osario, ahora lo estamos reparando, es un remozamiento total.

Aquí quedamos dieciséis naturales de Coaña, nacidos en el mismo Ayuntamiento, de un total de socios que se acerca a los quinientos, con muchos cubanos, descendientes; todavía se nos acercan muchas personas que son descendientes de emigrantes asturianos en general, y particularmente de Coaña, ahora mismo acabo de recibir las planillas de una joven a cuyos padres y abuelos yo conozco de allá, son cercanos a la propia capilla de Santana.

Bueno, en Cuba no sólo trabajé en los empleos que te decía o en las sociedades asturianas, sino que me casé, en el año 1976, con Mercedes Expósito Chávez.

Así fueron corriendo los años, y sólo en 1985 fue la primera vez que volví a Asturias, treinta y cinco años después de emigrar a Cuba.

Ya mi madre estaba muy mayor y decidí ir a verla, pudiendo pagar el pasaje en moneda cubana.

Todo lo encontré totalmente cambiado, muy moderno, no me imaginaba que aquello estaba así, en mi juventud todos en el pueblo andaban a caballo o en bicicleta, coches había muy pocos, uno o dos coches solamente, sí, eran dos, pero a uno de ellos lo había cogido una bomba cuando la guerra y quedó bastante estropeado, mientras que hoy todas las casas tienen un coche, uno por lo menos, en mi casa hay tres coches, y eso es una cosa muy normal.

Nuestra casa sigue allí mismo, donde vive mi hermano, casado y con dos hijos, uno es veterinario y el otro es carnicero en Navia, siguiendo la tradición familiar un poco.

Luego volví en 1990, 1991 y a partir de ahí casi todos los años. Ahora mismo tengo previsto ir próximamente, en agosto de este año.

Mi participación en la Federación de Asociaciones Asturianas de Cuba se inicia no sólo con mi labor como directivo de la sociedad Naturales del Concejo de Coaña, sino también como el Administrador de la Federación, desde 1991, cooperando en las labores internas y las actividades públicas que se realizaban en la sede anterior, en este mismo Paseo del Prado, pero en la acera de enfrente, en los altos del número 208.

Entonces nuestro Presidente en la Federación de Asociaciones Asturianas era Ramón Flores, del Club Belmontino de La Habana, quien desarrolló una labor importante, cuya huella se mantiene incluso tras su fallecimiento.

Ahora, rememorando mi trayectoria en la colonia asturiana, compruebo que he estado activo tanto en el edificio original del Centro Asturiano de La Habana, el palacio que se encuentra en el Parque Central, frente al Centro Gallego, como socio, luego en la sede que te decía en Prado 208, y ahora aquí, en nuestro nuevo edificio, también en el Paseo del Prado, esquina a Virtudes, como Presidente.

Las elecciones fueron en 1995, a principios de ese año, salí electo por mayoría de las treinta y cinco sociedades asturianas que integran la Federación. En ellas se agrupan 1.900 asociados, de los cuales sólo 932 son naturales de Asturias.

El vicepresidente electo es Francisco Fernández, de Luarca, donde mismo nació nuestro Presidente de Honor de la Federación, el Sr. Manuel López Pérez, quien, a pesar de sus 87 años y estar delicado de salud, no faltó al acto de investidura de la nueva Junta Directiva, que integramos catorce miembros, manteniéndose hasta el final con muy buen ánimo, ocasión en que nos acompañó al cantar, como cierre de la actividad, el himno de todos nosotros: «Asturias, Patria Querida».

También a nuestra Federación están asociadas doce sociedades de emigrantes españoles correspondientes a otras regiones de ese país, con lo cual se pone en práctica el lema que preside a la Federación de Sociedades Españolas de Cuba: «por la hermandad de las sociedades españolas», según se aprecia en esta lista:

SOCIEDADES ASTURIANAS

- Agrupación Castropol
- Asociación Benéfica Covadonga
- Círculo Avilesino
- Círculo Praviano
- Círculo Salense
- Club Acebo de Cangas del Narcea
- Club Allande
- Club Allerano de La Habana
- Club Belmontino
- Club Candamo
- Club Carreño
- Club Gradense
- Club Grandalés

- Club Luarqués de La Habana
- Club Tinetense de La Habana
- Hijos del Concejo de Grandas de Salime
- Hijos del Partido Judicial de Llanes
- Naturales de Vegadeo y sus contornos
- Naturales del Concejo de Boal
- Naturales del Concejo de Coaña
- Naturales del Concejo de Illano
- Naturales de Las Regueras
- Naturales de Villayón
- Sociedad Cangas de Onís, Parres y Amieva
- Sociedad Casina de La Habana
- Sociedad Collotense
- Sociedad Concejo de Cudillero
- Sociedad de Beneficencia Asturiana
- Sociedad de Recreo y Deportes Juventud Asturiana
- Sociedad del Concejo de Navia
- Unión Cabranense
- Unión Club Piloñés
- Unión de Teverga, Proaza y Quirós
- Unión Gozoniega
- Unión Naturales del Franco

SOCIEDADES DE OTRAS REGIONES DE ESPAÑA

- Agrupación Artística Gallega
- Centro Andaluz
- Centro Montañés de La Habana
- Colonia Leonesa de Cuba
- Colonia Palentina
- Colonia Zamorana
- Hijos del Ayuntamiento de Cospeito
- La Aurora de Somoza
- Sociedad Cultural Rosalía de Castro
- Sociedad de Beneficencia Naturales de Galicia
- Sociedad Estudiantil Concepción Arenal
- Sociedad Hijos del Ayuntamiento de Capela



*Lectura de mi discurso recién nombrado Presidente
de la Federación Asturiana de Cuba*



Acto de investidura de la nueva Directiva de la Federación Asturiana de Cuba (mandato 1995-1998)

Ya desde mi discurso de toma de posesión, manifesté que nuestro mandato se basaría en la decisión de consolidar la labor de la Federación de Asociaciones Asturianas de Cuba, tanto en el marco de la sociedad cubana como en las relaciones crecientes con el Principado de Asturias.

En este año que llevo en el cargo las principales tareas han estado dirigidas al mantenimiento y rehabilitación del edificio sede social de nuestra institución, de sus diferentes áreas, en el plano interno; y en el plano público, a lograr un trabajo exitoso en torno a la principal actividad de la Federación, que como tú conoces inicia nuestro programa cada año, me refiero a la Distinción «Jovellanos».

Anualmente esta Distinción ha ido ganando prestigio nacional y extranjero, otorgándose a destacadas personalidades cubanas y españolas que se destacan por su vida y obra en el desarrollo social, cultural y científico.

Este propio año 1996, el acto de entrega de la Distinción correspondiente a 1995 resultó un verdadero éxito, tanto por el prestigio de las personas que la recibieron, como por el alto nivel de organización y calidad de la ceremonia, a la que asistió mucho público, como se reflejó en la prensa.

En este caso fueron cuatro cubanos y un español, se trata de José Ramón Fernández, Vicepresidente del Gobierno cubano, quien atiende las relaciones con las autonomías españolas; Rita Longa Aróstegui, destacada escultora de relieve internacional; Rafaela Chacón Nardi, la conocida escritora; y María del Rosario Novoa, de la Universidad de La Habana; así como el Sr. Carlos Barbáchano Gracia, Agregado Cultural de España en Cuba desde 1989.

Como Presidente del Jurado tuvimos a la Dra. Aurea Matilde Fernández, natural de Pravia, que se desempeña como Profesora de Historia de España en la Universidad de La Habana desde 1966.

Otras de las actividades importantes de la Federación en el ámbito cultural son los ciclos de conferencias que periódicamente se realizan, también por ponentes cubanos y españoles, como ha sido el caso de la más reciente, a cargo del Dr. Utrilla, Presidente de la Fundación «Pedro Borrás Astorga», durante su último viaje a Cuba, así como de Armando García, Especialista de la Biblioteca Municipal de Centro Habana, las cuales han gozado de gran aceptación entre el público que habitualmente asiste a estos encuentros.

Debo mencionar también la hermosa labor que se desarrolla en la Federación en la esfera del baile y la lectura. Contamos con un grupo de baile en la Federación, con cien integrantes, que dirige la profesora Marta

Eguzquiza, cuyo trabajo apreciamos en la parte artística de nuestros actos, a los que aportan una nota de genuina asturianía.

También tenemos una Biblioteca, cuya responsable es Zoila Tito, ofreciendo el servicio de consulta y lectura de un número importante de obras asturianas y cubanas, que se incrementa y actualiza progresivamente, permitiendo así el conocimiento y la divulgación de temas de interés para los asociados y el público en general.

El resto de las actividades culturales se complementa con la celebración de la semana de Asturias en Cuba, en torno al 8 de septiembre, día de La Santina, Nuestra Señora de Covadonga; así como con actividades de confraternidad por el Día de las Madres y el Día de los Padres, cada año.

Como puedes apreciar, para contar con el ambiente apropiado a dichas actividades es que nos encontramos pintando y remozando las tres plantas que conforman este hermoso edificio. También tenemos licencias comerciales para actividades de gastronomía y venta.

Esto nos permite ofrecer meriendas, comidas y licores a los asociados durante su presencia en la sede, con motivo de celebrar las reuniones de juntas directivas de sus respectivas sociedades, conmemorar ciertas fechas, etc.

Todavía tenemos tiempo, pues el mandato es por tres años, la próxima toma de posesión corresponde para principios de 1998. Mientras, seguiremos trabajando hasta terminar la restauración del edificio, no sólo de pintura, sino también abriendo nuevas instalaciones, como el bar en la planta baja, y un restaurant, lo cual servirá para ofrecer servicio a los asociados, y público por invitación.

Una de las cosas que coinciden con este período de mi mandato es que se ha continuado ampliando el nivel de relaciones con el Principado de Asturias y sus principales instituciones, como son el Concejo de Comunidades Asturianas, Archivo de Indianos, etc.

El apoyo que recibimos de ellos, así como de una serie de programas de ayuda de España, nos ha permitido complementar los esfuerzos que todos realizamos desde aquí para el desarrollo de actividades culturales, adquisición de equipos, etc.

Igual sucede al nivel de los Alcaldes asturianos, buena parte de los cuales ha pasado por aquí, con muy buena disposición para apoyar el trabajo de la Federación de Asociaciones Asturianas de Cuba, en sentido general, y particularmente de las sociedades comarcales que corresponden a sus Ayuntamientos.



Actuación del Grupo de Baile de la Federación Asturiana



Junto a la colonia asturcubana de La Habana, en la Federación; al centro, con bastón, el Sr. Manuel López



La fachada de la Federación Asturiana, y mi despacho



En el caso de Coaña, por ejemplo, el Alcalde anterior vino dos veces, ahora tenemos una Alcaldesa, una Doctora, a quien conozco personalmente, a ella y a sus padres, con quienes fui a la escuela de pequeño.

También es conocido mío de la escuela el Director de América Latina en Relaciones Exteriores de España, tenemos muy buenos vínculos, nos visitó aquí en la Federación durante su reciente viaje a Cuba, integrando la delegación de la Unión Europea que visitó la Isla, mientras España fungía como presidente de esa institución.

Una cosa que quisiera señalar con relación a la buena marcha de nuestro Centro es que durante toda su trayectoria, al igual que actualmente, éste no es un lugar de discusión política o religiosa, sino que se mantiene un respeto por las ideas que tenga cada cual, y de igual forma cada uno respeta las ideas de los demás.

Eso ha sido un principio muy sano, dando buenos resultados al propiciar las mejores relaciones entre todos los asociados y asistentes a la Federación.

Por el lugar en que se encuentra nuestra sede, en el céntrico e histórico Paseo del Prado de La Habana, muy cerca de los hoteles Sevilla, Plaza e Inglaterra, es extraño el día que no se acerca algún turista español a ver el edificio, a preguntar por sus características y actividades, muchos son asturianos pero también los hay de otras regiones.

Eso es parte del futuro también, pues el turismo se convierte en la principal actividad económica cubana y la presencia de las diferentes regiones españolas en la Isla constituye uno de los incentivos para el viajero procedente de España.

Ahora mismo se está construyendo un nuevo hotel colindante con nuestra sede, es el Hotel Parque Central, con el que serán cuatro los hoteles de turismo internacional que tendremos en torno a las diversas actividades de la Federación de Asociaciones Asturianas de Cuba.

Pero antes de continuar hablando de los tiempos por venir, me parece necesario destacar, desde el momento actual, cómo la labor presente de la Federación constituye la continuación histórica de un largo camino recorrido desde el siglo pasado, cuando se fundaron los cimientos de todo lo que vemos hoy, y que esperamos se siga progresando.

Muy ilustrativo de todo esto es la amplia documentación que se ha escrito a lo largo de tantos años sobre la comunidad de asturianos en La

Habana, como este valioso libro que me muestras y pienso que sería muy interesante comentar como parte de nuestra entrevista.

Aquí tenemos un ejemplar de *La Historia del Centro Asturiano*, desde su creación, pero casualmente está prestado y ahora no puedo mostrártelo, también contamos con memorias, actas, etc., que datan de las diferentes etapas por las que ha transcurrido esta institución; así como innumerables textos más recientes, escritos por asturianos, fundamentalmente, acerca de la proyección del Principado en América.

En cambio, este libro que lograste encontrar en los fondos de la Biblioteca del Capitolio Nacional, cerca de aquí, tiene la originalidad de referirse a los asturianos como colectividad, más que como institución.

Por eso constituye una especie de antecedente al trabajo que te encuentras haciendo sobre los asturianos en Cuba, mediante la recopilación de sus testimonios orales.

Resulta significativo su título: *Los asturianos en el norte y los asturianos en Cuba*.

Por lo que me cuentas, su autor, Elices Montes, estuvo en la Isla a fines del siglo XIX, donde finalmente se publicó el libro, según consta en su portada, en el año 1893, por la Imprenta y Papelería «La Universal», de La Habana.

Bueno, para terminar te diré lo que pienso sobre el tema de los descendientes.

Creo que ellos son los llamados a mantener las sociedades comarcales de emigrantes asturianos y sus descendientes en Cuba muy vivas, porque cada día es más difícil encontrar a emigrantes españoles como tal, nosotros iremos envejeciendo, y los cubanos descendientes que van quedando deben mantener muy en alto la bandera asturiana.

Tanto en sus respectivas sociedades como aquí en la propia Federación, que es la casa de toda la comunidad asturcubana. Digo esto convencido, porque conozco que hay grandes cubanos, con muy buenas ideas y capacidad de trabajo, lo que les garantizará tener éxito en su misión.

Desde aquí les doy todo mi respaldo, con la seguridad de que llevarán adelante la obra iniciada por sus predecesores, y que hemos continuado no sólo pensando en el pasado y en el presente, sino también en el futuro.

La Habana, enero de 1996

AUREA MATILDE FERNANDEZ MUÑIZ

PRAVIA

Yo nací en un pueblecito asturiano, llamado Villavaler, que pertenece al Concejo de Pravia, el 11 de marzo del año 1929; mis padres también eran asturianos: José y Consuelo.

Mi padre había nacido en Besullo, un pueblecito de montaña de Cangas del Narcea, y mi madre en Jove, que entonces quedaba cercano a Gijón y hoy está dentro de esa ciudad.

Desde inicios de siglo ya mi abuelo materno era un emigrante en Cuba; él viajó en busca de trabajo, primero solo y luego le acompañaron mi abuela y los cuatro hijos que tenían, entre ellos mi madre.

Aquí estuvieron unos años, pero unos años muy malos, viviendo en Bolondrón, un lugar de la provincia de Matanzas, trabajando con muchas dificultades, hasta que mi abuela enferma y todos regresan a Asturias. Allá es donde ella muere y quedan viviendo sus hijos, pero mi abuelo regresa aquí, a seguir siendo emigrante en Cuba.

Luego mi madre, estudiando Magisterio en Oviedo, conoció a mi padre, quien en las oposiciones para maestros obtiene la plaza para ese pueblecito de Villavaler, por eso se van a vivir allá los dos.

De manera que mis padres eran los maestros del pueblo donde yo nací, porque mi madre también hace las oposiciones y gana la plaza de maestra en esa misma escuela; él era el maestro de los varones y ella la maestra de las niñas.

Eso era algo muy importante, y la vida nuestra fue muy feliz en aquel lugar. Yo recuerdo que ocurrieron cosas muy interesantes en torno a la labor de mis padres, por ejemplo, la primera vez que vi cine en mi vida fue porque mi padre trae al pueblo un aparato de cine y proyecta la película: «Tiempos Modernos», de Charles Chaplin.

Lógicamente era una película muda, y mi madre era un poco la locutora que explicaba la película tal como iba sucediendo, podrías imaginar que a esas proyecciones no iban sólo los alumnos de su escuela, sino muchas de las personas de la población que asistían a este tipo de actividades culturales.

Por lo tanto, yo recuerdo todo aquello como una época muy feliz.

Mi padre era un hombre del Partido Izquierda Republicana en España, y luchó mucho por el triunfo del Frente Popular en 1936, a partir de lo cual nos trasladamos a Oviedo, al ser nombrado él como Inspector Jefe de primera enseñanza.

Mi madre estaba trabajando en unos tribunales de evaluación de maestros para ocupar cargas en la ampliación que se había estado haciendo y ahora tenían idea de seguir avanzando, que es todo lo que la República hizo en educación, llevando las escuelas a los últimos rincones del país.

Nuestra nueva casa estaba en un lugar llamado la Plaza de América, que para entonces quedaba en las afueras de Oviedo. Era un tercer piso de un edificio bastante nuevo que ya no existe, pues los bombardeos lo acabaron, y desde las ventanas de atrás, en la cocina, se veía el Monte Naranco.

Ese era un lugar muy bonito, muy acogedor; yo empecé en una escuela diferente en Oviedo, pues hasta entonces siempre había sido alumna de mi madre en su aula de niñas, y me pusieron en un tercer grado, algo adelantado para mi edad, pues debía haber estado en segundo y me dio algún trabajo al principio.

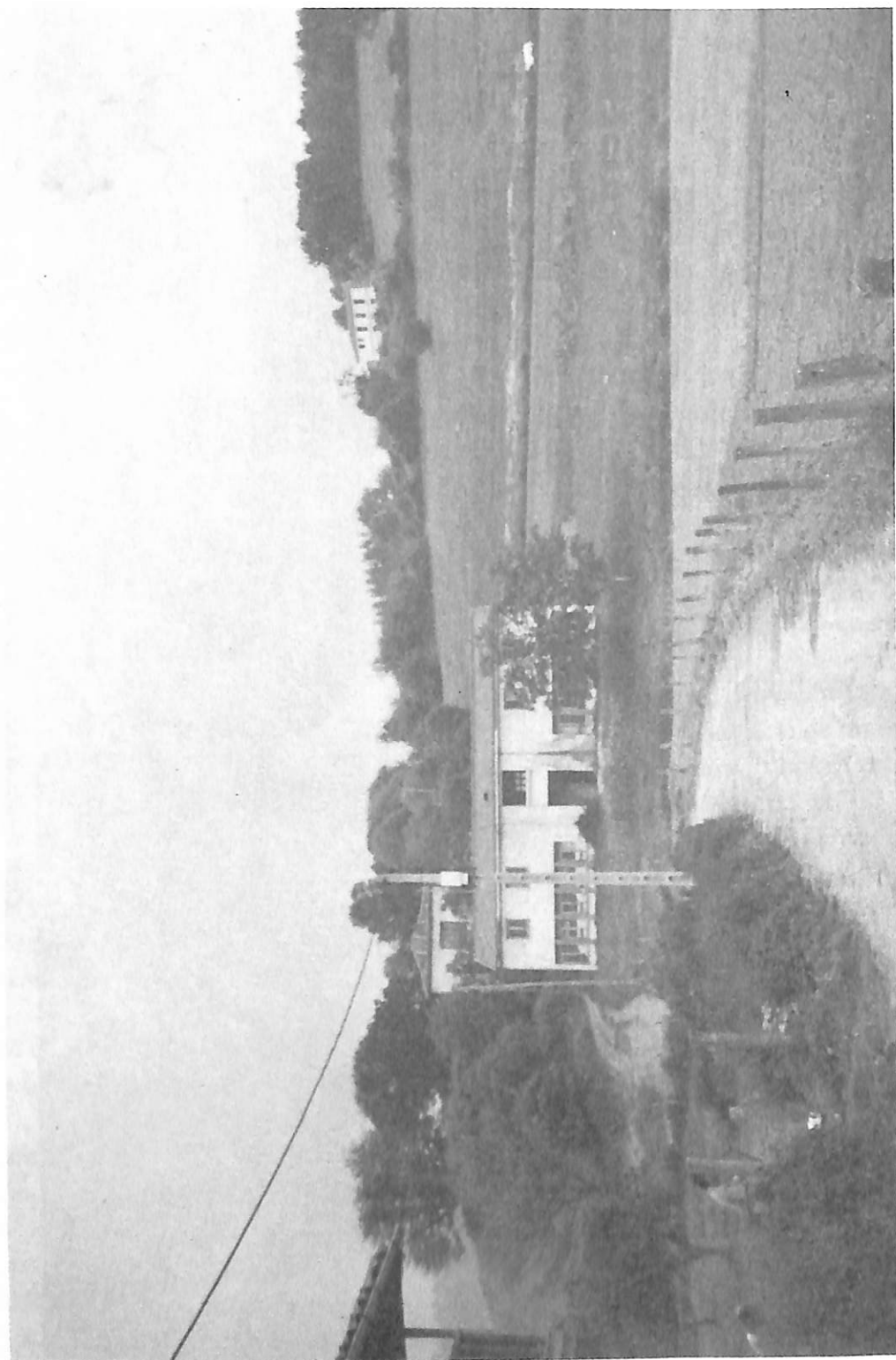
Como hija de maestros, ya desde los cuatro años sabía leer, en medio de ese ambiente familiar propicio a la lectura, aunque también creo que por la necesidad de entretenerme.

En julio ya estábamos de vacaciones de verano, el propio mes que comienza la guerra, y desde esa vista tan bonita que teníamos en casa lo que empezamos a ver en las afueras fue la guerra.

Primero habíamos ido a pasar una semana de vacaciones en Gijón, mi hermana y yo, pues de los hermanos de mi madre había dos que también eran maestros de escuela en Gijón, y allí estaba la playa, después mis tías vinieron a nuestra casa un tiempo.



En el precioso prado asturiano, por Pravia



Villavaler; al fondo, la casa escuela de mis padres

También casi todos los años íbamos al pueblo de mi abuelo, en Besullo, que es un lugar precioso en las montañas, sin carretera entonces, el viaje se hacía en caballos y en mulos, y allí se reunía un grupo de oriundos de ese pueblo que casi todos vivían fuera, entre ellos Alejandro Casona, que era el gran amigo de mi padre, y su hija, de mi edad, muy amiga mía.

Recuerdo que íbamos mucho de vacaciones a la pequeña casita que tenía mi abuelo paterno allí, cuánto jugábamos los niños por los montes y todo eso.

De las romerías, conocía mejor las de nuestro propio pueblo, en Villavaler, como una que le llamaban la fiesta de Loro, que era un lugar cercano a nuestra casa. Esos eran días encantadores, pues entonces mi madre llevaba la cesta con las meriendas, la famosa tortilla española, las empanadas y la sidra, y pasábamos el día en el campo.

Yo aún era niña, y lo que más nos gustaba no era bailar, como a los jóvenes que veíamos bailando entonces, sino ir hasta el arroyo a mojarnos los pies en el agua, ése era el encanto de nosotros los menores.

Aquella era una zona de pequeños agricultores, propietarios muy pequeños, que viven fundamentalmente de las frutas, sobre todo de la manzana para hacer sidra, así como del maíz y el trigo, y de las vacas para la leche.

Realmente viven aislados, como se puede ver en las fotos, es un campo, ese prado asturiano, verde, precioso, con una o dos casitas, luego otra, y así. Tiene su centro, con la iglesia y la escuela del poblado. Hoy en día no tiene escuela, la llevaron para Pravia por las facilidades de transporte, que permiten a los niños de esa zona ir hasta allá en minutos, ahora es la casa de la última maestra que quedó viviendo allí.

Así son los cambios ocurridos, en realidad es que han pasado muchos años.

Bueno, sí, recuerdo que había muchísimas fábulas, como las de los osos, porque el oso está muy presente en la vida de la gente. Pero a mí lo que más me impresionaba era la cacería de la zorra, porque en esa zona montañosa hay muchos zorros y además casi todo el mundo tenía cría de gallinas, incluso en mi casa, aunque era la escuela, creo que como resultado de mi nacimiento por todos los regalos de gallinas que nos hicieron también había una cría, con gallinero cerrado y todo.

Pues me impresionaba porque mi madre tenía una escopeta, y aprendió a tirar con la escopeta por si venía el zorro; desde las ventanas de la casa

podíamos ver la cacería del zorro, eran los campesinos cazándolos para que no llegaran más cerca, pues las zorras no sólo se llevaban las gallinas, sino también las ovejas pequeñas.

Así que se hablaba mucho de eso, siempre era el miedo con lo de los zorros, así como con los gitanos, que cuando pasaban casi que nos escondían, pues siempre se robaban algo, y les teníamos un poco de miedo.

En cambio, nos gustaba que nos contaran sobre los pastores, los niños pastores. Recuerdo una poesía preciosa, llamada *Mi vaquerillo*, que nos aprendimos y luego recitábamos de memoria:

*He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas
y en el valle tendió para ambos
el rapaz, su raquítime manta.*

Eso nos impresionaba y entonces nos hacían cuentos sobre los niños que cuidan las vaques, como dicen allá, y ese tipo de cosas. También están las historias de duendes y todo eso. Como amigos de Alejandro Casona, a él le gustaba mucho el tema de los duendes, y nos hacía muchos cuentos sobre ellos.

Todo eso complementado por la lectura, leíamos mucho, por el ambiente familiar en que crecimos, como te contaba.

En medio de esa vida en Asturias yo había oído hablar de Cuba mucho, por una razón, mi abuelo vivía aquí, y desde allá se le escribía por correos, siempre se mantuvo una estrecha relación entre mi madre y él.

Desde niños nosotros sabíamos del abuelito en Cuba, aunque a mi madre no le gustaba mucho recordar la etapa de su vida aquí; habían sido unos años difíciles, primero tuvo varios hermanitos que se le murieron en Cuba, de disenterías y esas epidemias de la época, y luego tuvo la enfermedad de su madre, siendo ella la mayor de sus hermanos.

De manera que el recuerdo de Cuba no era muy agradable para mi madre.

Aquí el abuelo era pailero, trabajaba para los centrales, en un taller de pailería para reparar centrales azucareros, después él tuvo su propio taller de pailería.

En nosotros nunca estuvo la idea de emigrar, o sea, el hecho del abuelo emigrante se aceptaba y se quería, pero nunca pensando seguir sus pasos.

Sólo algunas veces mamá nos decía: un día las voy a llevar a Cuba a que conozcan al abuelo.

Nosotros seguíamos nuestra vida en Asturias; por cierto que otro de los recuerdos que conservo de Oviedo es El Fontán, allí vivía una familia que era muy amiga de mis padres, ése es un lugar precioso, antiguo, al lado de la Biblioteca Municipal, en el viejo Oviedo, con una plazoleta a la que vienen todos los campesinos a vender sus productos.

Así, pasas por allí y está lleno de manzanas, peras, uvas, legumbres, berzas, y también flores. A mí me gustaba mucho ir a ese lugar, a mi madre le gustaba mucho comprar flores y también las frutas. Siempre íbamos caminando, bueno, Oviedo se camina todo, entonces y ahora, a pesar de lo que ha crecido.

Pero eso fue sólo unos meses, pues en julio de 1936 estalla la guerra civil, en Asturias fue el 19, no el 18, de ese mes, entonces Oviedo cae en manos del poder fascista, con el Coronel Aranda, y el resto de Asturias queda siendo republicano. De modo que la ciudad está sitiada por los republicanos, pero nosotros estamos dentro de Oviedo.

Desde que estalló la rebelión, inmediatamente, mi padre no regresó a casa, ya desde ese día nunca más lo vimos. No regresó a casa, escondiéndose en casas de varios amigos, pero luego fue denunciado y lo tomaron preso a los pocos días, en agosto, y lo llevaron a la cárcel, incomunicado.

Eso era algo común entonces, todas las personas de izquierda republicana, y que tenían algunos cargos así, los tomaron presos, inmediatamente los metieron en la cárcel de Oviedo.

El problema es que como Oviedo estaba sitiada todo se nos complica más, no sólo por estar mi padre en la cárcel y nosotras fuera, sino también por las escaseces que empiezan a ocurrir. No podría contarte jamás lo que significa estar sitiado, vivir dentro del sitio, fue una verdadera tragedia, una odisea.

Luego entraron los moros, la tropa mora que había introducido Franco en España, y son ellos los que van a hacer retroceder a los republicanos, cuando ya se abrió un corredor por Galicia y rompen el cerco republicano a Oviedo.

Como mi casa estaba en las afueras recibía muchos cañonazos, en el comedor había un boquete, por el que entraba el frío.

Pero así teníamos que seguir viviendo, sólo cuando venían los bombardeos y las sirenas anunciaban para bajar al sótano era que bajábamos todos

corriendo a refugiarnos. Recuerdo una vez que duró tres o cuatro días, a mí me pareció un siglo, sin que pudiéramos salir del sótano, fue una ofensiva muy grande de los republicanos, la última, porque después ya no tuvieron más municiones con que seguir.

En esta ocasión estuvimos varias familias hacinadas en un sótano en Oviedo, tratando de comer lo que se podía, mi madre buscando cosas que no había, ni comida, ni medicinas; mi abuelo paterno vivía con nosotros, era un hombre enfermo que necesitaba medicamentos y al no poderlos tomar fallece allí, en plena guerra, a fines de 1936.

Todo esto es el recuerdo más terrible que yo tengo de España, ese año de guerra.

Ya en el mes de diciembre, con la salida que había por el corredor hacia Galicia, comienzan a sacar los presos de la cárcel de Oviedo y a llevarlos hacia la retaguardia, como decían, pero la mayoría de ellos nunca llegó a ningún lugar. Fuera en el monte o en el mar, los ametrallaban; ese fue el final de mucha gente, y todo parece indicar que mi padre fue uno de ellos.

Lo último que supimos de él es que se lo llevaron de Oviedo en un omnibus un día de diciembre, y a partir de ahí ninguna noticia más. Nunca más se supo de él.

Así es que la guerra seguía y mi madre ya no tenía cómo saber de él, por mucho que indagaba.

Ella, aunque no militaba en ningún partido político, también era una mujer de izquierda, y republicana, por lo que la llevaron algunas veces a la estación de policía, y nosotros notábamos la angustia de mi tía cuidándonos mientras mi madre no regresaba.

Fueron momentos muy difíciles hasta que por fin mi abuelo en Cuba empezó a contactar, a través del Consulado cubano en Lugo, con mi madre y sus otras dos hijas para sacarnos de allá.

De inicio mi madre no quería salir de Asturias, en absoluto, pues primero estaba la búsqueda de mi padre y en esa búsqueda ella se mantuvo, no quería abandonarla, pero sucede que varias personas, entre ellas un militar fascista, le aconsejaron que saliera de España, porque si a sus hijos les faltaba el padre podría también faltarles la madre; como había tantos huérfanos de la guerra.

Eso fue lo que la decidió a aceptar salir de allí. Venir de momento a Cuba hasta ver qué pasaba en España. Finalmente, a través del Consulado recibimos los pasajes pagados por el abuelo, quien lo costeó todo con tre-

mendo sacrificio, pues éramos siete personas, mi madre con sus dos hermanas y los cuatro niños, todos por la misma vía.

Bueno, yo creo que esa es la parte de la que menos quisiera hablar, la ciudad en guerra, con los bombardeos, el pasar por el Campo San Francisco cogida de la mano por mi tía y decirme: apúrate, apúrate, que hay dos muertos en el camino.

Fueron momentos realmente muy difíciles, sacaban a la gente a la fuerza, sobre todo cuando se rompió el cerco republicano, antes de eso la represión existía pero no tanto como cuando ya vieron posibilidades de triunfo, entonces sí fue una represión espantosa.

El miedo a las bombas llegó a hacérsenos familiar, ya no nos apurábamos en bajar, lo que sí no queríamos era dejar la comida, parece que el hambre fue una de las cosas que más afectó, así que estábamos comiendo y si venía un bombardeo primero cogíamos toda la comida antes de bajar, pero eso de salir corriendo y dejar comida, no.

Una de las veces que entraron los moros nos quitaron la casa, como quedaba en las afueras y desde allí se veía el Monte Naranco, tuvimos que irnos, salimos de madrugada para El Fontán, para la casa de esos amigos nuestros.

Como hizo casi todo el mundo, aunque no tuviera dónde ir, porque había que refugiarse más adentro, más al corazón de la ciudad.

Cuando dejamos atrás todo eso y llegamos a La Coruña, la ciudad nos pareció de ensueño, de otro mundo, diferente; pero por una sencilla razón: allí no había guerra.

Allí encontramos hasta parques infantiles y nos llevaron a un parque de diversiones; para un niño después de un año de guerra aquello parecía un sueño.

Pasamos una semana allí, esperando el trámite para que nos aceptaran entrar por Portugal, pues teníamos que ir a Lisboa a coger el barco. Fuimos por tren y cruzamos la frontera de Galicia con Portugal.

En Lisboa también teníamos que esperar una semana para que saliera el barco, esa fue otra semana muy agradable.

Me gustó la ciudad, llena de escaleras que dan al mar; a los tranvías les tiraban con unos cables muy fuertes, para que subieran, pues todo es muy montañoso.

Claro que eso era agradable para nosotros, los niños, pero para mi madre era una angustia, la angustia de dejar aquello y la angustia de no saber

más de mi padre, a ella sólo le han dado un papel donde se lee que mi padre es desaparecido, esa era la forma legal para poder sacar de España a sus hijos sin la autorización del padre, y ya con ese papel vivimos durante muchísimos años.

El barco era un trasatlántico alemán muy bonito, el Orinoco, que tenía piscina, teatro, de todo, pero para primera clase, nosotros veníamos en tercera y los de tercera no teníamos derecho a ir allí; pero lo veíamos algunas veces, asomados en cubierta veíamos desde lejos la pantalla de cine, la gente en los bailes, venían muchos alemanes, muchos europeos, huyendo del peligro de la posible guerra.

Salimos el 31 de julio y llegamos el 11 de agosto de 1937, en una travesía directa, sin ninguna escala, entrando a la bahía de La Habana de día. El viaje había sido bastante accidentado por el oleaje y los mareos, como además veníamos siete personas en un camarote, no fue en nada agradable ese viaje.

Pero, bueno, traíamos una esperanza, y mi madre siempre nos decía: verán que van a ver el morro, van a conocer el morro de La Habana, pero en Asturias, como tú sabes, el morro es el hocico de las vacas, mis hermanos y yo nos preguntábamos cómo es que íbamos a ver el hocico de una vaca.

Nos vistieron y arreglaron muy bien, subimos a cubierta, desde donde ya se veía la ciudad, preciosa ciudad; durante la entrada en la bahía estábamos mi madre, mi tía y nosotros, todos, cogidos de las manos.

Fue muy bonito y muy nuevo, muy sorprendente todo, pero llegamos en agosto y hacía un calor tan fuerte, y aunque mi madre lo sabía, nos había hecho unos vestiditos de mangas cortas pero de una tela española, así que cada vez sentíamos más calor y todo nos pareció muy sofocante.

En el muelle nos esperaba el abuelo, con otros hijos de su segundo matrimonio, pues él estaba casado de nuevo en Cuba.

De momento me pareció muy extraño ver a algunas personas que pasaban cargando bultos, unos hombres altos y negros, y como nunca habíamos visto un negro enseguida le pregunté a mi madre.

Después fuimos a casa del abuelo, aquí en La Habana, donde nos recibieron en medio de llantos y alegrías. Nos habían hecho una comida típica criolla que no me gustó nada, aquellos frijoles negros, el arroz blanco insípido, plátanos maduros fritos que me parecían una cosa llena de grasa, aguacates, pues nada me gustó, salvo la carne de cerdo que se parecía a la que



Carné de asociada al Centro Asturiano de La Habana, 1942



«Asturias, patria querida»; en la Federación Asturiana, 1996



*Conversatorio en la Federación de Asociaciones Asturianas de Cuba.
La Habana, 1992*

comíamos en Asturias, sin embargo, hoy toda esa comida me encanta, pues me fui aplatanando muy rápido.

Vivíamos en casa del abuelo, y mi madre con mucho esfuerzo logró, bastante tiempo después, que le diesen trabajo en la Embajada de España en La Habana, donde estuvo hasta que terminó la guerra en 1939.

Tras fallecer la esposa del abuelo nos mudamos de esa casa a otra, en Santa Catalina, y esa fue también una casa-escuela. Mi madre no podía poner escuela por ser española, pero su hermana sí, por haber nacido en Cuba, y en esa escuela fue donde yo hice el resto de la primaria, se llamaba Rabindranath Tagore, el poeta indio.

Terminada la guerra en 1939, año difícilísimo en Cuba, con una crisis tremenda, tenemos que irnos para otra casa, donde se pague menos alquiler, y más cerca del trabajo del abuelo porque el transporte se había puesto muy malo.

Mis hermanos mayores estudiaron en el Centro Asturiano, en el Plantel «Jovellanos», pero las pequeñas no, pues no podíamos trasladarnos como ellos, que iban y regresaban solos en el omnibus.

En el Centro Asturiano yo fui a estudiar piano, como una de esas cosas de adolescente, pero al no tener piano en mi casa y costar tanto trabajo buscar el lugar para practicar, tuve que dejarlo.

Todos nosotros éramos socios del Centro Asturiano, desde que llegamos a Cuba no, pues no permitían aún a mujeres y nos hicimos socias de Hijas de Galicia, pero más tarde, cuando permiten a las mujeres, sí nos asociamos, en 1942, como puedes ver en este carné que aún guardo, desde los 13 años.

Ibamos a las romerías, siempre que el Centro Asturiano hacía esas fiestas de verano, y luego, ya joven, recuerdo que iba con el abuelo a los bailes de La Tropical, manteniendo esa relación con la colonia asturiana iniciada por mi abuelo desde su llegada a Cuba.

Luego vino una época más difícil, pues mi madre enferma y eso hizo la situación más precaria para todos nosotros. No obstante, ella siempre quiso que estudiáramos, y todos nosotros nos mantuvimos estudiando a pesar de las dificultades.

Por ejemplo, tuve que dejar el instituto de día y hacer las tareas de la casa en ese horario, matriculando en el Instituto de La Habana por la noche.

Mis hermanos mayores terminaron el Bachillerato, pero yo no, pues entonces me enamoro de un joven del mismo instituto y nos casamos muy

temprano. El es cubano, descendiente de asturianos y canarios, se llama Ramón Martín. Tenía un pequeño establecimiento en el Mercado Unico de La Habana y una casa de comercio de artículos electrodomésticos, luego pasa a trabajar al Instituto Nacional de Reforma Agraria desde su creación, y finalmente a Comercio Exterior.

Nos casamos en 1948, yo tenía 19 años, y hacía uno que había muerto ni madre. La vida cambió totalmente para mí al casarme y comenzar a tener hijos al año siguiente, 1949, y después en 1950, 1951, 1954 y 1958, tres varones primero y dos muchachas después.

Cuando llega el año 1959, y se produce el cambio social tan grande que tiene Cuba con el triunfo de la revolución, ya yo era maestra, desde hacía un año, en la escuela donde estudiaban mis hijos, que era la escuela privada de una cuñada mía.

Entonces volví al Instituto de La Habana por las noches y matriculé las asignaturas que me quedaban para terminar el quinto año, pero no de Ciencias, sino de Letras, pues ahora sí que con cinco hijos no podía cumplir mi propósito inicial de estudiar Medicina.

En 1960 terminé el Bachillerato, y mientras me mantenía dando clases en aquella escuela, llamada Instituto Martín.

En 1961, que es el año de la alfabetización, me citaron por el Ministerio de Educación, ya que al nacionalizarse la enseñanza a los maestros de las escuelas privadas que tuvieran el título de Bachiller se les propuso prepararse para ser profesores de secundaria.

Yo acepté el curso y por ese me quedé alfabetizando en la ciudad, ahí fue cuando pasé al área de historia, y me asignan a una secundaria básica cerca de mi casa, llamada José María Heredia, en Santos Suárez, al inicio el nuevo curso escolar de 1962 y posteriormente paso al Pre-Universitario de La Víbora.

Ese mismo año se abrió la nueva Escuela de Historia en la Universidad de La Habana, y matriculé la Licenciatura en Historia al tener el título de Bachiller e impartirse las clases por las mañanas, diariamente.

Así que recibía esas clases de 8 a 12 de la mañana, regresaba corriendo a la casa, pues entonces no había semiinternado y los niños almorzaban en casa, después los mayores se iban conmigo a la misma secundaria donde yo trabajaba, los otros a la primaria que había en los bajos de esa escuela y la pequeña quedaba con la abuela.

De noche estudiaba las asignaturas de la carrera, con ese ritmo hice los cuatro años de la Licenciatura en Historia, que terminé en 1966, aquí mismo, en el edificio Dihigo.

Entonces la Escuela de Historia tenía un grupo de profesores muy bueno, pero necesitaba ampliar el claustro, y empiezan a quedarse con estudiantes de los últimos años, a quienes llamaban instructores, no graduados. Desde 1964, cuando empecé el tercer año, me contrataron como tal para dar clases en esta Facultad de la Universidad.

Al mismo tiempo yo era inspectora del Ministerio de Educación y no impartía clases a alumnos, trabajaba como inspectora de Historia en la provincia de La Habana.

Estuve simultaneando las tres cosas: mi trabajo en Educación, el estudio de la Licenciatura y la impartición de clases en la Universidad, con lo que eso representa para todo el que tiene que enfrentarse a un alumnado de más nivel.

Ahora yo no sabría decirte cómo lo logré hacer, con cinco hijos, creo que fue a base de varios elementos: un espíritu de superación que nos habíamos inculcado desde la vida de mis padres, con su ejemplo, siempre habíamos tenido ese espíritu de estudio, de lectura, que mantuve hasta cuando estaba criando a mis hijos y les leía libros de Literatura; y sumado a eso, mis deseos de superación, que me hizo dedicar muchas madrugadas a estudiar.

Fue un esfuerzo, pero un esfuerzo agradable, la palabra sacrificio no es la que corresponde, sacrificio es cuando hay que hacer algo que no se desea, mientras que yo disfruté mucho el estudio.

Así sobreviví a aquella prueba y, en 1966, una profesora hispano-soviética se va de la Universidad al terminar su estancia en Cuba, y me piden que la sustituya.

Ella impartía, entre otras asignaturas, Historia de España, y yo me estaba formando como profesora de Historia Contemporánea, por eso es que desde 1966 hasta la fecha, hace ya treinta años, me dediqué de lleno a estudiar historia de España.

Yo pienso que esto me ha ayudado a mí muchísimo, trabajar con la historia de España me ha mantenido muy unida a mis raíces, a mis raíces españolas que nunca he dejado, y que he tratado de transmitir a mis hijos y hasta a mis nietos.

Ellos son cubanos, pero sienten ese amor hacia España y conocen mucho de su historia, de sus pueblos, porque es el ámbito familiar de nuestro origen. A pesar de la distancia, pues la primera vez que volví a España fue en 1982, cuarenta y cinco años después de haber salido de Asturias por causa de la guerra.

Llegué el 29 de octubre, justo al día siguiente del triunfo del Partido Socialista, las elecciones habían sido el 28 y aún estaba la euforia por este triunfo.

Fui por motivos de trabajo, por convenio con la Universidad Complutense de Madrid, pero lógicamente no era posible que yo estuviera en España sin ir a Asturias.

Me invitaron a dar unas conferencias en la Universidad de Oviedo y así se produjo el reencuentro con mi tierra natal.

Recuerdo que caminé por el Campo San Francisco, me parecía más pequeño de como yo lo recordaba, fue algo muy emocionante lo que yo sentí.

Salí sola por la mañana para caminar por Oviedo, rememorando cosas que yo tenía como dormidas y de pronto las encontraba otra vez.

Al día siguiente de la conferencia llegué hasta Villavaler. Allí encontré personas conocidas, sino familiares directos, sí afectivos, como dos hermanas que nos habían bautizado a mi hermana y a mí, por lo que me reencontré con mi madrina después de tantísimos años.

Y personas que habían sido alumnas de mis padres y aún les recordaban. Todo fue muy emocionante. Volví al lugar donde nací, vi la escuela, caminé por todos aquellos lugares, hasta por el caminito que llevaba del poblado a la casa de mis padres, que estaba bordeado por unos arbustos que eran moras, y ésa fue la gran sorpresa, cuando empecé a caminar por allí y encontré los mismos arbustos de entonces, tan pequeños ahora, aunque por ser invierno no las puede probar de nuevo.

Hacía mucho frío, no recordaba un frío tan grande así, y muy húmedo, con esa llovizna leve que no se siente pero te moja, el orbayo; pero con un calor humano muy fuerte en todas las casas que estuve.

Después volví en 1985, y luego en 1992, año que tuve más tiempo, pues estaba en la propia Universidad de Oviedo y pude ir varios domingos a Villavaler. En esa ocasión trabajé en el libro que hicimos entre esa Universidad y la de La Habana, «Asturias y Cuba en torno al 98», pienso que fue muy buena la publicación de este libro conjunto, por la Editorial Labor, de Barcelona, con trabajos de autores asturianos y cubanos, donde se refleja



*En la escalinata de la Universidad,
al término de esta entrevista con Aurelio*



De visita a la casa donde nació, 1992

que la relación entre Asturias y Cuba ha sido muy fuerte siempre, ya lo era a fines del pasado siglo e inicios de éste, y lo sigue siendo hasta el presente.

También en ese viaje pude indagar sobre el destino de mi padre.

Era de esperar que hubiera muerto, pero no sabíamos cómo había sido. Entonces pude hablar personalmente con un señor asturiano, jubilado del Magisterio, quien empezó a buscar algunas informaciones de todos aquellos maestros que habían sido víctimas del franquismo.

Ya mi hermana, desde México, le había enviado el nombre de nuestro padre, pero entonces yo conozco en Asturias a este señor y dos años después, a fines de 1994, me envía la lista con todos los nombres y entre ellos el de mi padre, Inspector Jefe de Segunda Enseñanza, que había sido ultimado junto con otros hombres en la Concha de Artedo, donde los habían tirado al mar.

Hasta ese lugar llegué, queda cerca de Cudillero. También fui a la cárcel de Oviedo, pero lo único que aparece allí es la fecha de entrada y salida de él, sin más información.

Así fue que supimos, tantos años después, cómo había muerto mi padre.

Mi madre murió sin saber cómo había terminado él, durante los primeros años mantuvo la esperanza de que estuviera en otra cárcel, pero después de terminarse la segunda guerra mundial ya no había más esperanza, y fue cuando dejamos definitivamente la idea del regreso, antes no, el emigrante siempre mantiene el sueño del regreso, nunca he conocido a un emigrante que no tenga en el subconsciente la idea del regreso, en la mente el deseo de buscar el terruño otra vez.

Prueba de eso es que los emigrantes no sólo buscaban regresar físicamente, sino que desde América ayudaron mucho a mejorar las condiciones de sus regiones de origen de España, existiendo tantas escuelas y otras obras construidas allá con el dinero que enviaban, individual o colectivamente, desde aquí.

Pero en nuestro caso se hizo prácticamente imposible regresar tras el respaldo que las potencias occidentales, con Inglaterra al frente, le dieron al régimen de Franco. No obstante, hasta que murió, mamá siempre nos decía: si no puedo regresar yo, regresen ustedes.

El asentamiento fue a partir de aquel momento, hasta entonces nos sentíamos extranjeros aquí, después no, y te puedo decir que hoy me siento cubana, tanto como asturiana.

Aquí he tenido todo el desarrollo de mi vida, quiero a Cuba y me gusta este país, sin dejar de querer a Asturias y añorar el lugar donde nací y donde mis padres cumplieron una función. Eso es lo que nos une como familia, a nosotros nos une Villavaler.

Tres de mis hijos han tenido la oportunidad de llegar hasta allí, y fue una experiencia realmente muy curiosa, una sensación de pertenencia, a pesar de ser cubanos convencidos.

El tercero de los varones, que se parece mucho a mi padre, se sorprendió al ver que algunos vecinos del pueblo le encontraban ese parecido físico a su abuelo, al que siguen recordando como el maestro.

Es un sentimiento muy hermoso, que trato de prolongar hacia los nietos. En casa tengo un mapa de España que me sirve de apoyo cuando converso con ellos, y les muestro la forma en que está compuesto el país, los hechos históricos de más interés para su edad, enlazando eso con nuestro origen y los principios que han regido en la familia desde mis padres.

Porque uno nace en un lugar, crece, se educa en un país y eso es muy importante, por lo tanto, creo que los descendientes de emigrantes españoles en Cuba tienen que ser cubanos en primer lugar; cubanos son, pero sucede que la raíz española de su familia y su sociedad tira mucho.

Por eso, lo que yo les diría es que hay que ser capaz de querer a los dos lugares, como me sucede a mí, porque yo quiero a los dos países, y mis hijos igual.

Hay que saber compartir ese amor por las dos tierras, que casi son las dos caras de una misma moneda: España y Cuba.

Estas consideraciones que te expreso, desde el punto de vista personal, tienen su contrapartida en el plano profesional, pues a lo largo de estas tres décadas que llevo de profesora de Historia de España en la Universidad de La Habana he tenido la posibilidad de profundizar en la realidad de ambos países, unidos en lo que llamamos Nuestra Común Historia.

Sobre las obras que me preguntas, he publicado los siguientes títulos en los últimos años: *Cuba y España 1868-1898. Revolución burguesa y relaciones coloniales*; *La guerra de independencia de Cuba en el Sexenio Democrático*; *La España que vino a América*; *Significación histórica del Medio Milenio*; *Los indianos: su incidencia en la economía peninsular y en la política colonial*; *Asturias y Cuba en torno al 98. Ruptura y continuidad*; *España contemporánea. Segunda república y guerra civil*; *La presencia española en Cuba después del 98*.

Entre otros trabajos que tengo publicados en Cuba y España, así como diversas conferencias impartidas en universidades de ambos países, participación en eventos científicos, etc.

Bueno, me sorprendes con esta última pregunta, pues es muy difícil hacer uno el balance de su propia vida. Yo creo que la he vivido intensamente, tanto en España como en Cuba. Creo que eso es lo más importante, porque siempre puedes recordar cuando vives intensamente, cuando se trata de ser útil, pero no en el sentido utilitario, material, sino en el sentido emotivo, moral, a una familia, a la sociedad en que se vive.

Y en eso puedo decirte que me siento muy bien. Realizada con mi familia y mi trabajo en Cuba, a la vez que no dejo nunca de tener muchos deseos de ir a Asturias.

La Habana, octubre 1995

CIRILO ANGEL GONZALEZ FERNANDEZ

QUIROS

Mi nombre completo es Cirilo Angel González Fernández, y puedo anticiparte que en mi experiencia como emigrante asturiano existe un hecho singular: yo he emigrado a Cuba dos veces.

La primera ocasión fue con 18 meses de nacido, en el barco Reina María Cristina, por lo que sólo tengo idea de cómo fueron las cosas gracias a lo que me contaban mis padres, de niño.

El segundo viaje sí lo recuerdo totalmente, al ya contar con 9 años de edad, vinimos en el barco francés La Navarre, y costó mucho trabajo traerme, pues yo quería quedarme con mi abuelo, allá en la aldea.

Las causas por las que mi familia siguió ese camino, la forma en que nos desenvolvimos en La Habana, mi vuelta a Asturias por más de un año junto a mi madre, el viaje definitivo de 1914, entre otras cosas que puedan interesarte, será para mí un gusto poderlas recordar en esta ocasión; cuando la trayectoria de mi vida se acerca a los 90 años, algo fácil de decir pero a veces me parece bastante el tiempo que he durado.

Yo nací el 6 de octubre de 1905, en la aldea de Fresnedo, Concejo de Quirós, Asturias; muy cerca del pueblo de mi familia paterna, en Casares.

Mi abuelo, como otros parientes y antepasados, también era de por allá, y tenía algunas posesiones de fincas y ganado, por lo que mi padre no era ningún pobretón que digamos. De modo que cuando pienso en las causas que pudieron influir para que él quisiera emigrar, sin tener necesidad imperiosa de hacerlo como muchos otros, creo que sería como un anhelo.

Tiene que haber sido algo así, pues mi abuelo hasta le pagó la licencia absoluta a mi padre para que no tuviera que pasar el servicio militar en Marruecos, librándolo de una de las causas principales para emigrar de España entonces.

Precisamente en estos días mi hermana, que vive muy cerca de aquí, encontró el documento de esa licencia y lo estuve revisando con detenimiento a la vez que meditaba sobre todas estas cosas.

Recuerdo cuando papá me contaba que el esposo de su madrina, un francés que era ingeniero en la misma fundición donde él trabajaba, en Quirós, decidió emigrar a Argentina y le fue muy bien. Parece que, a partir de ahí, él también consideró la posibilidad de partir, pero antes de embarcar llegó un pariente que venía de Cuba y le convenció que si iba a emigrar lo hiciera mejor hacia la Isla.

Fue de esa forma que él, Manuel González Arias, viaja a Cuba en 1906, siguiendo la fuerte corriente migratoria de España hacia América, en la que Asturias y La Habana eran dos extremos relevantes, entre los cuales Quirós no quiso ser menos.

Como yo había nacido pocos meses antes de su partida, mi madre quedó en casa conmigo hasta que mi padre nos mandara a buscar, lo que sucedió al año siguiente, en 1907.

Ya instalados los tres en La Habana, mi madre, llamada Teresa Fernández, quedó embarazada, pero no se sentía bien de salud, y el médico que la atendía le sugirió que la mejor medicina que podría tomar en esas condiciones era un viaje a Asturias. Así lo hizo ella, acompañada de mí, con lo cual tuve la oportunidad de conocer mi medio natural, del que había salido con tan corta edad.

Como verás, fue un período de más de un año, y yo era un muchacho entre 8 y 9 años ya, que es cuando se descubre la vida y de allí es que guardo mis mejores recuerdos de Asturias. En mi mente conservo los aspectos generales de la vida en esa época, y muchos detalles de mi familia, la escuela, amistades, etc.

La primera impresión que puedo transmitirte es que allá todo era muy tranquilo, muy sosegado, por lo general la gente se dedicaba a criar los animales y a sembrar los alimentos para la casa; también vendían reses, así cuando tenían un torete de esos en condiciones lo llevaban a la Feria y lo vendían, bastante caro, por cierto, y con ese dinero se vestían y calzaban.

Muchas veces acompañaba a mi abuelo, si yo no tenía clases, cuando él iba a esos encargos, pues como no había más muchachos en la casa él

siempre me llevaba a donde fuera, andábamos juntos él y yo por todo aquello, así lo mismo íbamos a sacar las vacas en verano, que yo le ayudaba a regar la hierba recién cortada para que se secara más rápido y él luego la cargaba en un carrito hasta el pajar.

Pero era sólo las veces que yo no estaba en el colegio, pues todo ese tiempo en Quirós asistí al aula del maestro que entonces le decíamos Tío Genaro, era un maestro muy bueno, por cierto que una hija de él, Gloria, fue quien me entregó un Diploma de fin de curso y ahora, en el viaje de 1992, tras setenta años sin vernos, volvimos a encontrarnos, resultó algo muy grato visitarla en su casa, aunque no pude despedirme de ella antes de regresar a Cuba.

También recuerdo nítidamente las fiestas, una de las más importantes en Quirós es la que se celebra el día de la Virgen de Alba, desde temprano todos los vecinos se movilizan hacia una montaña donde está la iglesia, para ir a misa primero.

Luego comienzan los bailes y cantes tradicionales, que no sólo ocurrían en días así, siendo frecuente que la juventud de entonces se embullaba y hacía como una fiesta espontáneamente, recuerdo bien cómo a veces llamaban a un tío mío, Don Manuel, que era gaitero y se ponía a tocar debajo de un hórreo, para «esparcinos» le decían, también se amenizaba con música de acordeón.

Casualmente las dos veces que he estado en Asturias por las fechas de la Virgen de Alba no he podido subir a la montaña con los demás, primero por tener unos ocho años en la casa creyeron que me iba a cansar y no me dejaron, después, teniendo más de ochenta, me aplicaron la misma razón y tampoco pude subir.

Entonces iba a la misa en la parroquia de Casares, el pueblo de mi padre, que, con unas 19 casas, tiene su iglesia, como resulta normal en las aldeas de Asturias y toda España, por ser un pueblo muy religioso históricamente.

Otra celebración muy importante es la de San Melchor, que es el último domingo de agosto, en honor al primer santo asturiano, quien fue canonizado por el Papa Juan Pablo II en 1988, tras más de un siglo de su nacimiento, en el pueblo de Cortes, el año de 1821.

En cuanto a la alimentación, en nuestra casa se comía mucho a base de potajes, verduras y frutas, aún retengo el sabor de los albelios, que aquí les llaman chícharos, así como las coles, los pimientos y los tomates, aparte de una variedad completa de frutas.

La sidra nunca faltaba, pues se hacía en las propias casas, como había muchos manzanares; la preparación era en unos toneles donde se dejaba la fruta un tiempo hasta que estuviera lista; recientemente pude tomarla de nuevo, en casa de un primo mío, comprobando que es una de las pocas cosas que todavía se hacen artesanalmente en Quirós, donde ahora casi todo se adquiere a domicilio, mediante las distribuidoras que llegan a todos los pueblos.

Por estas cosas que te cuento, y la belleza de la naturaleza asturiana, que en el caso de Quirós se presenta en forma de valle rodeado totalmente por montañas cuyas laderas muestran desde la fría cima de piedra, descendiendo por toda una gama de verdes hasta llegar a las aguas más tranquilas, es que podrás comprender cómo fue que me resistía a la idea de dejar aquella vida.

Realmente nuestro Concejo es un lugar muy bonito, y más para mí que soy amante de las bellezas naturales. Me parece estar viendo cómo iba temprano al establo y allí mi abuelo me daba leche acabada de ordeñar; pero en lugar de seguir recordando esas cosas, te diré que en casa acabamos escribiendo a mi padre en Cuba para pedirle autorización y yo poder quedar con el abuelo cuando regresan a Cuba mi madre y mi hermana Carmen, que nació en Asturias durante ese año.

Pero él no aceptó, por ser yo el hermano varón mayor que se requiere para ayudar en el sustento familiar y tuve que emprender nuevamente el viaje a La Habana, esa vez de forma definitiva.

Sólo 78 años después fue que tuve la magnífica oportunidad de participar en la Operación Añoranza a Asturias, gracias a la invitación que me hizo el Ayuntamiento de Quirós, cuyo Alcalde, Agustín Farpón, me ha tratado a mí como lo haría un hijo con un padre, pero de eso te hablaré más adelante.

Primero debo remontarme a algunas cosas ocurridas entre las dos fechas de esos viajes a Asturias: 1914 y 1992.

Tras la reunificación de mis padres en Cuba, nuestra familia terminó de completarse, llegando a ser siete hermanos nosotros: Aurora, Blanca, Inés, Carmen, María Luisa, Manuel y yo, estando todos vivos hoy en día.

En mi caso, como hijo varón, no tardé en comenzar a trabajar, desde los 12 hasta los 16 años en el comercio, como ayudante en una bodega de Lawton, que era de mis tíos, quirosanos también.

A partir de esa edad decidí que debía aprender el oficio de mi padre. El había empezado en Cuba picando piedras en la cantera de Camoa, luego continuó desarrollándose en la construcción hasta llegar a hacerse contratista, camino seguido por mí desde el año 1921 hasta el 1973, en que me jubilé con 67 años de edad y 51 en ese giro.



Compartiendo una fabada casera, con Agustín Farpón, Alcalde de Quirós, y mi familia, en Cuba, 1993



Uno de los edificios en cuya construcción trabajé: Hotel Nacional

De esa forma logré mi independencia económica y pude llegar a construir esta casa, donde vivimos desde finales de los años cuarenta, siendo frecuente que la gente celebre su diseño, que aún resulta moderno, sin imaginar que hasta los ladrillos fueron hechos por mí, de diez en diez, en una maquinita pequeña, pues era una época un poco dura.

Por otra parte, en mi vida de constructor tuve ocasión de trabajar en la edificación de obras monumentales de La Habana, como son el Capitolio Nacional, en la década de los años veinte, y el Hotel Nacional, a inicios de los cuarenta, que son un verdadero orgullo de la capital cubana, no sólo en el sentido arquitectónico sino también social e histórico.

Del Capitolio la parte que más trabajé fue en la construcción de los salones de la Cámara y el Senado, y del Hotel Nacional sus torres, bajo un sol y un salitre cuyas huellas en la piel todavía me duran.

Tus preguntas sobre las sociedades de emigrantes las puedo responder ampliamente, no sólo con mis palabras, sino también con numerosas fotografías que conservo, desde las más antiguas hasta otras más recientes, como verás.

Primero son estas imágenes de las principales actividades desarrolladas por la Sociedad «Unión de Teverga, Proaza y Quirós» a la que estábamos asociados todos en esta casa, como era costumbre para la mayoría de la colonia emigrante», hacerse miembro de la Sociedad correspondiente a su comarca o concejo de origen en España.

En nuestro caso éramos un grupo numeroso de emigrantes, entre parientes y conocidos, quienes integrábamos la Unión, cuyo reglamento puedes leer en este folleto.

REGLAMENTO DE LA SOCIEDAD: UNION DE TEVERGA, PROAZA Y QUIROS

1974

CAPITULO I

«Art. 1.— Se constituye en La Habana, una Sociedad denominada la “UNION DE TEVERGA, PROAZA Y QUIROS”, que usará como sello oficial, los escudos de los tres Concejos de Teverga, Proaza y Quirós de Asturias, España. Fijará su domicilio legal y social en Corrales nº 64, bajos, en esta ciudad de La Habana.

Sus principales propósitos son:

A) Fomentar y conservar la Unión y la confraternidad de todos los hijos de los Concejos de Tevera, Proaza y Quirós, residentes en Cuba y de cuantos sin serlo simpaticen con los fines que ésta practica, cooperando al sostenimiento de la misma.

B) Estimular las relaciones fraternales con las autoridades y vecinos de Teverga, Proaza y Quirós.

C) Practicar la protección a los socios y socias de la Unión, cuando lo necesitare, y a todos los naturales de Teverga, Proaza y Quirós no socios, cuando el tesoro social lo permita y así lo acuerden la Junta Directiva o la Junta General.

D) Celebrar fiestas de expansión y recreo para los socios de la Unión y sus familiares.

E) Popularizar, divulgar, enaltecer el nombre de Teverga, Proaza y Quirós, de Asturias y de España.»

Actualmente resulta que el único «sobreviviente» que queda en la Sociedad siendo natural de Quirós soy yo, mientras se amplía el número de descendientes y cubanos asociados a la misma.

Estas fotos son de los banquetes que la Unión de Teverga, Proaza y Quirós celebraba todos los años en los salones de La Polar, donde siempre iba a amenizar con su música el Gaiterín, natural de Proaza.

Desde pequeño yo iba a todas esas fiestas con mis padres y hermanos, a los que puedes ver aquí disfrutando la comida que se ofrecía, en parte típica asturiana y en parte criolla cubana.

Otra parte importante del quehacer de la Unión eran sus dos Comisiones permanentes, una de Beneficencia y otra de Recreo y Propaganda, cuyas tareas eran actividades del mayor interés para todos los asociados.

Hay otras fotografías interesantes por tratarse de la fecha en que fue terminado el Panteón que la Sociedad construyó en el Cementerio de Colón, acto en el que aparecen diversos asociados, entre ellos yo, junto a otros quirosanos.

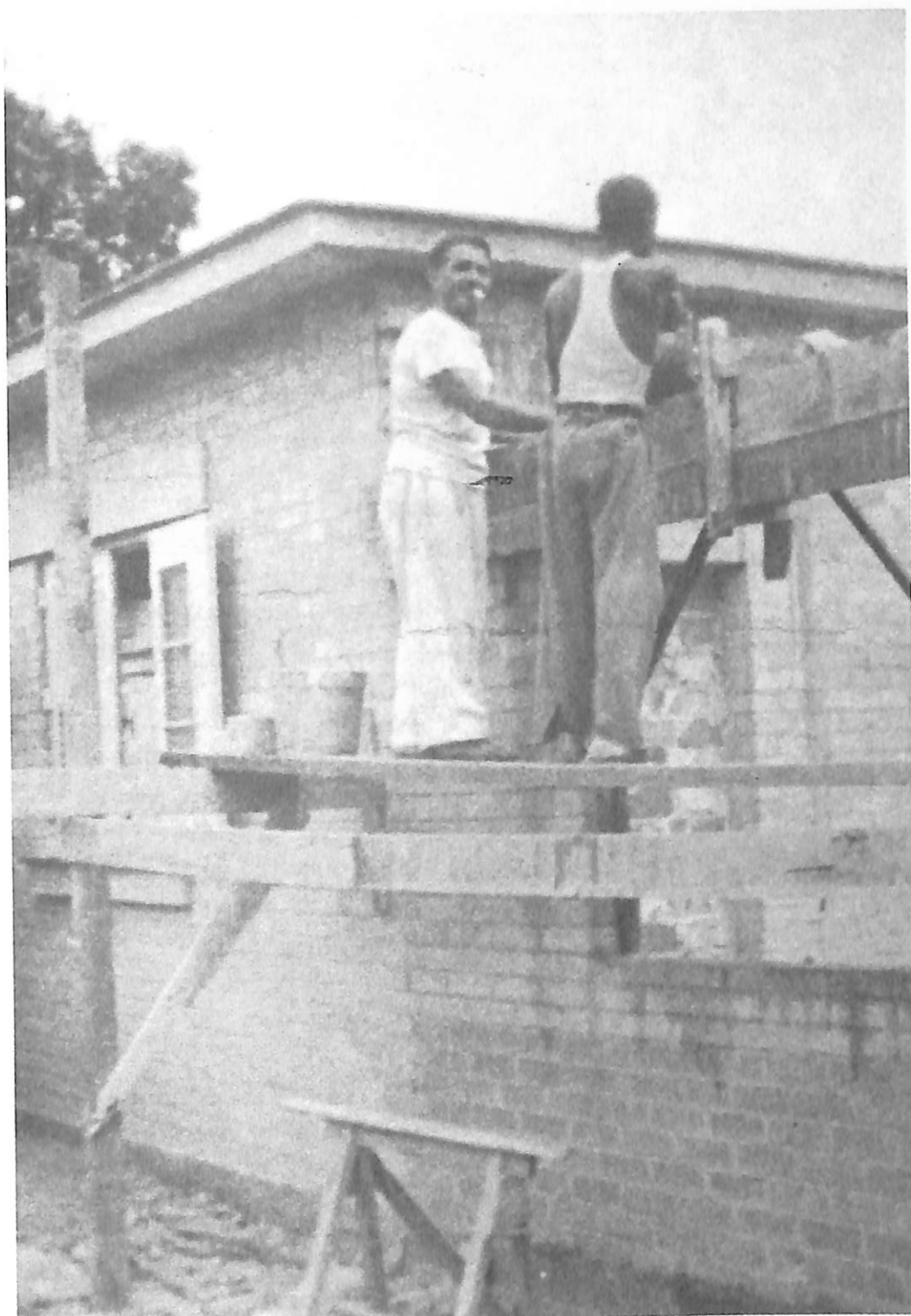
Así tengo muchas otras fotografías y datos que ilustran la activa presencia de nuestra Unión en la sociedad cubana, aparte de lo que puede encontrarse en la prensa y en otros documentos referente a noticias, actos sociales, verbenas, etc.



Romería de la Unión de Teverga, Proaza y Quirós, con la familia quirosana de La Habana
aparezcó cargando a mi hija Irma (bajo la flecha), 1995



Banquete de la Unión de Teverga, Proaza y Quirós, en los salones de «La Polar», 1954



Construyendo nuestra casa, ladrillo a ladrillo



Mi cumpleaños 90, junto a mi esposa, Ela, y nuestras hijas: Gilda e Irma

En 1937 dejé mi vida de soltero y me casé con Ela María Jiménez Díaz, cubana descendiente de isleños, fundando una hermosa familia. Nuestras hijas, Irma y Gilda, desde pequeñas son socias de la Unión y de la Quinta Covadonga. Siempre participaron con nosotros en las actividades de la Unión de Teverga, Proaza y Quirós; y posteriormente en las de Federación Asturiana de Cuba.

Memoria viva que tratamos de transmitir a los descendientes más jóvenes de la familia, los cuatro nietos por parte de Irma y uno por la de Gilda, además de los cinco biznietos ya nacidos más otro que viene en camino.

Todos vivimos muy unidos, para mí una de las mayores dichas es ver a la familia que se ha formado en torno a este hogar. La mayoría vivimos a unos metros de distancia, en el mismo barrio, a muchos de ellos les construí la casa o ayudé a construísela, de modo que cuando a uno se le presenta cualquier problemita enseguida los demás le pueden ayudar sin demoras.

Alguna recompensa había que tener después de toda una vida de duro trabajar, con unos años mejores y otros peores, pero a la larga me digo que es bastante tener 88 años y estar dando que hacer todavía aquí.

Entre los años más gratos, tengo que hacer un punto y aparte con el reciente año 1992, cuando tuve la dicha de viajar a España y pasarme un mes en Asturias, donde reviví mi infancia en Quirós, es algo difícil de describir.

Resulta una experiencia particular por el hecho de encontrar tantas cosas iguales y otras tantas cambiadas, de momento estaba yo en la misma casa donde nací, en la aldea de Fresnedo, de allí seguí para el pueblo de mi padre y mi abuelo, Casares.

Lo primero que hice, como por instinto, fue reconocer cada rincón conocido del Concejo, por ejemplo, las 29 casas de mi aldea, aún siguen dándole el mismo aire a Fresnedo, aunque sólo cuatro están habitadas, pues la gente va dejando el trabajo de campo y se ha ido a las minas de Mieres y Avilés, así como a Oviedo.

En Casares me quedan varios primos y nietos de un tío de mi padre, son familiares lejanos pero la acogida que me brindaron fue buenísima, a algunos no los veía desde que tenían 4 ó 5 años, por lo que no me podían reconocer al rondar los 80.

Al igual que sus habitantes, también el pueblo me pareció muy cambiado, con una carretera de entrada en lugar del callejón que yo dejé, entre otros muchos adelantos, como las sierras para cortar la madera que antes veía yo hacerlo con hachas, segadoras de gasolina, aparte de los servicios de venta

a domicilio con un sistema que permite que a las casas llegue todo: el lunes pasa el carro que lleva las frutas: manzanas, ciruelas, aceitunas, hasta plátanos *que vienen de Islas Canarias*; el martes el del pescado y las carnes; y así otro con los granos: garbanzos, frijoles, chícharos, lentejas.

Qué diferencia a cuando no había ni luz ni agua corriente en esos pueblos y los que vivíamos en ellos éramos mucho más que la población que les queda hoy, sobre todo en cuanto a jóvenes; el resto sí está igual: el camino por donde llevaba los chatos al charquín, o el que conduce hasta una finca que tenía mi abuelo y que se llamaba La Vallina, según le fui mostrando a Ignacio, un primo mío que nació allá después de haber venido yo para Cuba, en cuya casa fue que paré durante mi estancia en Quirós.

Algo similar sucede con el edificio donde estaba nuestra escuela, por una parte, el mismo se mantiene en buenas condiciones; pero, por otra, su uso es bien distinto al de entonces, pues ahora está convertido en un hotel para vacacionistas, yo me reía con Agustín, el Alcalde, diciéndole que el Ayuntamiento había puesto una cantina en el mismo salón donde estaba el aula de mis clases, así que ahora se bebe y disfruta en el Albergue ARROJO como antes leíamos y escribíamos en la Escuela del pueblo.

A él le estoy muy agradecido por todas las atenciones que ha tenido conmigo y mis familiares, pero fundamentalmente por haber permitido este reencuentro con la tierrina, con ese pedazo de nuestro ser que tenemos allá en Asturias.

Yo quisiera darte una idea de la inesperada sorpresa que ha significado *todo esto* para mí, luego de casi un siglo alejado del Concejo de Quirós, aunque debo añadir que a pesar de la distancia mantuve una correspondencia activa con mi abuelo hasta que murió, lamentando hoy no haber conservado alguna de sus cartas, pero me queda la riqueza de su ejemplo de hombre de pro y la satisfacción de haber hecho una vida completa a este lado del océano sin olvidarlo nunca ni a *él ni a nuestra tierra*.

Quizás existan otras cosas que pueda decirte, pero para que no se quede sin respuesta nada de lo que me has preguntado, puedo asegurarte que no hay ningún secreto para vivir tantos años, a no ser el hecho de que mi vida ha sido una vida bastante normal, sin excesos, bebida u otros vicios.

Eso y el trabajo diario son las únicas cosas que me han hecho ser como soy, a pesar de que se dice que mucho trabajo mata, yo soy un ejemplo de lo contrario, y animado siempre por ayudar a todo el que pueda, sin distinguir a unos de otros, como seres humanos todos.



Primera visita a Asturias, después de 78 años de emigrar, en 1914, junto a mis hermanos: Ignacio, Carlos, Araceli y Luisa



Desde la capilla del pueblo de Casares, donde viví antes de emigrar a Cuba, con ocho años de edad. 1992

Ultimamente dedicó más tiempo a leer, en estos días estoy leyendo algunos libros que me regaló Agustín, cuyo contenido me ha interesado mucho, sobre todo el que trata de España a través de sus construcciones, donde se puede apreciar la diversidad de estilos arquitectónicos, técnicas aplicadas, etc.

No tengas pena, todavía es temprano para mí, pues por lo regular almuerzo sobre las 2 de la tarde, así que podemos terminar de ver las fotografías que te interesan, así como los documentos de la Quinta «Covadonga» que Ela conserva, entre otras cosas que puedan ir apareciendo.

Déjame llamarla, ella también puede ayudarnos a recordar, sobre las actividades que celebrábamos en la Unión de Teverga, Proaza y Quirós, así como de nuestra vida en esta familia que no cesa de crecer, para felicidad de todos nosotros.

La Habana, mayo 1994

ELISEO DE DIEGO FERNANDEZ CUERVO

ARROYO NARANJO

Imagínate, Aurelio, mi padre fue uno de esos muchachos que vinieron de Asturias siendo casi niños. El tendría doce o trece años cuando llegó a La Habana, a principios de siglo.

Recuerdo que casi nunca me habló de su familia, pero sí me contó muchas cosas de Infiesto, de la aldea de montaña en que nació, y me fue transmitiendo su amor por aquella tierra, aquel pueblo, por el paisaje que le rodeaba cuando era niño.

Yo no puedo decirte con certeza la fecha exacta en que emigró de España, él siempre fue un hombre reticente a hablar de su pasado, quizá la nostalgia era tan grande que prefería no estar recordando algo que le doliera, no sé.

Sí hay algunas anécdotas que me narraba, como el día que él, junto a otros muchachitos, vieron partir los barcos de la escuadra del Almirante Cervera, pensando en la gran paliza que iban a darle a los americanos en Cuba; eso fue cuando la guerra del noventa y ocho.

Por otra parte, mi padre tuvo una forma muy peculiar de no olvidar su origen, pues la casa que construyó para cuando yo naciera es, por su trazado, el grueso de las paredes, y otros detalles que te iré describiendo, un reflejo de aquel mundo que tuvo que abandonar de pequeño pero siempre guardó dentro de sí.

Toda la casa estaba hecha con mucha imaginación, es una Quinta, que él llamó «Villa Berta», en honor a mi madre; en verdad, aquella era una casa extraordinaria, muy original.

La entrada da a una prolongación de la Calzada de Jesús del Monte, en el poblado habanero de Arroyo Naranjo.

A partir de la gran verja, una carretera interna atraviesa todo el terreno hasta el final, pues la casa se levantó en el extremo de la propiedad, que había sido un regalo de bodas que les hizo una tía de mi madre.

El asunto es que mi padre construye la casa con ayuda de los trabajadores de su tienda de antigüedades, llamada la «Casa Borbolla». En ella había empezado a trabajar limpiando pisos, recién llegado a La Habana, pero resulta que el dueño, asturiano también, al no tener descendencia le deja en herencia el negocio a mi padre.

Qué clase de muchacho sería para ganarse el aprecio de aquel otro emigrante, al extremo de pasar a ser de su propiedad aquella tienda de antigüedades, mueblería y joyería, ubicada en el centro de La Habana.

Pero sucede que mi padre nunca llegó a ser un comerciante en el sentido literal de la palabra; él era un poeta.

Me acuerdo de él como si lo estuviera viendo ahora, era un artista, para él cada mueble era una obra de arte. Aquí están, alrededor nuestro, todos los muebles de mi estudio fueron hechos en aquella Casa; este librero, que en principio era un armero, pues a él le gustaba mucho la cacería, pero luego yo le he dado otro uso; los sillones en que estamos sentados ahora, todo con un estilo muy original.

Tú veras hasta que punto no era un comerciante, que cuando se enfermaba alguno de sus operarios, mi padre le pagaba el sueldo y los gastos de hospitalización y medicinas, hasta que podía volver a trabajar. Así las cosas, esos mismos obreros fueron quienes le ayudaron a hacer la casa que él tenía en mente, trabajando en Arroyo Naranjo los sábados y domingos.

El jardín es quizá lo más fascinante de todo. Como te decía, mi padre ubicó la casa en la esquina del fondo del terreno, para así tener la mayor extensión posible de jardín.

Este lo dispuso en dos niveles, separados por un muro hecho de ladrillos rojos. El primer nivel comenzaba desde la entrada y tenía un estilo muy clásico, cubierto todo de césped, con una pequeña estatuita al centro, de una joven en equilibrio sobre una tortuga, hecha de bronce.

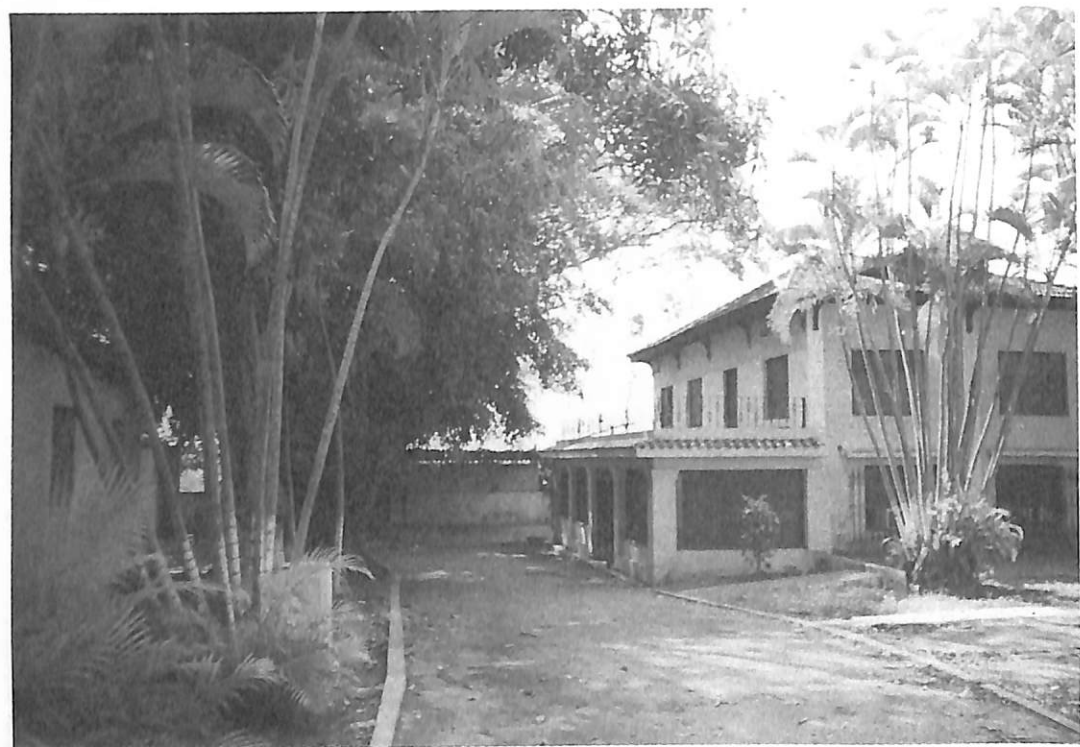


«Villa Berta». Entrada y parte posterior de la Quinta





Estudio al borde del barranco y avenida hasta la casa (estado actual)



Lo bordeaba una avenida de palmeras que conducía hasta la casa, delimitando dos grandes áreas a cada uno de sus lados. El siempre sintió mucho orgullo por esa avenida.

Detrás comenzaba el segundo nivel del jardín, con árboles y una fuente con una joven que llevaba un cántaro en el hombro, del que salía el agua.

En medio de todo había como una colina sembrada de pinos, que era como un bosquecito donde de niño jugué mucho, al igual que mis hijos después. Luego había un pozo revestido de piedra, por lo menos del siglo XVIII, con un agua muy pura y transparente.

Al final un declive que terminaba en la casa, mientras por el otro lado de la avenida quedaba un lugar salvaje, con muchos árboles frutales, varios tipos de mangos, todo en un estado casi silvestre; era como un contrapeso del otro lugar civilizado.

También tenía una caballeriza, para un caballo andaluz en que mi padre se miraba. Yo tengo un retrato de él montado en ese caballo, que luego quiero mostrarte, recuérdame.

Bueno, después de todas esas áreas exteriores, llegamos a la parte edificada. Frente a la casa había dos árboles enormes, gigantescos, con lianas que bajaban hasta la tierra; todavía están allí, es muy difícil que se puedan deshacer de ellos.

Tiene dos pisos la casa, entonces el superior tenía el piso de madera, con las habitaciones. Detrás de la casa quedaba, al borde de la quinta, un barranco, por donde pasaba el tren.

Imagínate esos trenes de principios de siglo, eran de vapor y hacían un ruido muy peculiar con sus calderas y silbatos, a mí me gustaba mucho verlos pasar. De niño tenía la aspiración de ser maquinista de uno de esos trenes.

Separados de la casa, mi padre hizo dos garajes para autos y arriba de ellos un cuarto, que después Bellita me preparó como un estudio para escribir.

Pero eso fue mucho después. Primero puedo agregarte algunas vivencias de mi niñez en aquel hogar asturiano de La Habana.

Allí mi padre me contaba cosas de Infiesto, él me las pintaba con unos colores que me fascinaban, por ejemplo, que una vez, en la casa de sus padres en las afueras del pueblo, durante uno de esos inviernos muy fuertes, en que los osos bajan de la montaña, en la cocina donde ellos comían un oso metió la cabeza por el batiente superior de la puerta y su padre empujó la hoja de madera tan fuerte hasta que ahogó al oso.

Luego, cuando tuve la fortuna de ir a Asturias y llegar hasta Infiesto, pude ver esas puertas de dos batientes en las casas, y muchas de las cosas que él me contaba de su tierra.

Lo que yo no puedo comprender bien, es que a pesar de haber logrado una posición desahogada y tener que viajar a Alemania y a Francia por motivos de negocio, comprando cosas para su casa de antigüedades y joyería, mi padre nunca volvió a Asturias.

Eso es muy curioso, Aurelio, y yo me imagino que la razón es que él no quisiera ir hasta Asturias, y no quedarse allí; había como un velo entre el pasado de su vida allá y su presente aquí.

Un velo externo, porque internamente, a medida que pasaban los años, yo notaba que mi padre sentía más nostalgia por todo lo que dejó atrás para siempre. Quizá por eso, cuando él estaba para morir, en medio de una enfermedad muy dolorosa, cáncer del estómago, un día me llamó a su cama y me dijo: Eliseo, quiero que me lleves a la Quinta Covadonga.

Yo lo llevé allí, donde al final murió. Por la manera que él me habló, sé que quiso ir al lugar más cercano a Asturias, donde pudiera recibir atención de sus propios paisanos, en medio de esa institución médica de los emigrantes asturianos, considerada por todos como un santuario.

Entonces ya no vivíamos en Villa Berta, pues tras la crisis de 1929 mi padre perdió todo y tuvo que echar mano a lo que se pudiera, por lo que alquiló la casa. Muy difícil tuvo que ser esa decisión para él.

Tiempo después, cuando Bella y yo éramos novios, la casa se desocupó y un buen día fui con ella y su hermana Fina hasta allá. Bella recorrió todo aquello, que estaba desierto, y enseguida se enamoró de «Villa Berta».

Si ves la cara de ella en esta foto, recostada al árbol, no puedes imaginar que tras su apacible expresión estaba la firme idea de que si un día nos casábamos y teníamos hijos, ellos se criarían allí.

Y así fue. Yo era arcilla en sus manos, con una dulzura muy grande hacía de mí lo que quería.

Cuando nació nuestro primer hijo, estando aún ella en la cama con el bebito al lado, me anunció, no me consultó, que nuestro niño se iba a llamar Constante, como mi padre.

Ellos habían sido compinches siempre, se entendían muy bien los dos; yo le dije que ése no era un nombre usual en Cuba, como sucede en Asturias con Constante o Constantino, pero ella siguió inflexible, y ése es el nombre de Rapi.

Rapi por lo de rapaz, rapacín, que le decíamos de niño, pues rubito y de ojos verdes parecía un asturianito más, sólo que los hermanos no podían pronunciarlo completo y se lo achicaron en el Rapi por el que todos lo conocen.

Pues allí en la Quinta «Villa Berta» crecieron él, Fefé y Lichi.

Si bien mi padre no me dejó una fortuna en pesos y centavos, nos dejó aquel lugar, y con él su memoria, su recuerdo, su poesía, que es para mí mucho más valioso que cualquier riqueza material.

Estas cosas que hoy te cuento, Aurelio, traté de reflejarlas en un texto que se publicó hace más de veinte años, titulado «A través de mi espejo», del que quisiera leerte algunas partes, por ejemplo:

«EN EL MEDIO MISMO DEL DIA»

1

En medio de una rugiente avalancha de luz está mi padre.
La luz arranca destellos, no, saltos de furiosa nieve
a la pequeña escalinata que mi padre diseñó
desde un humilde orgullo, y vuelan
en astillas de luz los troncos de las palmas.
Cómo sus ropas arden en blanquísimas ascuas
que le abrasan la cara traspasándola y fundiéndose
al fuego de una felicidad que es tanto, tanto
más que la consumación de su proyecto, más
que su fiera estatura iluminada.

2

Son las once del calor, las once en punto de la vida.
Seguramente que mi padre sabe hasta olvidarlo
qué habrá para el almuerzo, qué hará el lunes, de dónde
vino hace un momento y adónde irá a la tarde. Ahora
simplemente comenta con alguien que se oculta
fuera del vórtice de luz –perdido en la penumbra
que ya, despacio, comienza a correr
las candidas orillas de la piedra. Su voz
–la de este oculto– es un rumor oscuro, vago
como un balbuceo de aguas también ocultas o el murmullo
de miradas de insectos entre la noche ávida.»

«¿Y qué es, en fin, lo que yo he visto, esto que cuento como el primero de mis recuerdos? Mi padre fue comerciante por azar, pero su corazón llenó su tienda de prodigios. Llamóse la Casa Borbolla aquel emporio de objetos de arte, muebles, joyas y, sobre todo, antigüedades. En un breve relato que titulé “Historia de un Anticuario” –forma parte de mi libro más reciente– he tratado de rendirle un homenaje que no podré acabar nunca a mi gusto.

El nombre Casa Borbolla tiene aún para mí una resonancia bárbara y medieval que sin duda procede de su asociación con el más bárbaro y medieval de los nombres: el del Ducado de Borgoña. Y entrar en la casa en nada desmerecía la asociación gratuita: ¡ah de su penumbra inacabable, atestada de maravillas en exquisito desorden!

En materia de pintura, el gusto de mi padre no fue ciertamente espectacular –si bien la Casa abrió sus puertas, en una insólita innovación, a algunos de nuestros mejores pintores modernos, entonces principiantes, como Víctor Manuel o Amelia Peláez–, pero, eso sí, era un gusto canónico. De las paredes colgaban sólidos paisajes que abrían otras tantas ventanas a sitios de remota belleza.

Ir por la Casa Borbolla adentro, entre las armaduras aromosas a aceite y pavor, sorteando los bargueños y las frágiles sillas doradas, mirando desde abajo, como un pez atónito la quilla del galeón, que navegaba colgado del techo; ir por la Casa Borbolla adentro bien valía la pena de vivir. Añadiré que mi padre jamás se aprovechó de nadie ni tuvo nunca conciencia de sí mismo. Prueba de ello es que no me dejó un centavo en herencia, por lo que ya no cesaré de alabarlo. No me dejó en herencia más que la poesía y una casa vieja, que era, también, curiosamente, la poesía.

De esta casa vieja, o más bien de sus jardines, trata mi primer recuerdo. Claro que entonces era tan nueva como yo. Mi padre acababa de construirla con la ayuda de sus obreros, que lo querían sin regateos de cariño, y la pequeña escalinata del poema era uno de los últimos detalles que faltaban. ¿No hay una desproporción, me pregunto, entre la sencillez de la escena y la voracidad con que ha quedado ardiendo en mi memoria? ¿Qué vieron mis

ojos de niño en la simple alegría con que aquel hombre contemplaba la culminación de un proyecto que no podía ser más humilde? ¿Vieron más de lo que tenían delante? ¿Vieron quizá la Dicha Grande, el vio-Dios-que-era-bueno, el horno viviente de la terrible alegría de crear, aún cuando sólo fueran cuatro o cinco escalones de piedra? Yo así lo creo, y de mi creencia saco una lección que me es útil: los mayores gozos de la poesía están reservados para los hombres de corazón puro, y no para nosotros, los escribas. Hay una poesía escrita a grandes rasgos de luz y sombra, en jeroglíficos de nubes y rostros y árboles, que sólo pueden leer los Inocentes, como, por ejemplo, aquella viejecita de que nos habla don Juan Manuel y que, asoleándose a la puerta de su iglesia, sabía cuanto hay que saber de los Prodigios; y otra, la nuestra, que es su trasunto en la fatiga de la letra.

Otra lección encuentro, además —aunque ésta la sabía oscuramente desde que comencé a escribir: cada cosa es ella y es otra al mismo tiempo, y el secreto de la poesía consiste en mostrarnos, a la vez, el derecho y el revés de cada moneda sin quitarle un solo adarme».

Te diré que mi padre también escribía, él hizo poesía; mañana te buscaré un romance que aún conservo, escrito por él en ocasión de abrirse la Casa del Marino, en el Convento de Santa Clara; la que fuera reconstruida con muebles, cuadros, tapices y adornos de la época, procedentes de la Casa Borbolla. Por eso lo tituló así: «Historia del Marino».

De manera que él tenía esa sensibilidad poética, pero le faltaron los instrumentos, la preparación para poder expresarse en toda su magnitud. En cambio, yo fui un niño privilegiado por los libros que pude leer desde pequeño, los estudios que hice de inglés, incluso los viajes a otros países, como esa estancia en Francia junto a mi madre cuando yo tenía seis años.

La mayoría de los niños no tienen esa suerte, de lo que yo me daba cuenta, y traté de compensar en parte durante los años que estuve a cargo de la Sección Infantil de la Biblioteca Nacional de Cuba, período en que realicé todos los esfuerzos a mi alcance para acercar la Literatura a los más pequeños, mediante lecturas de cuentos, traducciones de clásicos, etc.

Por esa labor, como por mis libros, he tenido la recompensa más gratificante, pues cuando me encuentro con algunos muchachos en talleres litera-

rios, o en la calle, no se me acercan para decirme que yo les he ayudado a escribir, sino: «lo que usted ha escrito me ha ayudado a vivir».

Los premios son otra cosa, pero lo principal es esta gratitud humana que me sorprende, sobre todo entre los jóvenes.

Claro que también me alegran los reconocimientos de algunas instituciones, como la hermosa «Distinción Jovellanos», otorgada por la Federación Asturiana de La Habana, en el significativo año de 1992; y la noticia confirmada en estos días sobre la concesión en México del Premio Internacional de Literatura «Juan Rulfo».

Pero para no hablar más de mí, te diré que mi hija, Josefina, está escribiendo un libro basado en sus reminiscencias sobre la infancia que vivió en aquella casa; son como fragmentos de sus recuerdos. Ella lo ha titulado «El reino del abuelo», te leeré una de sus páginas:

«El abuelo asturiano había dividido el jardín en recintos irregulares y hechizados. Cada recinto era un lugar de inagotables sorpresas. La luz y la sombra entre los árboles dibujaban figuras inquietantes que parecían venir de sitios remotos para enseñarnos un juego nuevo, un rincón olvidado. Todavía me despierta el recuerdo de la brisa, tocando suavemente en nuestras ventanas, como invitándonos a no perdernos los misterios de la noche.

Sospeché alguna vez el abuelo asturiano que era así, exactamente, ¿cómo sus tres nietos cubanos iban a desear que fuese su jardín? ¿Habría sido esa la razón por la que abandonó sus montañas, para construir a su hijo y a sus tres nietos ese bosquecillo travieso y encantado? ¿En qué extraño momento del tiempo se lo describimos? Porque el abuelo se anticipó a nuestros sueños y nos regaló lo que sabía nos hubiera faltado toda la vida.

El abuelo sabía, seguro. Tenía que saber.»

Ya lo leerás completo, cuando se publique próximamente en México; sé que te va a gustar.

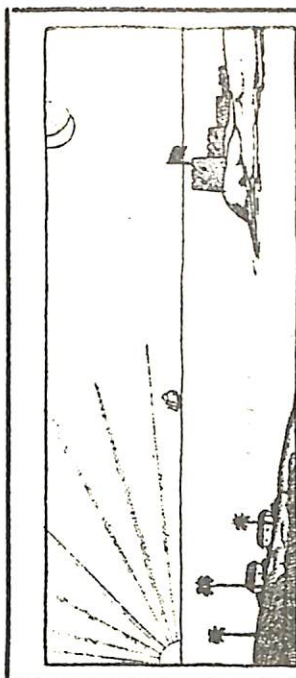
Bueno, también debo decirte que la presencia de Asturias entre nosotros no era sólo por razones familiares, en nuestra casa; pues en el ámbito del Grupo «Orígenes», que en realidad era como una familia también, tuvimos a un músico asturiano, Julián Orbón, quien vino a Cuba con diez o doce años, a mediados de la guerra civil.



**Acto en la Federación de Sociedades Asturianas de Cuba, para la entrega de la Distinción «Jovellanos» 1992
(primero de la izquierda, junto a E. Robreño, E. Borja y E. Pineda)**



Recibiendo la Distinción «Jovellanos», de manos de Eusebio Leal, Historiador de la ciudad, y Carlos Barbáchano, Agregado Cultural de España



LA LLEGADA A CUBA

ERA una tarde azul llena de encantos,
de esas tardes en que la fantasía
se adormece en un plácido beleño
y a regiones dulcísimas nos guía.

El cielo era un tapiz de mil colores
que en sus bellos celajes refulgían,
y el temprano lucero de la tarde
irradiaba el fulgor de su pupila.

El astro rey tocando el horizonte
en el lecho del mar desaparecía,
en tanto que la luna enamorada
con un beso de amor lo despedía.

Y entre el cielo y el mar allá distante,
en la oscura y remota lejanía,
se empezó a destacar como una sombra,
aquella nave en el combate invicta.

POR CONSTANT D DIEGO



HISTORIA DEL MARINO

QUE misterios se esconden tras las rejas
toscas y seculares de esta casa?

¿Cuáles son los espíritus que rondan
detrás de las paredes cual fantasmas

que al través de los tiempos más pretéritos
con su idioma sin voces aún nos hablan?

¡Sacudamos el polvo de los siglos
y leamos la historia de esta casa!

En la indómita tierra de los bravos,
cabe la abrupta costa de Cantabria,
yérquese altiva, sobre la enhiesta roca
la torre del corsario Juan de Esparza.

Era de porte altivo y arrogante,
cual caballero de la noble España,
y por sus hechos de sin par bravura
era famosa, con razón, su espada.

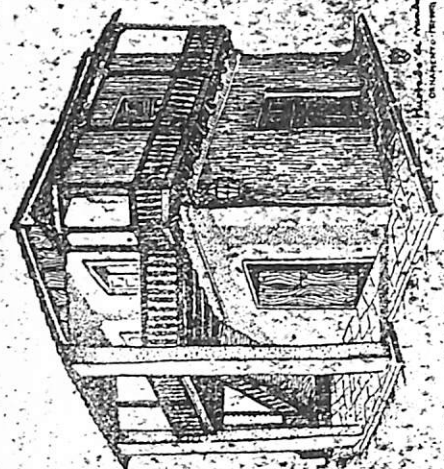
PERO él era del mar, imán inmenso
que otra vez con su fuerza lo atraía,
y se lanzó de nuevo en su velero
a ofrendar el tesoro de su vida.

Y aquel marino que invencible fuera,
y de la mar indómita y bravía
tantas veces venció las acechanzas
y venció de los hombres la perfidia;
marcado al fin por la divina mano
que todo lo comienza y lo termina,
con su nave en el fondo de los mares
halló la tumba, de sus glorias digna.

Y se cuenta que luego hasta la muerte,
renunciando a los gozes de la vida,
en la paz sepulcral de este convento
oraban una madre y una hija.



EDITORIAL "HERMES" - COMPOSTELA 78



PARA QUE EL PÚBLICO PUEDA
DARSE CUENTA MEJOR DE LA
HISTORIA DE EL MARINO.

LA CASA BORBOLLA

HA RECONSTRUIDO LA QUE
VIVIO EL PROTAGONISTA DE
ESTA LEYENDA CON VALIOSOS
MUEBLES, CUADROS, TAPICES,
Y ADORNOS DE LA EPOCA

MDCXXX - MCMXXII

H A B A N A

Acogida a la Franquicia Postal e inscripta como Correspondencia de Segunda Clase en la Oficina de Correos.



ASTURIAS

REVISTA GRÁFICA SEMANAL

AÑO IV NUM. 154

DIRECTOR-ADMINISTRADOR:

J. M. ÁLVAREZ AGEVEDO

Precio mensual. En Cuba: 60 cts.
en el Extranjero: 70 cts.

PRADO, 403 TELÉFONO A-3819 APARTADO 1057

HABANA, 8 DE JULIO DE 1917

DE SOCIEDAD

Petición de mano.—Por el licencia-
do don Manuel Enrique Gómez, ha si-
do pedida en matrimonio, para nuestro
distinguido paisano don Constante de
Diego, cuyo nombre está unido al de
la gran joyería "La Casa de Borbo-
lla", la bella señorita Bertha Fernán-
dez Cuervo y Giberga, hija del Ma-
gistrado de la Audiencia de Santiago
de Cuba, don Sandalio F. Cuervo y
perteneciente a una de las principales
familias de la buena sociedad cubana.

Don Vicente F. Riaño.—El querido
presidente del Centro Asturiano, en-
fermo ha meses, como saben nuestros
lectores, desde su regreso de España,
se encuentra ahora en el Balneario de
Madruga, atendiendo al definitivo res-
tablecimiento de su salud, que no se
hará esperar, según lisonjeros anun-
cios médicos.

Nos place mucho dar esta agradable
noticia.

Nuevo bachiller.—Acaba de alcan-
zar este título, tras ejercicios brillan-
tísimos, que le valieron efusiva felici-
tación del tribunal, el joven Manuel
Llerandi Zavala, de 19 años, cuya pre-
cocidad acusa una inteligencia y amor
al estudio excepcionales.

HABANA, 2 DE SEPTIEMBRE DE 1917

Boda distinguida.—El miércoles último
se efectuó el enlace de don Constante de
Diego, condeño de la gran "Casa Borbo-
lla" y presidente de la "Unión Piloñesa",

con la bella y culta señorita Berta Fernán-
dez Cuervo.

La elevada significación social de los
contrayentes, hizo que la ceremonia revisi-
tase extraordinario esplendor, concurrien-
do a ella lo más granado de la sociedad
habanera.



Ecos de la Colonia





*Don Constante de Diego González
Quinta «Villa Berta», 1920*

El era muy buen músico, nacido en Avilés, y, además, una persona extraordinaria. Era una maravilla sentarse a escucharle cantando y tocando al piano las canciones españolas originales, romances con su música original, como los poemas del folklore español que musicalizó don Manuel de Falla, algunos de Asturias, como éste que recuerdo su letra:

*«Por ver si me consolaba,
arriméme a un pino verde,
y el pino como era verde,
de verme llorar, lloraba.»*

Ahora pudiéramos seguir conversando mucho más, pero como somos vecinos, mejor vienes otro día, cuando quieras, y así continuamos hablando de estos temas. Antes de marcharte, si no te parece mal, quisiera poner esta foto de mi padre, montado en su caballo, entre las páginas del libro de paisajes de Asturias que me mostrabas.

Aurelio, si es la última pregunta por hoy no puedo negarme a contestarla; me pides que resuma todo lo que representa para mí nuestra tierra de origen en España, pues lo haré con la única palabra posible:

«Asturias: Casa.»

La Habana, julio 1993

ANEXO

ARCHIVO DE LA PALABRA: TESTIMONIOS DE EMIGRANTES HISPANOS EN CUBA

El proyecto de investigación de historia oral que sustenta el presente volumen de entrevistas fue iniciado en 1990. A modo de síntesis, seguidamente ofrecemos sus elementos principales.

OBJETIVOS BASICOS

- 1.- Contribuir al conocimiento y a la conservación de la **memoria hispana en la Isla**, entendida como el patrimonio espiritual aún latente en los emigrantes de las diversas regiones españolas que han quedado integrados a la población cubana durante el presente siglo; a escala de ciudadanos, familias e instituciones.
- 2.- Coadyuvar a la investigación y la divulgación de las **raíces culturales hispanocubanas**, partiendo de la propia colectividad de inmigrantes hispanos y sus descendientes en Cuba, con énfasis en los temas de historia oral y de migraciones, en el contexto del desarrollo cultural iberoamericano.

METODOLOGIA DE TRABAJO

Como se expresa en su título, esta investigación se concibe como un *Archivo de la Palabra*, por lo que se basa

en la metodología y las técnicas de trabajo de esa modalidad de estudio de la historia a través de las fuentes orales, en sentido general.

Particularmente, el **Archivo de la palabra: testimonios de emigrantes hispanos en Cuba** se desarrolla siguiendo la lógica de las **historias de vidas**, mediante cuatro pasos fundamentales: promover, registrar, procesar y difundir los testimonios personales que resultan de la reconstrucción autobiográfica de los entrevistados. En esos cuatro pasos se estructura el trabajo, por lo que la calidad de los resultados del Archivo depende del rigor con que se realicen los mismos, según las características de cada entrevistado.

Al momento de **promover** que revelen sus historias de emigrantes, el principal recurso utilizado consiste en la pertenencia del autor a la colonia española en Cuba, como descendiente de emigrantes de Asturias y Galicia a América, y miembro activo de las sociedades comarcales fundadas por naturales de esas regiones en La Habana.

Durante el **registro** en soporte de audio y vídeo de sus testimonios orales, se trata que éstos provengan no sólo de las respuestas como tal, sino también de las reacciones, meditaciones, etc. que surgen en el emigrante durante la sesión o sesiones de entrevista.

Para **procesar** en soporte automatizado la información obtenida, primero se transcribe textualmente, sin arreglar el testimonio recopilado, como, por ejemplo, sucede con la palabra *tiscornia*, que todos mencionan «triscornia» y así se refleja en los textos.

Divulgar el acervo del Archivo es una tarea apenas iniciada, en la que esta publicación marca una nueva etapa, dirigida a profundizar en el saber de nuestra común historia a través de los propios emigrantes.

GUION DE ENTREVISTAS

Etapas antes de emigrar, en España

- procedencia y composición de la familia
- cuentos e historias que escuchó de pequeño
- cantos y danzas de las celebraciones del pueblo

- primeros estudios, juegos frecuentes, noviazgos
- fecha en que comienza a trabajar, oficios, etc.
- costumbres populares y prácticas religiosas

- ideas sobre España, América y el mundo en general
- motivos para emigrar, familiares en Cuba, etc.
- decisión de emigrar, fines temporales o permanentes

Etapas a partir de emigrar, en Cuba

- la travesía, nombre del barco, si viajó solo
- primera impresión al llegar, si le esperaba alguien
- vínculos con la familia en España, idea de regresar

- trabajos en Cuba, empleos, salarios, etc.
- matrimonio, nacionalidad de la pareja, descendencia
- integración a sociedades de emigrantes en Cuba

Balance general del emigrante, en España y Cuba

- grado de satisfacción en su vida, en sentido general
- máxima que le ha guiado a través de sus años
- mensaje para descendientes de emigrantes

POBLACION IDENTIFICADA

Según el Registro de Residentes del Consulado de España en Cuba, al cierre de 1995 existían 10.102 natu-

rales españoles registrados oficialmente con residencia en este país.

Pero la cifra exacta de emigrantes españoles que aún vive en la Isla no se puede precisar sólo por dicha fuente, ya que muchos de ellos no se han registrado en el Consulado, desde su llegada a Cuba.

Igual sucede con los registros de las sociedades de emigrantes españoles, pues muchos de ellos no son miembros de dichas sociedades.

Ilustrativamente, a continuación se ofrecen los datos tomados del folleto Guía de Servicios (editado en diciembre de 1995 por la Consejería Laboral y de Asuntos Sociales en Cuba) que reflejan las diez sociedades con mayor número de socios españoles.

SOCIEDADES ESPAÑOLAS EN CUBA	TOTAL SOCIOS	SOCIOS ESPAÑOLES
Asociación Naturales de Ortigueira	14.700	3.130
Asociación Canaria de Cuba	15.000	3.000
Unión Española de Villa Clara	1.587	1.587
Federación de Sociedades Asturianas	18.000	898
Sociedad de Beneficencia Gallega	2.310	679
Agrupación de Sociedades Castellanas	2.505	238
Sociedad de Beneficencia de Cataluña	859	154
Centro Andaluz de La Habana	920	120
Sociedad Benéfica Burgalesa	189	41
Colonia Zamorana de Cuba	205	39

RESULTADOS OBTENIDOS

- 1991 – culminación del documento «Diseño de Investigación» (objetivos, metodología, etc.)
- definición del Universo de estudio: conjunto de los emigrantes de España establecidos en Cuba

- realización de entrevistas personales con los primeros emigrantes identificados entre naturales de Asturias
- 1992 – realización de entrevistas a emigrantes asturianos en ocasión del Viaje Añoranza a sus zonas de origen en varios ayuntamientos asturianos
 - ampliación de las entrevistas a emigrantes gallegos y montañeses durante el resto de ese año
- 1993 – inicio de las filmaciones en vídeo de las entrevistas a los emigrantes identificados
 - inclusión de emigrantes andaluces y castellanos entre los testimoniantes del Archivo
- 1994 – exposición de este Archivo de la Palabra como parte del Postgrado del Aula de Cultura Iberoamericana: «La inmigración española en Cuba» (Universidad de La Habana y Embajada de España).
 - inclusión de emigrantes canarios y catalanes entre los testimoniantes del Archivo de la Palabra.
- 1995 – profundización en el tratamiento fotográfico de los emigrantes entrevistados, así como en la recopilación documental complementaria a las entrevistas orales
 - inclusión de emigrantes madrileños y baleares entre los testimoniantes del Archivo de la Palabra
- 1996 – realización de una estancia de tres meses en la Sección Audiovisuales de la Biblioteca Nacional de España
 - asignación de una Sección fija en el Boletín del Centro Cultural de España en La Habana, para presentar textos y fotos del Archivo de la Palabra: españoles en Cuba.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

Barnet, Miguel.— GALLEGOS. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1988.

Casaus, Víctor.— DEFENSA DEL TESTIMONIO. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1990.

Cirules, Enrique.— CONVERSACION CON EL ULTIMO NORTEAMERICANO. Edit. Letras Cubanas. La Habana, 1988.

Dollot, Louis.— LAS MIGRACIONES HUMANAS. Barcelona, 1971.

Franco, José Luciano.— COSAS Y GENTE DE MI TIEMPO. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1991.

García, Alejandro.— TESTIMONIO: LITERATURA E HISTORIA ORAL. En el libro Poblamiento y Nacionalidad. Editora Ciencias Sociales. La Habana, 1993.

Iglesias, Fe.— CARACTERISTICAS DE LA INMIGRACION ESPAÑOLA EN CUBA, 1904-1930. En el libro Españoles hacia América. Edit. Alianza América. Madrid, 1988.

Imprenta de Gobierno y Capitanía.— CUADRO ESTADISTICO DE LA SIEMPRE FIEL ISLA DE CUBA. Habana, 1847.

Leal, Eusebio.— VERBA VOLANT. Editorial Electa. Italia, 1990.

Maluquer de Motes, Jordi.— NACION E INMIGRACION: LOS ESPAÑOLES EN CUBA. Edic. Júcar. Barcelona, 1992.

Monge, Servando y Gerardo.— ESPAÑOLES EN CUBA. Barcelona, 1953.

Naranjo, Consuelo.— CUBA VISTA POR EL EMIGRANTE ESPAÑOL A LA ISLA 1900-1959. Madrid, 1987.

Neira, Xosé.— GALLEGOS EN EL GOLFO DE MEXICO. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1983.

Núñez, Antonio.— LA ABUELA. Editorial Gente Nueva. La Habana, 1976.

Rico, Gumersindo.— NUESTRA COMÚN HISTORIA. POBLAMIENTO Y NACIONALIDAD. Ed. C. Sociales. Habana, 1993.

UNESCO, Oficina Regional en La Habana.— ANUARIO ORALIDAD; 1989-1990.

Universidad de Barcelona.— REVISTA HISTORIA Y FUENTE ORAL; 1989.



Aurelio Francos Lauredo nació el 11 de enero de 1960, en La Habana; donde reside y ha cursado estudios superiores en Relaciones Internacionales y Ciencias de Información. Descendiente de asturianos y gallegos en Cuba, integra las sociedades comarcales de emigrantes y descendientes: Club Tinetense de La Habana, Sociedad de Viana del Bolo y Barco de Valdeorras, Unión Trivesa y Unión Orensana.

Desde 1990 se encuentra desarrollando el ARCHIVO DE LA PALABRA: TESTIMONIOS DE EMIGRANTES HISPANOS EN CUBA, que inició en el marco de dichas sociedades y en vínculo estrecho con entidades científicas afines, como son: Universidad de La Habana, Biblioteca Nacional de España, Sociedad Cubana de Información Científico Técnica y Sociedad Económica Amigos del País.

Miembro fundador del Aula de Cultura Iberoamericana, que auspician la Embajada de España y diversas instituciones cubanas desde 1989, ha participado en sus Programas, e impartido el tema «Testimonios de emigrantes españoles» en el Curso de Postgrado INMIGRACION ESPAÑOLA EN CUBA.

Columnista del Boletín del «Centro Cultural de España en La Habana», y de la revista de la Sociedad Cultural «Los Guanches», con secciones sobre los españoles en Cuba.

En 1996 realizó una estancia en la Biblioteca Nacional de España (Dpto. Audiovisuales), cursó el Postgrado ENTRE LA PALABRA Y EL TEXTO (Dpto. Antropología de España y América del CSIC) y en Cuba obtuvo la categoría de Investigador de la Fundación «Fernando Ortiz», sobre el tema de las raíces culturales comunes hispanocubanas.

LIBROS PUBLICADOS POR ESTA EDITORIAL

- AVILES MEMORIA GRAFICA
Luis M. Suárez Méndez
- AVILES Y SUS CALLES
Justo Ureña y Hevia
- AVILES, UNA HISTORIA DE
MIL AÑOS
Juan C. de la Madrid
- TINEO, PALACIOS, CASONAS
Y HERALDICA
Senén Rodríguez Ramírez
- TINEO EN LA SENDA
COMPOSTELANA
Rafael Lorenzo
- HISTORIA DEL VALLE
DE LAS LUIÑAS (CUDILLERO)
Angel Ardura
- EL FABULOSO IMPERIO
DE JUAN SIN TIERRA
Dolores Medio
- DESPUES DEL GAS
David Arias
- CALLE LA DEL RIVERO
Eduardo González Suárez
- BOBES, LA COLERA DE DIOS
Oscar Muñiz
- EL VERDUGO EN EL ESPEJO
Blanca Alvarez
- PASION FUTBOL
Tony Fidalgo
- TAMBIEN SE MUERE EL MAR
Fernando Morán López
- LA REPRESION FRANQUISTA
EN ASTURIAS
Fallecidos y ejecutados en la cárcel de
El Coto, de Gijón
Enriqueta Ortega

ISBN 84-86546-56-7



9 788486 546564



Asociación Cultural
El Correo Comunal



JUNTA GENERAL
DEL PRINCIPADO